

ATTENEA

1932

90-91-92

PH

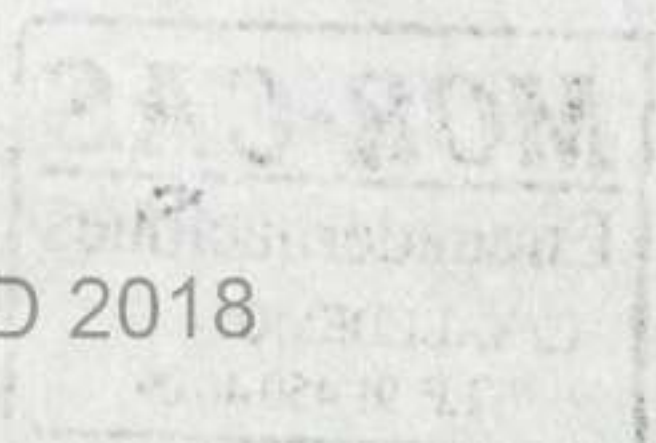




MCD 2018

MOR-CAS
Encuadernaciones
C/ VALDEMOSA Nº 5
TLF. 91 45040 09

MCD 2018



A t e n e a

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

SUMARIO

Domingo Melfi.	<i>Sin Brújula.</i>
Angel Cruchaga Santa María.	<i>Poemas.</i>
Alcibíades Santa Cruz.	<i>Por la defensa del idioma.</i>
Marta Brunet.	<i>Cuatro poemas en que estamos nosotros.</i>
E. Rodríguez Mendoza.	<i>Anotaciones de actualidad.</i>
Germán Luco.	<i>Venganza.</i>

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

N. Yáñez Silva.	<i>Veinte años de teatro chileno.</i>
Manuel Pedro González.	<i>El conflicto religioso en la vida y en la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera.</i>
José María Souviron.	<i>Elogio del trabalengua.</i>
Mario Antonioletti.	<i>¿Qué es el Hallesismo?</i>
W. Guessen.	<i>Stalin.</i>
Francis de Miomandre.	<i>El triunfo de la mujer.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS.—LOS LIBROS.—
GLOSARIO.—INDICE

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, número 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del
S. Rafael Merino H.

HISPANIA

A JOURNAL DEVOTED
TO THE INTERESTS
OF TEACHERS OF SPA-
NISH, AND PUBLI-
SHED BY THE AMERI-
CAN ASSOCIATION
OF TEACHERS OF
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,
CALIFORNIA

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana
de Cultura

★ ★
EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,
Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano,
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 18111

MEXICO, D. F.

MERCURIO PERUANO

Revista mensual
de Ciencias Sociales y
Letras,
fundada en 1918.

Director Fundador:
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

LEONARDO

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)

NOSOTROS

Revista mensual
de letras, artes, historia,
filosofía y ciencias sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.

SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar
sobre la aplicación del Cine a la
educación en cada una de sus ra-
mas (universitaria, primaria, se-
cundaria, agrícola), así a la cien-
tífica como a la popular, y a la
higiene social. Se publica en cin-
co ediciones: inglesa, francesa,
italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la
edición española: dólares 4;
pesos chileno, 32.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año IX

Agosto de 1932

Núm. 90

Domingo Melfi.

SIN BRÚJULA (1)

(FRAGMENTOS)

CONCIENCIA DE SUMISIÓN

«**E**STA mansedumbre proverbial de los chilenos...» escribía Zapiola en 1830. Pero la historia delata la angustia del aborigen que es siempre un perseguido. Durante la Colonia vegeta bajo el látigo o la lanza de los conquistadores. La Colonia es un nido de intrigas; una noche cerrada sobre un valle humano, miserable. Un gran cuartel; un gran templo. Siempre la extorsión, la sumisión, el látigo. América hispana es un vasto campo de persecuciones. El pechero viola, incendia y mata. La india es carne de hartazgos para

(1) Se intenta en este Ensayo, cuya extensión impide su publicación total en esta Revista, el esquema de nuestra crisis moral. Los fragmentos que ahora entregamos, aunque no den una idea completa acerca del cuadro general, representan la aproximación necesaria para comprender el camino en que se ha desenvuelto nuestra sociabilidad y las profundas y acaso decisivas etapas que ha atravesado hasta alcanzar la proximidad de la barranca en cuyo borde nos debatimos hoy, desesperadamente. *Sin Brújula* es algo más que un mero entretenimiento. Es la expresión de una dolorosa inquietud cuya parte más vital corresponde a un intenso amor a la tierra en que se vive. Aun a través de un proceso crítico riguroso, se aspira, en la medida de las fuerzas, a construir una esperanza. Y por lo mismo que se trata de un intento, es susceptible de pasión y de error. Nos falta la brújula en el barco que se mueve en un mar espeso y sañudo, cercado por oscuros horizontes de tormenta. Encontrarla o reponerla es misión que corresponde a todos.

la lascivia de los triunfadores. Más adelante, oidores, prelados y capitanes viven en los sordidos caseríos, intrigando o chismorreando. No hay grandeza humana alguna, fuera de esa gesta bárbara de matar indios en los reductos de la frontera.

En medio de paisajes de alto esplendor, se endurece el alma bravía de los ávidos capitanes. Son los amos de las llanuras y de los cerros, los señores del estrecho país solitario que apenas decoran las rucas grises en los valles encajonados. Las casonas bajas, achaparradas, alineadas a lo largo de estrechas y polvorientas vías, imponen una sumisión espiritual con su aspecto pesado y monótono. El vasto silencio virgen espolea la fiebre de riqueza y de conquista. Los días y las noches se aplastan iguales, sobre esta contienda inexorable de persecución y de exterminio. El alba los arroja de las tiendas a través de hirsutos caminos que ensancha la espada y la noche los recoge fatigados y duros, con las armas tintas en sangre de bárbaros. Las ciudades apenas se insinúan y luego se borran. Rige la ley de la errancia, del vagabundaje. La trágica ley del poderoso que impone sumisión, silencio.

Este silencio está quebrado de estertores. No es el silencio de una naturaleza en expectación, sino el sordo silencio del dolor y la protesta. Un silencio hecho de odio, de amargura. Aun las propias imágenes que más tarde decoran los templos, son tétricas y sombrías. Su silencio es horripilante y la oblicuidad de sus pupilas parece copiada en el extremo gesto del agónico. En adelante, junto con la sangre transmitida, irá el latido de extrañas neurosis y de inexplicables sumisiones.

La Colonia carece de grandeza espiritual, de piedad. Se inicia con la censura, a hierro y sangre. Sobre el alma indómita, ya rebelde, cae el látigo que abre el surco sanguinolento de un rencor implacable. No queda huella de formas, sino la profunda e invisible que

roe en el alma torva, como un gusano. Ni una sola vez se levanta un credo libertador que indique la norma de posteriores idealismos. Oscuros caseríos que son cuarteles, avanzadas vacilantes sobre el camino, para descanso y vigilancia de los conquistadores. Con un solo estremecimiento se deshacen y desaparecen. Porque toda la arquitectura está en la soberbia, en la arrogancia, en la avaricia, en el orgullo sanguinario. Los templos mismos son construcciones primitivas, sin agilidad, sin nobleza. Sólo México, Lima, Querétaro y otras contadas ciudades, imponen la grandeza de una arquitectura de honda significación humana. Son las ciudades áureas y sensuales, de esplendor y de boato, ricas y rumbosas. Nuestra Colonia, en cambio, es triste como una mortaja, como un yermo, que rodea, no obstante, la decoración de paisajes, ásperos o luminosos, según las regiones. El alma monjil y fanática, se prolonga a lo largo de los siglos; absorbe la penumbra fosca del templo. Es sombría y penitente, sin fulgor, ni espiritualismo. Da vida al fraile mendicante y milagrero. Masas espesas de pueblo se hartan de sufrimiento y de miseria.

Una sola norma: el triunfo del poderoso sobre el débil. La encomienda como única organización. Mas tarde continuará casi idéntica en la era de la libertad teórica, en medio de una democracia nominal a la que se le da el parlamento como una válvula de escape, para su desfogue. Las oligarquías que se suceden, agrícolas, plutocráticas, políticas o militares no son más que continuación de aquella primera oligarquía de los conquistadores y luego de encomenderos. Todas trabajan sobre el mestizaje sumiso y soñoliento que vive inclinado sobre la tierra de las haciendas, en el taller o en la fábrica o devorando su miseria al borde de los grandes yacimientos auríferos o salitrales. Se le enseña a vegetar, no a crear. Se le da por norma, la rutina de iguales trabajos agrícolas o mineros, para todos. Nunca una voluntad

de disciplina, o de elevación que destruya los mitos de la vagancia y del latrocinio sobre los cuales especulan los retóricos y los satisfechos. Y he aquí que lo único que el hombre de abajo crea, como una defensa contra la expoliación, es el vagabundaje. Va de un punto a otro; se para en lugares desconocidos, echa algunas raíces efímeras y una mañana las rompe y huye otra vez a la ventura... Esta errancia interminable se parece a la huída del aborígen al que persigue la furia del conquistador.

Cuando el extranjero penetra siglos más tarde, la realidad de esta sumisión, comprende que su disciplina, su sobriedad, su espíritu de creación es lo que va a constituir el nudo de su riqueza. Ese hombre errante—piensa—es un buen labrador, pero carece en absoluto de facultades creadoras. Sólo el que posee estas condiciones, es capaz de imponer su voluntad, porque la creación es señorío, es dominio. El ojo avizor del europeo ve con terrible claridad el problema de América: problema de indisciplina, de sequedad interior, de indolencia, de cerrazón para el vuelo, de incultura. ¿Por qué domina siempre el más audaz, el caudillaje ignorante, el político aventurero o gestor? Porque se valen de la sumisión general del pueblo y de la corrupción de los mestizos, tan dóciles al halago y a las riquezas fácilmente adquiridas.

Las grandes clientelas políticas o electorales se crean en adelante, por el burocratismo. Al primitivo burocratismo aristocrático, sucede la irrupción vertiginosa del burocratismo mediócrata. No se atiende a la capacidad, sino al número. Trabajan contados hombres esforzados y los otros se entregan al ocio o al placer. Crean así un sórdido materialismo de estado. Se pagan servicios o sumisiones con puestos públicos. De este modo se da el caso monstruoso de un país cuya mitad de población vive del Fisco. El país es un gran fisco y su población, eminentemente fiscal. Ningun-

na virtud creadora encuentra estímulo y de nada serviría, puesto que la prebenda electoral o la canonía burocrática, dan para vivir con tranquilidad, sin afanes y la creación, la iniciativa para emprender industrias o labores productivas, es empresa para extranjeros o para otros individuos. Y lentamente, la riqueza pública o sus fuentes de producción, pasan a manos de los poderosos que viven en otros países. ¿Qué la queda a este pueblo dócil y manso? Una mentira de libertad política. Desde la colonia arrastra su grillete de mansedumbre y sobre el panorama de la perfecta tranquilidad, se mueve una burguesía ávida y ostentosa, una burguesía fiscal, que vive pendiente de las superficialidades europeas, que carece de vida interior, que va a las luchas eleccionarias por apetitos o por odios, que no tiene sentido de la cultura, que desdén o finge desdeñar todo lo autóctono, por snobismo por ignorancia o por darse tono.

Esta burguesía burocrática, pasiva y rutinaria, desprecia al pueblo del que proviene en gran parte. Lo usa y lo desprecia. Aliada, fundida con las oligarquías políticas y plutocráticas lo elevan en la retórica electoral y lo humillan en la realidad. Hasta un límite cercano a la gran crisis de la civilización burguesa—que es la guerra de 1914—lo manejan como el encomendero de la penumbra colonial: a latigazo limpio. Porque el látigo es no sólo la correa de cuero: es también el orgulloso desdén, es la ignorancia en que lo mantiene, es la choza campesina como para las bestias, es el conventillo sórdido, la cité humosa e infecta, la verborrea de asamblea, el alcoholismo, la sífilis, la hipocresía educacional, la extorsión del latifundista, la exaltación de su rabia sanguinaria en la guerra.

De manera que la supervivencia del sueño colonial fija o da la línea de una trayectoria moral posterior. La colonia—estado de sitio que dura tres siglos—es un nido de intrigas entre los capitanes y los oidores, los

jueces, los obispos y los grandes señores. Revisar el Archivo de Medina, en la Biblioteca Nacional, es asistir, en gran parte, a las disputas lugareñas, a las zancadillas que se hacen los grandes y escuchar, como tras una puerta, los pelambrillos y chismorreos en que transcurre la soñolienta existencia de los súbditos del lejano monarca español. En ocasiones los magistrados se venden por unos cuantos sacos de cereales, y los delitos de las damas o de los soldados quedan impunes, cubiertos por la tierra que sobre ellos arrojan los primeros compadrazgos del país. Ya la tierra es un símbolo y continuará siendo un argumento decisivo para borrar las huellas y las manchas de los delitos políticos o sociales cometidos por los afortunados. Echar tierra es aplastar el sentido supremo de la justicia, es envilecer la conciencia, creando el triste drama interior de la indiferencia y la resignación en todos o en los humildes, un rencor que el tiempo ensancha y encona, cada vez más... Entre tanto, la indiada y el meztizaje asisten, indiferentes, a las intringuillas de los grandes. Se arrastran a lo largo de los caminos o se amontonan en las esquinas bajas o van a la Plaza Mayor a mostrar la escoria de su carne magullada. Son la comparsa en las procesiones religiosas o en las recepciones de los gobernadores y capitanes que vuelven triunfadores de la frontera amagada. Ni más ni menos, que siglos más tarde, cuando los caciques políticos regresan de sus giras electorales y son aclamados por el populacho, expresamente reclutado para ello.

¿Qué diferencia existe entre la lascivia del pechero que viola a las indias o mestizas y el señorito del fundo que hasta hace poco abusaba de las hijas del mayordomo y luego las abandonaba a su suerte? ¿Qué diferencia entre la crueldad del encomendero que castigaba con látigo a los indios o les amputaba los dedos de los pies para que no se fugasen y la de los caciques

o hijos de los caciques que hasta hace poco, a los ladrones de gallinas de sus fundos los hacían colgar y a veces flagelar con sanguinaria inconsciencia?

La aventura tenebrosa y desolada, sobre una tierra a la que no los ata ni un solo vínculo, como no sea el de arrancarle la riqueza que esconde, crea en conquistadores y encomenderos, el más feroz individualismo. El mismo que vigoriza la tensión del encomendero, semejante al señor feudal con el que se siente hermano; el mismo que ensancha más tarde la bárbara pasión del caudillo de las revoluciones que suceden a la independencia, amo y señor de los pueblos sumisos sobre los cuales hace pesar la ley de la horca y del cuchillo. El destino recoge esa obscura tradición y la infiltra en las venas de los delincuentes políticos que han sembrado más tarde el terror en las tierras americanas.

SUMA Y SIGUE

«De los ricos es y ha sido desde la Independencia el Gobierno—escribía Santiago Arcos desde la cárcel de Santiago a Bilbao, en 1852, veinte años después de Zapiola—y agregaba: Los pobres han sido soldados, milicianos nacionales, han votado como su patrón se los ha mandado, han labrado la tierra, han hecho acequias, han laboreado las minas, han acarreado, han cultivado el país, han permanecido ganando real y medio, los han azotado, encepado cuando se han desmandado, pero en la República no han contado para nada; han gozado de la gloriosa independencia tanto como los caballos que en Chacabuco y Maipú cargaron a las tropas del Rey. Pero como todos los ricos no encontraban, a pesar de la Independencia, puestos para sí y para sus allegados, como todos no podían obtener los favores de la República, las ambiciones personales los dividieron en dos partidos.»

Y a lo largo de esa carta que es uno de los docu-

mentos más impresionantes del estado social de Chile, cuarenta años después del alba de la emancipación, esta observación, entre otras, que sobrecoge el ánimo:

Regidos por una Constitución viciosa en sus bases y que el primer magistrado de la República pueda hacer cesar siempre y cuando gusta, en Chile el ciudadano no goza de garantía alguna: puede ser desterrado sin ser oído, pueden imponérsele multas. El Gobierno intenta pleito a un ciudadano que hace encarcelar si se presenta a defenderse; en una palabra, el estado de sitio que es la dictadura, que es la arbitrariedad constante siempre amenazando al país, va destruyendo el patriotismo, premiando, como las primeras virtudes del chileno la indiferencia, el servilismo, la delación. Todos sabemos que estos son los requisitos que el Gobierno exige a los hombres a quienes confía los puestos más importantes del Estado.

Sin duda Arcos exagera un poco. No es que toda la masa sea dócil a la presión de ese trinomio moral—indiferencia, servilismo, delación—que bastaría para disolver un pueblo. Pero hay un fondo de dura verdad que el futuro no desmiente. 1850 está dentro de un período social casi virgen. Es la etapa de organización de la República, creada en medio de convulsiones y motines militares. Salvo el empeño de los guías extranjeros contratados para dar un rumbo a la enseñanza, y el de algunos espíritus libres y generosos, nacidos en el país, la casta poderosa de las familias gobernantes, no se interesa por el espíritu. Sólo el mando y el producto de la tierra.

Pequeñas minorías exceden de la férrea realidad sobre la que se construye la arquitectura de la constitución política del país. Son las minorías liberales, románticas y apasionadas, que se baten desesperadamente contra el autoritarismo excesivo y contra la acción perturbadora de la Colonia, encerrada en la aristocracia territorial. Este liberalismo fija una tradición de lucha como fija también una tradición, la oligarquía del mando autoritario. Como siempre, el pueblo

no interviene. Es la masa amorfa, confusa, de indóo destino, llevada y traída al modo del rebaño. La política está manejada, desde el alba, por núcleos poderosos, vinculados por los lazos de la sangre, de los intereses y el dinero. Con ligeras variantes, la República camina, entre esta doble presión política y social que graba cada vez más hondo el ritmo interior que animará o hará estallar las luchas posteriores. Los gobiernos autoritarios o tiránicos no prosperan: se corrompen y caen; los gobiernos liberales, a su vez, son batidos por la presión y el cerco de hierro de las oligarquías conservadoras, dueñas de la tierra y de la riqueza, orgullosas y dominantes, que no pueden tolerar los gobiernos populares. Al irrumpir éstos en el gobierno, se descomponen, por la acción del sensualismo, por la carencia de una cultura política y moral, sólida que los defienda del materialismo, del vértigo de la altura, del inquieto afán de acaparar puestos, de la agotadora idea de que el dinero es el fin supremo de la vida y del valer personal. En este sentido igual que las oligarquías de todo orden, llegan rápidamente a la total podredumbre.

De inmenso cuartel y de inmenso templo que era el país durante la Colonia, se ha transformado en un inmenso latifundio. En todo caso es la supervivencia de la encomienda que se extiende entre esos dos magnos poderes y que son los que modelan la fisonomía moral del país. Cuando surgen a la vida las instituciones democráticas o los hombres libres que aspiran a reformar el orden de cosas establecido, pronto se les neutraliza o se les aplasta: Arcos, Bilbao, la Sociedad de la Igualdad, Lastarria, Vicuña Mackenna, Amunátegui, los primeros radicales de austera prosapia: los Matta, Recabarren, etc. Esta lucha no cesa un punto a través del drama político que es con frecuencia una comedia de ficciones, entre los partidos que se unen por intereses de grupos, de clanes, para mantener el predo-

minio en el gobierno. Mezclas híbridas, componendas de fracciones antípodas en la ideología, pero conectadas por idéntico interés material; alianzas liberales, conservadoras, o radicales o bien liberales-conservadoras, tiran del carro, entre la mansedumbre proverbial del pueblo, sumiso, ignorante, desparramado a lo largo del país y apenas consciente de las luchas que se promueven en la capital.

El único destino de este pueblo, que hasta el drama del 91 no tuvo conciencia de su destino social, era vegetar o vagar de un extremo a otro del territorio. Tan pronto cargaba riqueza en Tarapacá, u horadaba las tierras del oro como arrastraba lanchones a lo largo del Maule o en las faenas del carbón, se sumergía en los pozos mortales, sin esperanza de redención. De pronto se le iluminaba, con una vaga conciencia, su condición miserable. Y eran los meetings del 78, del 88 o las huelgas sangrientas de 1903 y 1905 en Valparaíso y Santiago. Latidos sombríos de un pueblo que quería sobrepasar la condición penosa del siervo. Y nada más. Volvía a caer en la inercia sumisa, justificando la leyenda de su silencio y de su pasividad.

Pueblo vigoroso... pueblo fuerte... decían los anuncios oficiales y los textos de enseñanza para las escuelas primarias y secundarias. Se había formado una conciencia entre los que estaban bien de salud, respecto de la energía vital del pueblo. Pero el latifundio tenía chozas de totora cuyos interiores eran lodazales; antros oscuros e infectos, el suburbio; cuarteríos que eran pocilgas fétidas, las ciudades; la pampa, casas infernales; las regiones del carbón viviendas insalubres; pozos, todas, de las plagas que han llenado la tierra de los cementerios, que han destruído en flor, al nacer, centenares de miles de vidas. Este pueblo vigoroso; este pueblo fuerte, nunca tuvo la sensación del hogar. Fué errante por odio, por odio instintivo de la carne humillada, al rancho palúdico, al que debía volver por

la tarde, para derrumbar en él, su carga de huesos fatigados, en medio de un ambiente espeso de miseria, lodo e inmundicias.

Era natural que ese cubil expeliera al hombre en lugar de retenerlo. También se formó la leyenda del peón vagabundo. Pero si es verdad, que hay una raíz ancestral de fuga, en el hombre del pueblo, no es menos cierto que el lazo familiar se anuda con más fuerza, cuando hay un sitio propio que acoge y reconforta. Por lo menos, ese Estado que formó en sucesivas revoluciones, la aristocracia territorial—forma semejante al Estado de los señores de esclavos, en la Antigüedad, al Estado de la nobleza feudal, en la Edad Media y al Estado de la burguesía, más tarde—ese Estado sobre el cual impuso su fuerza Portales y su ley, Montt, nunca, en ese tiempo, ni más tarde consideró la orfandad material y moral del pueblo. Se legisló para la burguesía o para las clases poderosas; se fundaron Institutos de enseñanza, la Escuela de Artes y Oficios, Escuelas Normales, etc. Pero no se redimió al pueblo de su condición de siervo, ni se le dignificó por la cultura o por la higiene. El terrateniente o el hombre poderoso de las ciudades, torcían el gesto cuando se les hablaba de la condición espantosa en que vivían los inquilinos y los obreros. «Están acostumbrados a la mugre...—respondían.—No pueden vivir en otra forma...» Para el paso de una ley de instrucción primaria y obligatoria cumplida sin decisión ni entusiasmo, sin una conciencia superior de la cultura en su sentido de expansión y de penetración, se gastaron océanos de tinta y torrentes de palabras. Fué, sin duda, un gran ariete y se comprende que la obstaculizaran tanto las oligarquías.

Las generaciones posteriores recibieron hecha la psicología de encargo que condenaba a irremediable decadencia la raza vencedora en tantas guerras. Se decía que era un pueblo flojo, ladrón, andariego, amigo

del alcohol y de la aventura; manso, sumiso, leal como un perro, valiente en la guerra, socarrón, fatalista. Tiene sueño de marmota y despertar de león: decían los psicólogos del tiempo pasado. Sobre este cuadro moral se fundó nuestra conformidad y nuestro orgullo y lo que es más sugestivo, toda la arquitectura de la psicología que más tarde debían exaltar, sociólogos y escritores. Uno que otro quebró la regla. Pero no es este el momento para reevaluar la posición de los que han penetrado en profundidad, la médula de su raza.

LA CLASE MEDIA

La clase media recoge también esta psicología mórbida del carácter del pueblo. La clase media es el pueblo enriquecido, el artesano sobrio, el profesional, el campesino hijo de mayordomos, el extranjero de las inmigraciones, el maestro, el comerciante, el pequeño industrial, en suma, una porción social fragmentaria, sin ubicación, sin disciplina, que aspira a competir con la aristocracia cuyas costumbres y modos de vida quiere imitar a toda costa. Esta clase carece de la conciencia de clase. Nadie quiere ser clase media, medio pelo. El típico medio pelo del siglo XIX que se granjea la burla y la ironía de la aristocracia. El siútico es el tipo de la clase media. Pesa sobre ella un estigma que el tiempo no desvanece. Es la fisionomía confusa, borrosa, entre el esplendor de la nobleza y la hirsuta maraña del pueblo. La clase media crece en el trabajo, en la monotonía de los talleres, en la trastienda de los negocios, en los Liceos, en las escuelas normales, en la Universidad, en los barrios un poco apartados del centro de las ciudades. Hubo familias en las capitales de provincia que tardaron cincuenta años en llegar a la cercanía de los barrios aristocráticos que eran los que ceñían la plaza principal o de Armas. Hicieron la

larga jornada, por etapas, a medida que aumentaba la riqueza y las familias nobles se hundían en la decadencia económica. Entre tanto, las hijas de los mediócratas, buscaban contacto con las niñas aristocráticas. Iban a los mismos colegios, en los cuales comenzaba por hacérsele burlas. Los hijos iban a los Liceos o a la burocracia. La oligarquía política le dió puestos al hijo del elector de la clase media en pago de sacrificios electorales. El profesional se casaba con las hijas de los aristócratas venidos a menos. El hijo de éstos, con las niñas de la clase media enriquecida. Y ambos creían hacerse un mutuo favor...

Las crisis económicas profundas que abatieron a las grandes familias patricias, modificaron el cuadro social rígido que fué la norma hasta antes de la guerra del 79.

La riqueza fabulosa del salitre, dió vida al «parvenu» ostentoso, desorientó a las familias tradicionales con el vértigo del lujo y de la frivolidad, provocó las emulaciones perturbadoras, irritó el orgullo de la casta aristocrática y arrojó en el corazón de la juventud el frenesí del goce fácil. El desprecio de la aristocracia contra las familias enriquecidas—fenómeno que la generación de hoy pudo apreciar antes del advenimiento de la revolución espiritual de 1920 que es la ruptura definitiva con el pasado colonial y el primer y gran golpe a los mitos de la superstición oligárquica—o contra los elementos del medio pelo que se destacaban por su capacidad, era, en el fondo, temor a la suplantación inevitable ya, porque la clase media, por la perseverancia que su propia vida gris le imponía, por el deseo de saber y de triunfar, comenzaba a llenar todos los sitios de la organización política y administrativa. En general, las clases aristocráticas fundaron su orgullo, en la generosidad de las tierras que les pertenecían. Los grandes fundos representaban la tradición, el señorío, la sangre y la energía de los grupos sociales de selección. Un gran fundo era una pa-

tente de aristocracia y de dominio. Era el departamento electoral. La dominación sobre la ciudad cercana. El mando sobre la autoridad de intendentes o gobernadores. En fin, era el sillón de senador o lo que es lo mismo, el predominio en el gobierno central.

Pero no siempre le era dado a los descendientes mantener el vigor y la obstinada constancia de los antepasados, hombres de vida sobria, tozudos y enamorados de la tierra. El joven aristócrata se malogró por la riqueza y el ocio. Dedicó su existencia al placer, a viajar, a divertirse. La familia le adquiría el título de diputado y eso bastaba. Era la patente del dominio. En la capital o en las provincias, muerto el jefe del hogar, los herederos de las grandes fortunas y de las grandes haciendas, utilizaban el teléfono, según la observación de Mariano Latorre, para llamar a sus mayordomos y consultarlos, desde las mesas del Club acerca de los detalles de las faenas agrícolas o bien, antes del teléfono, una vez por semana, iban en carruaje al fundo y regresaban por la tarde y penetraban a la ciudad por la calle principal del pueblo, al galope de los cuarterones en medio de la expectación de los paseantes que se decían, unos a otros: «Es el hijo de don José María, que viene del fundo...» Y hasta la otra semana no se repetía la inspección de los trabajos.

El goce arruinó lentamente a casi toda la aristocracia y las grandes especulaciones del salitre o de la bolsa, elevaron familias oscuras y abatieron a otras, en medio de la áspera irritación de los espíritus. No había más consigna que el dinero. Comenzó la acumulación de riquezas por el fraude y la rapiña. Advendizos ambiciosos, sin escrúpulos, capaces de todas las impudicias, compraron y vendieron favores, corrompiendo la justicia y desmoralizando los restos de la antigua disciplina social.

La tierra se entregó así lentamente a otros hombres.

Parte de la tierra generosa, fresca y profunda, que erigió una nueva aristocracia de advenedizos, sin pasión ni grandeza moral. Esta casta por ambición de lujo y de placer, hipotecó las tierras, malgastó su riqueza, se hizo ostentosa y acabó casi en la ruina. Era aristocracia de salitreros, de abogados, de caciques políticos, de especuladores. Heredó el desprecio por la vida espiritual, no se preocupó de fortalecer su vida interior y fincó todo su orgullo en viajar por Europa, esperando que las tierras sudaran todo el oro que exigían sus placeres. Compuesta de elementos heterogéneos, especuló en la política, creando nuevas normas de vida. Los descendientes todavía eran diputados o senadores y mezclada con los restos de la aristocracia antigua, fundida por los lazos de la sangre y del dinero, avanzó en medio de la descomposición, sin preocuparse del pueblo, cuya conciencia de clase era cada vez más robusta.

La clase media dió todas las reservas al profesionalismo, a la burocracia, a la cátedra o al ejército. Como era una clase gris, que se empeñaba en trepar hacia la aristocracia, despreciaba a su vez, al pueblo de donde había brotado. Esta clase nació tímida, por lo mismo que no tuvo el instinto de la rebeldía social. Sentía en la raíz la humillación del pueblo al que consideraba holgazán y vicioso. Se ruborizaba ante la aristocracia a la que creía una entidad de origen divino. No examinaba el fondo de las mezclas sociales. Lo único que veía era la exterioridad brillante, los carruajes, las grandes residencias lujosas, los criados de librea, el palco en la ópera. La clase media era el antiguo anfiteatro de las salas de espectáculos. La platea era una mezcla de grupos de clase media enriquecida, con aristocracia venida a menos o extranjeros que se habían casado con las llamadas niñas bien. Los palcos eran la nobleza. Arriba, en la galería, sitio de incomodidad y apelotonamiento, gruñía la masa anónima, la exudación del

conventillo o la cité. Hasta hace algunos años, antes de 1920, las familias de la clase media enriquecida que alguna vez iban a los palcos, se ruborizaban. Temían las miradas de las damas aristocráticas, miradas incisivas penetrantes, irónicas, que parecían decir: «Y estas siúticas intrusas?...» En las ciudades de provincia, ocurrió muchas veces que en algunas fiestas o bailes, las niñas de la clase media enriquecida que eran llevadas por sus padres—hombres con vinculaciones agrícolas o comerciales con aristocratas—eran dejadas solas en los rincones del salón, sin que ningún joven bien las sacara a bailar. (1)

Todo esto constituía una parte de la humillación de una clase, sin sentido de clase. Clase inorgánica, como encajada entre dos grandes fracciones hostiles; una la despreciaba por advenediza o siútica, la otra porque sufría el amargo desdén del padre que se siente desconocido por el hijo petulante. Si esa clase hubiera sentido la fuerza medular de su destino histórico—al modo de un fiel disciplinado, culto, potente en una balanza de orgullos y de miserias—tal vez hubiera modificado o detenido esta corrupción moral que ha determinado la quiebra de las organizaciones políticas y sociales del país. Pero desde la Colonia, la vida social se mostró en dura separación de castas. Ricos y pobres, conquistadores y conquistados. Oidores, capitanes e indios. El mestizo asomó con timidez su cabeza

(1) Pocos años después de 1900, ocurrió una vez, en un curso universitario de derecho, lo siguiente: el profesor interrogó a varios alumnos de resonante apellido tradicional, que se sentaban por lo general, allí como en los Liceos, en los bancos cercanos al escritorio del profesor. Los interrogó, con melosa amabilidad, uno por uno, nombrándolos por sus apellidos. Como ninguno de ellos respondiera a la pregunta formulada, el maestro, con un gesto enérgico de su brazo, dirigiéndose al montón anónimo, como quien dice, el estado llano, exclamó: «A ver entonces, uno de esos...».

Uno de esos, sin nombre, partícula de la parte siempre confusa de la sociedad, sin apellido de relumbron, el pobre diablo o el siútico, que sería más tarde, abogado, médico, profesor o diputado, pero que llevaría adentro, en lo más oculto del espíritu, la herida sin cicatrización posible, y que el tiempo encona, en los ambientes del meztizaje, del orgullo estéril y de la vanidad enfermiza: los países hispanoamericanos.

greñuda, que recordaba al indio o bien sus ojos azules o su barbilla untada de rubio, que traía a la mente la imagen del soldado garboso y pendenciero de la Colonia.

No ha existido en esta clase, cuyo destino debió ser como en algunos países europeos: un equilibrio entre las fracciones antípodas, de pueblo y nobleza—un sentido vigoroso de excepción, de disciplina, de orgullo. No el estéril orgullo de la vanidad ostentosa del dinero, sino el superior instinto que se apoya en la fuerza de derechos, legítima y honradamente adquiridos. Una clase que opusiera o mantuviera, por el esfuerzo continuado de su cultura espiritual, un límite a la descomposición inevitable de las aristocracias que se entregan al placer y al ocio y un ejemplo de sobriedad, de austeridad y de belleza moral para un pueblo pobre al que hay que dignificar y redimir de su condición penosa de expoliado, franqueándole las prerrogativas que las oligarquías políticas o plutocráticas se niegan a conceder. En cambio esta clase no hacía sino suspirar hacia arriba, de donde por lo general, sólo caían miradas misericordiosas o francamente sarcásticas. Entregada a la burocracia, se descompuso como la otra. Se hizo fiscal. Cayó en la ostentación irreflexiva, en el orgullo vacuo, en la imitación incondicional que busca hasta los defectos para mejor parecerse a la clase superior. La sospecha del triunfo en los comicios electorales, bastaba para llenarle de humos la cabeza. Porque en los núcleos sociales en que no late un hondo sentido humano de la cultura, un espíritu religioso superior, la conciencia de una fuerza moral enaltecedora, se sacrifica todo al predominio del vientre y se acaba por aceptar, con resignación y mansedumbre, siniestras, las más bochornosas humillaciones.

Angel Cruchaga Santa María.

POEMAS

VASO AZUL

*Canto la adolescencia tuya y la constelación de tus trenzas
allá en la casa azul que yo no miré nunca.
¡Oh enredadera de los años sobre tu juventud de musgo
cuando tu corazón abría su ventana de zafiro en el tiempo!
Lento sueño con lágrimas, ala dormida de humo,
yo te he querido sobre el lamento de mis leones,
lacerante de llagas, en un turbión de flechas.
Yo te miré en la brizna y en el vitral de la estrella,
vencedora de las latitudes, jazmín llovido de sueño.
Como Ruth en la era yo recogí tu espiga
en la red delirante de astros de mis venas.
Tierra húmeda, isla conmovida de pájaros y de soles
no te estreché en los cirios trémulos de mis brazos
Cuando te miro la tierra vacila de mariposas
y tu cabeza se inclina como un otoño en el mundo.
¡Oh languidez de lluvia azul de tu cabellera
echada sobre los valles para dormir los niños.
Gira tu voz como los pájaros que alzan el palio del día.
Lloro por tu juventud antes del primer anillo
que puso el amor en la fatiga de tu mano.*

LATITUD

Vives más allá de toda latitud, fuera de todo clima,
como el último pájaro o la primera noche del mundo,
sin límite, como la esencia en el nimbo de un ángel.
Ya no pueden mis manos asirte sobre el planeta.
Miro tu fuga como cayendo de infinitas escalas.
¡Ah desesperado en el ciclón de esta rosa tardía!
Ya se fué de mi mano la sombra de tu presencia,
Ya no siento tu pie deshojado de humo.
Me pesa la montaña celeste en el costado.
Recobro en esta herida toda mi soledad.
Hombre triste cruzo a solas con mi muerte.
¡Ah pan de la tarde, último sabor para la boca!
Me viste la ceniza de todos los horizontes.
Me desnudaré para morir de todo lo que vuela.
Ya no son estos brazos sarmientos de tu hoguera,
entré en el ambiente de piedra de los ídolos
allá donde un eclipse lento se desploma.
Se me cae la noche como una escama azul
y los ojos te llevan como el mundo a sus ríos.
Ritmo del globo en el cielo, tu voz, camina conmigo.
Ensánchame el heliotropo lejano de tus ojos.
Sigue por las rayas heridas de mi mano
hasta que la última vena trice cantando su ola.
Perdí la dirección del vuelo de los pájaros,
¡Mi haz de espigas es tuyo y sin embargo muere!
¡Ah hombre, hombre de la hora tardía,
flecha sin blanco que hacia todo solloza,
para mí la noche como un grito acerca su eternidad!

EN EL TIEMPO

Cuerpo donde mi corazón ubicó la esperanza
yo te ceñí hasta que el horizonte se desplomaba en esencias
y la comba del mundo era la suavidad de tu hombro.
¡Ah mendigo en el muladar! ¡Ah lisiado en la hora ven-
[cida!

¡Cómo siento del crepitar de mi bosque sin pájaros
en este día en que la cabellera me duele de gris!
Entregué la ciudad que construí con lágrimas.
Dejé que el tiempo trizara todos mis espejos
y ahora que la tierra mueve su trébol en el espacio
estoy caído como un ancla para no seguir el viaje.
Todo el Zodíaco es un suspiro en mis ojos.
¡Reuníos todos mis gritos para hacer un milagro!
Ruinoso el muro del hogar sin niños,
echado en el turbión, debatiendo mi colmenar
yo no sé qué alto día ha de nacer del naufragio!
Tu cabellera aun tiene la fragancia del perdido sueño...
¡Ya no miro el cielo para no acordarme de ti!...

Alcibíades Santa Cruz.

POR LA DEFENSA DEL IDIOMA

EL muy interesante artículo del señor Seura Salvo, publicado en el N.º 82 de *Atenea*, correspondiente a Diciembre del año pasado, viene muy a tiempo a remover la antigua y siempre nueva cuestión de la corrupción del idioma español en los países americanos, y aún podríamos decir que en todos los países donde se habla, porque la misma Madre Patria está muy lejos de quedar exenta de pecado.

El rico idioma español va siendo arrinconado por vocablos llegados de otros idiomas o nacidos en los bajos fondos sociales e incorporados al lenguaje de la gente culta. La inapreciable ventaja de poder recorrer todo un continente sin variar de idioma va pasando a ser un mito: cada nación hispanoamericana se está dando un idioma propio, en el que los restos del noble idioma primitivo apenas aparecen entre el cúmulo de voces extranjeras, palabras de origen indoamericano y vocablos más o menos groseros inventados por el bajo pueblo. Países hay en que esta manía de pervertir el idioma ha llegado a un verdadero sadismo.

Poca parte, a nuestro humilde juicio, tienen en esto los americanismos, y en nuestro caso, los chilenismos.

En el N.º 7 del tomo IV de *Atenea*, correspondiente a Septiembre de 1927 se publica una carta dirigida a don José Toribio Medina, y que una cariñosa infidelidad del destinatario dió a la estampa «por la doctrina y por los datos», decía el señor Medina, explicando la razón de su proceder.

Dábamos en esa carta nuestra opinión sobre chilenismos, y habíamos quedado conformes, porque nuestras ideas no habían sido discutidas hasta ahora, seguramente más por ignoradas que por aceptadas. Ojalá merecieran la observación del señor Seura Salvo, que con sólida preparación entra a formar en las filas de los «reprochadores de voquibles», que dijo Sancho.

No son, a nuestro parecer, los regionalismos de cada país los causantes de la perversión del idioma, sino en muy pequeña parte, y menos importancia tendrían si desde la escuela primaria hasta el fin de la instrucción superior se procurara por los maestros mantener la pureza del lenguaje, y si la difusión de la buena literatura española clásica y moderna permitiera a la gran mayoría de los chilenos conocer una enorme cantidad de voces que por ignoradas son substituídas por chilenismos, por neologismos innecesarios o por palabras extranjeras españolizadas o mal pronunciadas.

Muy lejos de nosotros está la idea de usar exclusivamente las voces españolas aunque ya su antigüedad las haya retirado de la circulación, como pretenden esos fervorosos adeptos del padre Mir, que, por desgracia, forman la mayoría de los autores en la ya copiosa literatura chilena sobre chilenismos, a excepción de Lenz y de Medina. Nuestra opinión es que no es admisible fosilizar el idioma; que hay muchos objetos nuevos, muchas ideas nuevas, muchas aplicaciones nuevas de las ciencias que deben ser representadas por una palabra nueva, ya que es nuevo lo que significan. Más aun: muchas de estas voces han nacido en otro idioma y son la expresión corriente entre los que tienen que hacer con lo que ellas significan, para quienes, y para todos, su substitución por una palabra de corte español resulta inaceptable. Así pasó con el *balompié* por *football*, que con buen acuerdo se ha españolizado en *fútbol*, y así pasará con los *esnobos* de Azorín y el *fajo* y los *fajistas* de Unamuno, que más de uno dudará si se trata de los *snobs* y del *fasio* y los *fascistas*.

Galicismos llama la Academia a control, entrenamiento y arenaje, para no citar otras; pero para control no tiene una palabra propia, aunque tiene *contralor*—para el que ejerce el cargo (y hasta se llegó a decir *contralorar*); entrenamiento no es «ensayar, ejercitar, adiestrar, habituar, acostumbrar, amaestrar», sino un conjunto de tales procedimientos; arenaje no es *encañar*, porque no se conduce simplemente por caños los líquidos que se desea extraer, sino que en cierto modo se les aspiran: el tal *encañar* tiene, por otra parte, más relaciones con caña que con caño.

¿Y por qué no se admite en castellano estas palabras que representan exactamente una cosa abstracta o concreta, cuando se ha admitido sin chistar *charretera*, *edecán*, *tirabuzón* y otras muchas, que en su idioma de origen significan algo determinado y en castellano no?

Claro es que debemos dar elasticidad al idioma, si no quere-

mos hablar al fin el español como los judíos de Salónica, y para mantener al día nuestra lengua necesitamos admitir voces nuevas, ya formadas con raíz griega o latina, como la mayor parte de las nuevas palabras científicas, ya conservadas en su idioma de origen, cuando no haya una voz castellana que signifique exactamente lo mismo, y cuando la palabra extranjera haya sido adoptada por todos los que tienen que hacer con ella.

Pero hay dos modos de hablar el castellano a los que debemos oponernos con toda energía, hasta que cesen de estar pervertiendo nuestro idioma: son el uso en el lenguaje corriente y familiar, y de ahí hasta la prensa y los libros, de las palabras groseras o inventadas por gente sin asomos de cultura o nacidas en los centros del vicio, y que morirían en la bahorrina en que nacieron si no hubiera tantos que las repitieran con la intención de hacerse notables, siquiera por su versación en los usos y costumbres de los más bajos fondos sociales. Y si alguna de esas palabras pudiera tener defensores, por pintoresca o graciosa o irónica y otra causa, que vaya a los libros sobre folklore (aunque sean tan malos como alguno publicado no ha mucho).

El otro vicio es el de nutrir en el discurso cuanta palabra extranjera viene a mano, a veces sin legítima aplicación, otras veces porque no se quiere usar—o se ignora—la palabra española corriente, que significa exactamente lo que la extranjera. Agentes transmisores de esta especie de tifus exantemático del idioma son en primer lugar los cronistas de diarios y muy especialmente los cronistas de deportes, cuyo afán de usar voces inglesas o francesas—o por dárselas de sabios o por ignorar las correspondientes—hace de cada descripción de fiestas, juegos o deportes un galimatías que apenas si su autor entiende, y que va infiltrando en el lenguaje corriente, y no sólo entre la gente poco letrada, una cantidad de voces extranjeras generalmente mal pronunciadas y en seguida mal escritas, (como esa *réclame* que los que la usan pronuncian como esdrújula) y que poco a poco van desalojando y reemplazando a las buenas voces castellanas.

Estamos convencidos de que gran parte de esta gente no peca por comisión, sino porque su conocimiento del idioma castellano no les da para más. Estamos ciertos de que escribiría para que todo el que hable español los comprendiera si en sus pocos años de estudio en los Liceos o en las Escuelas Superiores hubieran estado en mayor contacto con buenos libros españoles; si no hubieran estudiado en textos mal traducidos o

mal redactados, y si las conferencias y lecciones orales hubieran sido hechas en castellano correcto.

El mal viene desde más lejos aún, porque, como hemos dicho en vez anterior, ya desde la Escuela viene el muchacho oyendo un lenguaje mítico, el de los libros de texto, para las clases, y otro demótico con todos los defectos que la Escuela debería corregir, para todas las demás situaciones de la vida. Lentamente, la falta de contacto con el amplio vocabulario castellano va borrando de la mente muchas voces, muchas acepciones alguna vez vistas; el vocabulario se va restringiendo cada vez más, y por desconocer la palabra que expresa la idea, se echa mano de neologismos inútiles o de mal adoptadas voces de otro idioma. El espléndido regalo que la colonización española hizo a América con el uso de un idioma único a lo largo de dos continentes está por desaparecer y el viajero de habla española entiende con dificultad el lenguaje de cada país de los que tuvieron igual origen e igual idioma.

En la carrera atropellada de la hora actual hacia un fin desconocido, no queda tiempo para la lectura de las buenas obras: ni para meditar la forma de lo que se escribe o se vocifera, de lo que ha nacido la gran cantidad de neologismos más retumbantes mientras más vacíos de sentido, hasta constituir el nuevo lenguaje gerundiano y quisiéramos llamar churrigueresco de oradores y escritores de la época actual.

Si se quiere atajar este mal hay que poner remedio desde la Escuela Primaria hasta las más altas esferas de la Enseñanza, corrigiendo locuciones viciosas; proscribiendo palabras impropias; puliendo el lenguaje del personal docente; ayudando a la creación de bibliotecas y al fomento de las existentes, para poder tener así ingerencia en ellas y vigilancia sobre lo que se lee; creando Centros literarios, ahora arrasados por los Clubs de deportes o pseudo-deportes, y estimulando entre la gente de prensa la corrección del lenguaje y la crítica festiva de las voces impropias: algo como el «Disparatorio» que tuvo ATENEA o la «Pesca de perlas» de una Revista argentina.

Sería ahora la ocasión para que las Academias Correspondientes de la Española se dedicaran a la confección de un Diccionario de Americanismos, ya que los incorporados en el último Diccionario de la Academia dejan mucho que desear y son poblado campo de caza para otro Valbuena, y que autores americanos hay que están tomando por americanismos y, aun regionalismos, voces castizas, como la palabra *fonda*, por ejemplo, que ha perdido en algunos países sudamericanos la principal de sus acepciones.

La Academia Chilena Correspondiente de la Española, que duerme tranquila a la sombra de sus futuros laureles, tendría aquí un vasto campo donde ejercitar su actividad.

Sería también la ocasión para principiar a cumplir el voto propuesto por don Enrique Molina y aceptado unánimemente por el Congreso de Universidades de la Habana, para la conservación del idioma como medio de proteger la integridad de las naciones hispanoamericanas.

Marta Brunet.

CUATRO POEMAS EN QUE ESTAMOS NOSOTROS

1.

*Tirabuzón de angustia buscando, desesperadamente,
prenderse a una esperanza.*

¿Dónde?

*¿Dónde estás tú en la hora habitual de los anocheci-
dos que es nuestra hora?*

Las manos se me caen al cuenco negro del regazo.

*Un pájaro loco raya el cerebro en vuelos contradicto-
torios.*

¿Dónde, dónde estás?

*Miradas de luces verdes, faros para la ruta extraviada,
salen al balcón y marcan una actitud fija.*

Nada.

*El horizonte dibuja un círculo vacío y perfecto que me
extrangula.*

*Afina el tiempo su hilo azul de noche y engarza estre-
llas.*

*Los ¿dónde? rebotan en la angustia y juegan a ser
eco del corazón tumultuoso*

2.

*Hebra blanca de lana, trazando el camino de una va-
gancia, así nuestro ir por el paisaje lunado.*

*—Un pájaro noctámbulo ensaya vanamente una frase
de amor.*

Hebra suave de lana, tejiendo palabras en que puntos sueltos caen al silencio hinchado de brisas.

—Un sauce quiere pescar estrellas en el agua estupefacta del estero.

Hebra enredada de lana, pequeña celestina que nos lía las manos con los siete nudos ciegos de lo fatal.

—Un grillo atornilla en la noche su canción metálica.

Hebra sabia de lana, retorno por huellas de dulzor anegadoras de dicha.

—El paisaje nos contempla cabeceando aprobaciones enternecidas.

3.

Recta al sol, piedra dura y ardiente, así mi corazón.

Y en torno el empuje de las olas, negras olas que avanzan embatiendo con la espesa resaca de los celos.

Y la piedra dura y ardiente inmutable bajo el sol.

Golpean, suben, rompen en gotas las olas; se van, vuelven, pegan, rugen, maldicen.

¡No importa corazón!

Bajo los soles la piedra es fuego y cada vez más alta en su anillo de olas, es un desafío de actitud definitiva.

Alta piedra salobre.

Corazón mío.

4.

¡Libre! ¡Libre! bajo los cuatro estoperoles de plata que sujetan la cruz del sur. Embriagada. Empinada sobre mí, misma, prora hacia ninguna parte, a solas con la afirmación de un destino múltiple.

¡Libre! ¡Libre! por caminos trizados de olas y abiertos de espacio, rotas las amarras inmovilizadoras, aventada la carga de inquietudes, de recelos, de pesares.

¡Libre! ¡Libre! viajera de alma-niña que deshace panoramas clavando flechas veloces en el blanco de cada puerto.

¡Libre! ¡Libre! bajo la mano fuerte y suave del viento, bajo el sol prendido a la piel como una caricia fija, bajo el dulzor sedante de la noche.

¡Libre! ¡Siempre libre! ¡Al fin libre!

Deseo que se hace mástil, anhelo que empaveza el barco, grito que comba las velas, rosa de los vientos que marca todos los puntos cardinales al corazón esperanzado de libertad, todo ¿para qué? si un beso tuyo me ancla irremediabilmente a tu costado. . . .

E. Rodríguez Mendoza.

ANOTACIONES DE ACTUALIDAD

I

LOS países vencedores en la guerra mundial entregaron durante la contienda una gran parte del poder público a algún actuante central, que fué una síntesis nacional en un momento dado: Clemenceau, Lloyd George, Wilson. Se echaba mano de la dictadura para ganar la guerra.

Pasada la conflagración, otras nacionalidades—Italia, por ejemplo—apelan a un poder omnímoto para ganar la paz y lograr una organización, más de bienestar y de fuerza que de libertad.

En una palabra, pasada la parte militar de la guerra, la mayoría de los vencedores conservan sus antiguas Constituciones. En cambio los vencidos, atribuyendo su desastre a la omnipotencia imperial, establecieron el predominio legislativo, menos Rusia donde se demolió una tiranía cruel y asiáticamente retardaria, reemplazándola por una quimérica y aun más cruenta que el czarismo.

Puede afirmarse, pues, que casi sin excepción, la guerra dejó intactas las Constituciones de los vencedores, inclinando hacia el parlamentarismo a los vencidos. Pero junto con correr los años, empezaron a patentizarse los vacíos profundos de las Constituciones que, por huir de la antigua omnipotencia no habían logrado formar gobiernos capaces de enfrenar el mar de fondo—de bajos fondos—que está estrellándose contra injusticias sociales que no pueden seguir subsistiendo.

Como se ve, la realidad no tardó mucho en señalar los puntos débiles o inactuales de los nuevos Estatutos políticos y bien puede decirse que se manifestó en todas partes la necesidad de un poder central poderoso, primordialmente orientado hacia soluciones concordantes con el hecho de que está surgiendo un

nuevo Derecho y en vías de transformarse o morir estrangulado el capitalismo egoísta y contrario al bienestar general.

Hartos de retoricismos y ladinerías, los pueblos reclaman airadamente hechos económicos, sociales y culturales, los cuales no aparecen en algunas Constituciones posteriores a la guerra europea. La de 1925, por ejemplo.

El mundo tiene que ser de realidades—grita Mussolini, irguiéndose sobre las siete colinas romanas.

Prefiero la injusticia al desorden—decía a su vez, uno de los *leaders* del socialismo belga.

II

El fin de la guerra europea extendió universalmente la crisis que ahora abarca simultáneamente todas las actividades de la vida.

¿Cómo podría definirse esa crisis, que fundamentalmente es la misma en todas partes, lo que no impide que tome las peculiaridades características de cada ambiente?

Como un fenómeno de transformación integral que está separando y diferenciando más y más las orientaciones económicas y sociales de la época que termina y de la que empieza.

Estamos dentro de una transformación práctica de la vida y para afrontarla y resolverla se requiere una autoridad fuerte y preparada. Se necesita cerebro, sangre y músculo para esa tarea superior y multiforme, y cuando el vasto problema llegó hasta nosotros, Chile carecía de autoridad política y de preparación técnica porque en treinta años de desgobierno y de «vida alegre y confiada» habían germinado todas las crisis, latentes mientras hubo dinero y crédito con que hacer un hoyo para tapar otro y, sobre todo, con que hacernos la ilusión ignea y vanidosa de que quedaríamos indemnes en medio del vendaval.

En una palabra, estábamos desarmados ante la acumulación de crisis que se presentó de improviso.

La revolución parlamentarista de 1891 había dejado inerme al Ejecutivo y para poder gobernar y librarse a medias del desorden general, se necesitó,—administraciones Errázuriz Echaurren, Sanfuentes, etc.,—dividir más y más a los hombres y a los partidos a fin de que no llegaran a dominar sin contrapeso y sin responsabilidad alguna.

Don Federico Errázuriz Echaurren divide diestramente—empleaba muy bien la *prestigiosa* habilosidad criolla—librándose con relativa facilidad de verse cercado y dominado.

Don Germán Riesco llega jadeante al final de su quinquenio.

Don Pedro Montt cae con las arterias endurecidas antes de terminar su período.

Don Ramón Barros Luco opone su inercia intencionada y socarrona, al desorden hecho marea en pleamar.

Don Juan Luis Sanfuentes hubo de sentir en el poder los inconvenientes del desgobierno de que había sido catedrático insuperable, mientras laboreaba su candidatura, fruto de todas las artes inferiores de la política. Al final de su agitado período—no se siembran vientos sin cosechar tempestades—la anarquía supuraba por todas partes en la administración y en el cuerpo social entero y el señor Sanfuentes, que buscó tan afanosamente el poder, salió de él silbado y aplastado, yendo a sumergirse en el silencio reparador de un fundo rústico: era tarde para convertirse un Cincinato y el ex-mandatario se limitó a ser durante el resto de sus días un decepcionado de los hombres y un testigo hermético de las catástrofes por venir. Quiso hartarse de silencio y negó al país el fruto de su experiencia de gobernante.

El Ejecutivo estaba deshecho y de la Constitución pelucona, mutilada en 1891, no quedaba nada sólido y eficaz: había dejado de servir de base a un sistema político, «en forma» y como consecuencia inevitable, el país, perdido su dinamismo, era una especie de pontón anclado en medio de la turbulenta agitación general producida por la post-guerra.

La Constitución de 1833,—«obra de arte de la razón»—estableció un poder absorbente y amplísimo en medio de un país en que todo estaba por hacer y en que había que crear costumbres y tradición, necesariamente inexistentes en los pueblos en formación.

Ponía en manos del Presidente de la República, no sólo toda la administración, sino toda la vida pública y, sin embargo, contó siempre con el concurso de los buenos ciudadanos y presidió los mejores tiempos de la organización interna y del esfuerzo exterior.

Fué una especie de dictadura del bien público y durante cincuenta años desbarató todas las frondas y resistió a todas las facciones. Mediante su autoridad, Chile llegó a ser el primer país hispanoamericano que logró organizar su libertad y su vida pública, avanzando con lentitud, que no era atraso, como creían la impaciencia o la temeridad, sino experiencia, la cual equivale a la sabiduría.

Pues bien, el reformismo atolondrado de 1891—van a cumplirse cuarenta y dos años—sin tener para nada en cuenta el estado pre-cultural de las masas, fué destruyendo el gobierno, e hizo, al fin, del Presidente de la República un funcionario opaco

e inerme, casi demás en la administración... Y como era inevitable, la endemia política y la carestía de hombres de Estado, fué engendrando todas las crisis, sin excluir la que ahora deprime hasta lo degradante la altivez de carácter.

Tal es el cuadro y la diagnosis al llegar al señor Alessandri al poder: no quedaban ni reliquias de la Constitución de 1833, o más bien dicho, quedaba la letra; pero no el espíritu y se carecía casi por completo de una autoridad central cuando era necesario renovar a fin de poder abordar en tiempo presente los problemas esparcidos mundialmente por el fin de la guerra.

El señor Alessandri, parlamentario de choque, una vez en la Moneda sintió en carne viva la falencia de una autoridad desde la cual implantar y propulsar sus reformas: quería y era necesario gobernar de acuerdo con el porvenir y con lo más imperativo en materia social—campo inculto en que fermentaba en la promiscuidad de su miseria, sus vicios y su incultura toda la clase baja, es decir la gran mayoría del pueblo.

El nuevo mandatario puso todas sus armas—temperamento combativo, talento tribunicio, poderosa atracción personal—al servicio de su intento reformista... Y empezó el baile, es decir la lucha, que aun no termina porque aun no logra reconstituirse sobre bases actuales la autoridad hecha cisco en 1891.

El país se llenó de ruidos de refriega parlamentaria y periódica. El régimen parlamentario se había echado encima un enemigo tanto más formidable, cuanto que el que entonces lo combatía sin cuartel, le conocía todas sus taras patológicas y todas sus «tretas criollas».

Alessandri rompió líricamente el fuego verbal de la lucha violenta y emocionante de que fué la figura central.

Fueron cinco años de combate en que no hubo un instante de tregua y en que las masas y las chusmas deslumbradas aclamaban al nuevo Espartaco con plante de girondino.

No hubo sangre, batallas ni suicidios catonianos; pero el parlamentarismo de 1891 quedó hecho trizas ante la estatua tradicional en que Portales sigue mostrando los originales de la Constitución bajo cuya tutoría benefactora el país pudo organizarse, vencer, trabajar, cumplir las videncias de Bolívar.

Como consecuencia de la memorable refriega oratoria contra la usurpación parlamentaria, el vencedor arribó plebiscitariamente a la Constitución de 1925, la cual llegaba a la realidad política apadrinada por la sombra de Portales, con quien comienza la organización ejemplar, y por la sombra de Balmaceda, con el cual termina.

La nueva Constitución (la cual no deroga la antigua mientras

ésta no sea reformada de acuerdo con los procedimientos indicados en sus artículos 156 y siguientes) aplastó la preponderancia parlamentaria y los congresales retrogradaron refunfuñando a un rol político secundario: habían dejado de gobernar.

La nueva Carta reflejaba en esto el sentir casi unánime de la opinión: el término de la dictadura colectiva e irresponsable y la plenitud de la función ejecutiva; pero no era ese el único anhelo público existente cuando los sacerdotes constitucionales redactaban esa Carta, dejando a leyes especiales algunos principios económicos y sociales que debieron ser incorporados a la Constitución de 1925.

No había sino ventajas en dar a dichos principios carácter de prescripciones constitucionales. porque mientras así no sea, el que quiera escalar el poder, prometiendo más de lo que se puede cumplir, no tendría más que entrar prodigamente al campo de las promesas sociales y económicas. Nada más expedito.

Puede decirse, pues, que faltó algo primordial a esa Constitución, la cual nació flanqueada por una grieta que le mermó solidez, facilitando su perforación posterior.

III

Hay una pregunta que falta a las que se ha tenido a bien formularme y a las cuales he querido preceder de algunas observaciones en estrecha articulación con ellas.

¿Es necesario echarnos en busca de una nueva Constitución, agregando un problema más a los que nos asedian por todas partes?

Tal es la interrogación que echo de menos en el formulario que se ha tenido la bondad de remitirme, y he de contestarla con la brevedad a que debe acogerse el que aborda una cuestión a cara descubierta: una vez aprovechada como recurso de ocasión no creo que nadie haya sentido la necesidad de improvisar una nueva toga, o lo que sea, constitucional. Basta y sobra con una ley, donde hay muchas y no se cumple ninguna... En efecto, basta con la Constitución de 1833, remozada en 1925, siempre que se le agreguen unos cuantos preceptos destinados, por ejemplo, a poner límites al interés abrumador del dinero y a ampliar, en cambio, el deber social y cultural, olvidado en tal forma hasta las reformas de 1924 y 1925, que era una gran parte de la masa popular la que, envilecida y degenerada, pululaba en una práctica asiática de la vida.

Ambos Códigos, el de 1833 y el de 1925, ignoran—lo que siendo explicable en el primero no lo es en el segundo—que está

muerto para no resucitar lo que no contemple las necesidades materiales, quedándose en lo puramente jurídico.

Esas necesidades pueden ser materia de leyes especiales, pero como en todas partes se vive una época de transformación económica y social, la Constitución española—la más recientemente modelada sobre esas necesidades—dice en su artículo 1.º que España es:

«Una República de trabajadores de toda clase que se organiza en régimen de libertad y de justicia.»

El párrafo 12 del artículo 15 ordena la socialización de las riquezas naturales y las empresas económicas, debiendo delimitar la legislación la propiedad y las facultades del Estado y de las regiones.

El párrafo 6.º del artículo 43 ordena que el Estado preste asistencia a los enfermos y ancianos, a la maternidad y a la infancia, haciendo suya la «declaración de Ginebra» o tabla de los derechos del niño.

El párrafo 3.º del artículo 44 señala los requisitos en que la propiedad podrá ser socializada.

El párrafo 5.º del mismo artículo autoriza al Estado para intervenir en la explotación y coordinación de industrias y empresas cuando así lo exijan la racionalización de la producción y los intereses de la economía nacional.

El párrafo 2.º del artículo 46 asegura a todo trabajador las condiciones necesarias de una existencia digna, ordenando que la legislación social regule los casos de seguro de enfermedad, accidentes, paro forzoso, vejez, invalidez y muerte; trabajo de las mujeres y de los jóvenes y especialmente la protección de la maternidad; la jornada del trabajo y el salario mínimo; las vacaciones anuales remuneradas; las condiciones del obrero español en el extranjero; las instituciones de cooperación, la relación económico-jurídica de los factores que integran la producción; la participación de los obreros en la dirección, la administración y los beneficios de las empresas y todo cuanto afecte a la defensa de los trabajadores.

El artículo 47 estatuye la protección del campesino y con este fin ordena legislar sobre el patrimonio familiar inembargable y exento de toda clase de impuestos; crédito agrícola; indemnización por pérdidas de las cosechas, cooperativas de producción y consumo, cajas de previsión, escuelas prácticas de agricultura y granjas de experimentación agro-pecuarias, obras para riego y vías rurales de comunicación.

Permítaseme citar brevemente otro de los Estatutos constitu-

cionales posteriores a la gran guerra: el alemán de Agosto de 1919.

Sin olvidar los principios jurídicos consignados en todas las Constituciones, establece claramente las orientaciones fundamentales de lo educativo, lo económico y lo social.

La segunda parte de dicha Constitución crea un sistema de democracia industrial, mediante consejos de obreros; y, además, un parlamento técnico el cual da su opinión sobre todas las leyes de carácter económico y social, proponiendo las medidas consiguientes.

Basta, pues, con agregar un nuevo Título, o párrafo económico social y educacional a la Constitución de 1833, reformada en 1925.

Eso es todo, es decir: «el bienestar general como ley suprema» y sin ello, continuará vacilando o rodando el conjunto de la vida nacional.

IV

Llega el momento de contestar las preguntas formuladas por ATENEA.

—¿Debe ampliarse sólo el derecho de sufragio actualmente establecido?

Parece indicado proceder con lentitud en esta materia, máxime en países con un analfabetismo abrumador y carentes de costumbres tradicionales, las cuales suplen en parte esa deficiencia ignominiosa.

—¿Hay conveniencia en introducir un sufragio a base gremial o sindical?

Tal vez, siempre que existan gremios y sindicatos en forma apreciable.

—¿Esa innovación reemplazaría al sufragio universal, directo y secreto o podría establecerse un sistema con una combinación de ambos?

Si no existen en una forma seria los gremios y los sindicatos mal podrían reemplazar en un momento dado el sufragio universal.

—¿Son suficientes los derechos y deberes actualmente establecidos?

Hay plétora abrumadora de unos y otros. Todo consiste en las calidades culturales y morales del que gobierna y del gobernado. Por lo demás, los deberes y los derechos actuales deben ser armonizarlos, formando un solo plano económico y social.

—¿Qué modificación podría introducirse en ellos?

El derecho a una vida que no sea un martirio o una afrenta:

al trabajo con participación razonable en aquello a que aporta su esfuerzo; a la habitación propia, sana, inembargable, el descanso conmovedor de la vejez.

—¿Conviene mantener el sistema bicameral, modificando su composición y sus atribuciones?

Vivimos una época en que no se divisa otra atenuación de la crisis total que la organización gradual de la producción, el consumo, el crédito, el intercambio, todo lo cual es tarea de técnicos. La administración pública entera, desvinculándose por completo de organizaciones políticas de otro momento de la vida y la economía general tiende a convertirse en una tarea de especialización.

He podido constatar que no basta con el estudio que de cada cuestión se hace en las comisiones parlamentarias.

Ese estudio es actualmente mucho más activo y eficaz que antes; pero los diputados o senadores repartidos en las diversas comisiones (de gobierno, de relaciones exteriores, de Constitución, legislación y justicia; de educación pública, de Hacienda, de comercio, de Ejército y Marina, fomento, industria y colonización, higiene y asistencia pública; trabajo y previsión social, etc.) tienen que estudiar con apremio cuestiones netamente técnicas. Y digo con apremio, porque muchas veces es el Ejecutivo el que envía al Congreso proyectos a que da el carácter de urgencia o de suma urgencia.

Es verdad que las comisiones legislativas pueden llamar a su seno a los técnicos repartidos en la administración pública; pero eso no basta puesto que su acción, desprovista de voto, es meramente ocasional o consultiva. Además, el hombre político que tiende a agruparse, formando diversos núcleos ideológicos, rara vez podrá situarse en un plano exclusivamente técnico, logrando desprenderse del todo de sus afinidades y conveniencias partidistas.

No basta, en consecuencia, con que los técnicos actúen por medio de dictámenes desde la Administración hacia el Parlamento. Es necesario que tengan voz y voto porque conocen científica y prácticamente muchas de las cuestiones que llenan de realidad la vida actual.

Poco importa que haya una o dos cámaras. Lo principal es que una o ambas cuenten con especialistas en cada ramo de la actividad financiera, industrial, social o cultural.

Y aquí pregunto a mi vez, ¿si no sería oportuno, llegado el caso, juntar—como proponía Millerand—a los senadores de elección popular un número de representantes designados por las Univer-

sidades, las Cámaras de Comercio, las grandes asociaciones industriales?

Por lo demás, si el Senado ha de continuar adherido a lo menudo y diario por medio de la «hora de incidentes» él o la otra cámara está demás porque basta y sobra con una corporación política.

—¿Puede mantenerse el sistema presidencial o el régimen socialista exige necesariamente el sistema parlamentario?

Hay que prepararse, avanzar paulatinamente para evitar las improvisaciones temerarias, que sólo puede soportar Rusia porque todos sus ensayos actuales—no son otra cosa—constituyen fenómenos exclusivamente rusos, es decir, fenómenos operados en un país geográficamente colosal que tiene todas las materias primas—menos caucho—que ha podido resistir el aislamiento; que por su alejamiento geográfico está indemne de toda intervención extraña y en el cual, existiendo un conglomerado enorme y en bruto, siempre habrá muchos millones de vidas que destinar a los ensayos más aventurados: sin contar las víctimas del hambre y la Cheka, Rusia ha perdido de 1914 a hoy, como consecuencia de la guerra y la revolución, y sin que esto haya producido contracción alguna en el extraño país envuelto en una «atmósfera de suicidio», setecientos diez mil kilómetros de territorio y veintiún millón y medio de habitantes. . . . Queda un saldo de veinte millones de kilómetros cuadrados y de ciento sesenta millones de gente por civilizar.

«El sol tarda ocho horas en levantarse sobre la Unión de las Repúblicas soviéticas».

A la inversa de Rusia, es precisamente por lo que la Francia no ha intentado rehacer todo de una vez y viene realizando una verdadera revolución: evoluciona sin eliminar nada útil.

Toda la orientación humana actual es colectivista. Estamos de acuerdo.

El individualismo ha sido repudiado o aplastado por la necesidad suprema de un bienestar unánime, de una igualdad más efectiva y menos teórica que la de la Revolución Francesa.

Es el sentido imperativo del momento y de la época a que se entra; pero como ni el bienestar ni la igualdad pueden lograrse establemente sin una serie de concursos a base de cultura y medios de vida, creo que esta pregunta—sistema presidencial o régimen socialista—responde más al deseo de enunciar necesidades inexistentes y que deberán ser graduadas por el avance económico y cultural.

El conjunto de las preguntas formuladas por ATENEA sólo podría contestarse cabalmente, escribiendo un libro, interesante y voluminoso.

En consecuencia, he debido reducirme a absolver las interrogaciones más a mi alcance.

Por lo demás, la Revista no pierde nada con mi silencio sobre algunos de los tópicos, acaso impracticables por el momento, planteados en la encuesta a que he creído del caso concurrir, dejando por un momento otros quehaceres literarios.

En nuestro país abundan los enciclopedistas, y estoy cierto que ellos suplirán ampliamente lo exiguo de mis conocimientos, que sólo son los de un hombre que ha visto más de lo que podía estudiar o retener.

Hubo un tiempo en que otros pueblos del Continente, queriendo adoptar el molde constitucional que nos dió tantos años de paz, de prestigio, de fuerza y bienestar, encargaban aquí sus Constituciones, que despachábamos al gusto del cliente, es decir, holgadas o al justo, largas o cortas. . .

Ah! Ahora es Chile, el país laborioso y serio de otros tiempos, el que ha dado en hacerlas y deshacerlas, siendo que la única que continúa viviendo en la tradición y el espíritu público es la de 1833, antes de ser bastardeada por la reforma y los pegotes de 1891.

Por fortuna, no he perdido el afecto por la tierra que fué un modelo de esfuerzo y de altivez y quiero creer que esta intranquilidad, que esta incapacidad humillante para proseguir nuestra historia, tomando de nuevo la tuición del porvenir, es sólo algo esporádico que no tendrá más duración que la de la crisis de todo y de todos.

Quiéralo Dios.

Santiago, 24 de Agosto de 1932.

Germán Luco.

VENGANZA

LA pequeña caleta parecía labrada a mano en el alud abrupto de aquellas rocas batidas eternamente por el mar. La dorada playa, que se extendía en el diminuto cuenco roqueño, estaba llena del afán sencillo de los pescadores. Hombres cobrizos estacaban al sol las redes como estandartes vencedores, ante el alborozo de las mujeres codiciosas de la colecta de peces.

El metal considerable y pacífico del mar, tenía en el atardecer suaves languideces, como si las numerosas agitaciones de sus nervios, hubiesen sufrido el voluptuoso ensalmo de una catalepsia.

Diríase, que las ondas, abrumadas con oleo de pereza, apenas morían en el límite exacto de las arenas alucinantes de sol.

Las balandras gráciles, estampadas de concha-perla y escamas como lentejuelas, se adherían al mar como pequeños navíos prisioneros del Sargazo.

La brisa contenía sus alientos rizando imperceptiblemente una crespada escollera de olas, que florecían mar afuera, muy afuera, en el dominio de los jureles o de las tuninas, que torpedeaban las tempestades.

Había terminado la batalla de los elementos con la astucia de esos hombrecillos magros y de las casucas pardas de la caleta nacía el humo acogedor, ondulante y espeso como un sueño.

Los hijos cargaban los remos húmedos y las chumaceras... Cantos tristes se destrenzaban en la paz, dando a las cosas la enorme y perpleja actitud de lo asequible, de lo fácil, de lo ingenuo.

Bostezaba el viejo Neptuno...

La última pareja quedaba en el quehacer... El perdía los ojos en la lontananza gris y su mujer, brava y curtida como un cobre gitano, entornaba los párpados, buscando en la hiperestesia el hondo y conmovedor recuerdo de sus brazos poderosos y ásperos, que llegaban a su seno cargados del ritmo vencedor.

El hijo se levantó desnudo en la proa de un balandro, como si al perfilar su esbeltez gredosa, fuera a izar al cielo la fe de aquella herencia heroica, que parecía reventarle en las venas, colmando sus dedos de ancestrales delirios de gavieros y argonautas sencillos.

Sonrió al sol y haciendo una flecha enhiesta de todo su cuerpecillo, se hundió en el metal considerable y pacífico.

El héroe viejo del mar avivó la mirada deteniéndola en los círculos concéntricos.

La madre levantó los pechos angustiados y generosos.

El lomo de una ola gigantesca rompió la quietud metálica. Luego otra y una tercera alta, empenachada, colérica, violenta...

La tierna cabeza adolescente del delfín de los pescadores se había perdido...

Ooooooh.

El viejo héroe del mar, sumergiendo, buscó largo rato el cuerpo de su cuerpo y de su alma. Todo era inútil... Aparecía en la superficie moviendo un brazo negativo, dolorosamente negativo...

La mujer tenía el agua hasta la cintura en idéntico reclamo.

Y llegó así el crepúsculo.

El héroe y la mujer se quedaron inmóviles, llorando tristemente, mientras los pescadores amigos garreaban la playa y se hundían en la búsqueda del niño.

Toda la población de la caleta se agolpó al diminuto cuenco playero, con los ojos atónitos y pasmados.

... Por ahí... Búsquenlo por ahí...

—No... más acá...

—Tal vez un poco más allá...

—La corriente submarina lo traicionó... Ella ha sido.

—¿No andarán tiburones por estas playas?

—Yo he visto pulpos, así de grandes, decía alguno, extendiendo los brazos en la longitud de una desesperación infinita.

El mar embravecido golpeaba sin piedad, llevándose en su orquesta sinfónica, partículas de palabras, sílabas aisladas, voces truncas, pedazos del alfabeto del dolor.

Un lobezno herido fué a estrellarse contra las rocas, como un juguete de goma.

Los pescadores en señal de venganza, le martirizaron con los vicheros hasta hacerlo sangrar...

—Yo le reventé un ojo, dijo un pequeñuelo, orgulloso de su desquite cruel.

Luego lo devolvieron al mar...

Varios lobos en rondel de reclamo, asomaron sus cabezotas bigotudas, resoplando su rencor profundo....
Uuuffff.... Ufff.... Oooooohh....

Una vez que el mar recuperó al lobezno, en el dorso de una ola se encumbró el cadáver del hijo de los pescadores.

Un lobo negro se llevó al lobezno herido y los hombres se llevaron al hijo muerto en una angarilla de dos remos trenzados con güiros...

.....
Al amanecer, el viejo héroe del mar, se perdió de la playa y en el silencio del océano colmó su venganza, mirando cómo la agonía de los peces llenaba su balandro de reflejos de acero y fuego...

Y la pequeña caleta, lejana de sus ojos, labrada a mano en el cuenco roqueño, parecía disminuirse como un corazón que se estruja en el puño del dolor...

HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

VEINTE AÑOS DE TEATRO CHILENO

SE ha apagado al través de la distancia el último aplauso al drama «El Tribunal del Honor» de Caldera. Estamos ya muy lejos de 1875, y, sin embargo, en toda esta gran distancia de años recorrida, nada ha habido que pueda compararse a aquella noche en que un suceso inesperado de teatro, elevó momentáneamente a un hombre a la celebridad pasajera. Pasa el tiempo, se ahoga una época, y llega para nosotros una etapa que pudiera llamarse la moderna de nuestra escena, y decimos moderna, porque nuestra producción se hace más en armonía con los cánones de la dramaturgia europea.

Voy a tomar veinte años de teatro chileno, de 1910 hasta 1930, precisamente porque durante todo este tiempo la producción ha sido más insistente, más constante, y porque durante estos veinte años se han sucedido cuatro épocas, que, a mi juicio, son cuatro etapas muy apreciables en nuestra escena, no tan sólo por la producción que en ellas se ha desarrollado, sino porque esas fechas significan otros tantos esfuerzos para hacer salir del letargo secular a nuestro teatro.

Antes de 1910, nuestra escena tuvo algún movimiento, dado por compañías extranjeras, que empezó en 1906, y que tuvo como animadores a las compañías españolas de Pepe Vila, de Miguel Muñoz y de Joaquín Montero. Vila estrena en Valparaíso en el Teatro Odeón, la comedia breve de Víctor Domingo Silva «El Pago de una deuda»; Joaquín Montero da a conocer en Santiago en la sala del mismo nombre, el drama de Adolfo Urzúa Rozas «El Pago de una Deuda», y Miguel Muñoz, en la misma sala estrena el drama en verso de Antonio Orrego Barros; «La Marejá», que aparte de todos sus puntos discutibles de técnica, marcó un momento y acaso influenció, por lo menos en el acto de atreverse a estrenar, a Eduardo Barrios, que da a Muñoz el drama titulado «Mercaderes en el Templo», de asunto

anticuado, de efectismos a lo Echegaray y de técnica insegura. Una obra, en suma, muy distinta a la que años más tarde estrenó el mismo autor, la comedia en tres actos «Lo que Niega la Vida», que aunque siempre algo insegura en sus procedimientos técnicos, prometía a un buen autor, penetrante de observación y no escaso de cierta sutileza en las escenas episódicas. Pero no paso así: Ya sea por falta de ambiente, por dificultades para estrenar o por falta de verdadera vocación, Barrios no insistió, y después de su drama publicado—más no estrenado—titulado «Vivir», y que adolece de terrible superabundancia, habiendo sin embargo, toda una tragedia íntima y cruda, en el fondo de todo aquello, el autor novelista se calló hasta el momento, sin entregar nada más a «las tablas».

Estos veinte años de teatro chileno, los subdivido yo en cuatro etapas, porque anotan cuatro resurgimientos de la producción o cuatro intentos no estériles. Primera, de 1910, hasta 1915. Se escribe incidentalmente, dando nuestros autores esas producciones a conjuntos extranjeros: Joaquín Montero, Muñoz y Díaz de la Haza, que dan a conocer a varios autores que hoy figuran más asiduamente en las carteleras de los teatros. Entre estos Daniel de la Vega que da un chispazo con su delicado y sentimental «Bordado Inconcluso», que mantiene Haza varias noche en cartel. No hay todavía producción e interpretación chilena, al unísono. Vivimos de prestado, en cuanto a intérpretes. Un autor nuestro se afana por formar un conjunto netamente chileno, Aurelio Díaz Meza, que ya había estrenado su drama breve de ambiente araucano, con música de Alberto García Guerrero, titulado «Rucacahuín» (1908), en el viejo Novedades, que fué luego el incendiado Alhambra. Díaz Meza reúne a los mejores cómicos de ese tiempo, salvo Arturo Bührlé y Enrique Báguena que andaban por provincias; les consigue el teatro de la Comedia, segunda sala de Santiago en esa época, después del Municipal, y consigue que su compañía sea patrocinada por el Alcalde de ese tiempo.

Primera etapa

Estamos en la noche del 1.º de Mayo del año 915. Al descorrerse la cortina el Alcalde dice: «Esta fiesta, señores, es algo trascendental para nuestras letras». Lo era, de verdad, aunque luego la compañía no tuviese muy larga vida, pero ya había iniciado el primer paso, que había de ser continuado con más firmeza por el segundo intento, hecho por la compañía Báguena-Bührle, de la que luego hablaremos.

Aquella noche, del año 15, se representaron dos obras chilenas: el juguete cómico «El Tío Ramiro», ya estrenado, del director de la Compañía, Díaz Meza, y el sainete del malogrado autor Santiago Ramos «La Huelga», obra honesta y bien observada. En esta ocasión se distinguieron varios artistas, entre éstos Alejandro Flores que por primera vez se presentaba al público en un teatro de categoría y a quien yo también veía por la primera vez. Creo oportuno copiar aquí lo que dije de él en esa ocasión, en mi crítica de «El Diario Ilustrado»:

Quien nos parece con más madera de actor, con más temperamento, con más gracia, es el señor Flores, que interpretó «El Tío Ramiro» y el galán de «Dimensiones Conyugales».

Esta cita es de la obra que se dió al siguiente día del debut, una adaptación del señor Armando Hinojosa. Continúo:

Hay en este actor que se inicia cierta intuición muy clara del teatro, cierta tranquilidad para estar en escena. Sabe decir los chistes, subrayar las frases, sin que se note este afán. Se resiente hoy día de infantilismo, no sabe a veces qué hacer con las manos, pero le basta saber hacer comedias o empezar a hacerlas.

(Desde entonces hasta hoy ¡qué largo camino recorrido por este actor y cuánto ha ganado en naturalidad!)

Luego me refiero, en la misma crítica, a los artistas Thomson, que ha desaparecido del teatro, Sánchez (Saxton) hoy fuera de Chile, Abrego, y señoritas Bührlé—hermanas del actor cómico—y López, una actriz española todavía entre nosotros.

En realidad, por este conjunto no hubo interés en ningún momento. Su estreno fué frío y fría terminó la corta temporada, dejando cierta depresión entre los autores y actores. Y pasaron tres años en que de nuevo nuestra producción debió acogerse a los conjuntos extranjeros, entre los cuales, el de Manuel Díaz de la Haza, era el que solía hacer con más regularidad algún ensayo nacional.

Hemos dicho que Arturo Bührlé y Enrique Báguena, ambos actores chilenos, cómico uno, y de carácter el otro, hacía ya tiempo que habían probado suerte en la provincia, con buen resultado. Por allá les querían y les aplaudían, pero no habían intentado hacer nada en Santiago, llegando tan sólo hasta sus alrededores. Recorrían el país de norte a sur, después de haber sido formados ambos en conjuntos españoles; pero siempre se saltaban Santiago y también Valparaíso. Parecía ser que esperaban un momento propicio para presentarse en la capital en forma eficiente y fuerte.

Segunda etapa

Por ese entonces, quien estas líneas escribe, era Presidente de la Sociedad de Autores Teatrales de Chile, institución que se había fundado el año 1914, y adquirido personería jurídica el 15, para librarse de los abusos de las empresas en el pago de derechos de autor. Una noche, en una sesión de esta sociedad, se presentan los actores Bührlé y Báguena, ofreciendo su compañía como base para que se consiga el teatro con los empresarios de la Comedia, lo que fué sencillísimo. Y se anunció el debut de este conjunto, que en cuanto a personal netamente chileno, era el más completo y el más homogéneo de todos los que hasta el momento se habían formado en Chile.

Debutan en Mayo del 18, con las comedias «La Silla Vacía» de Juan Manuel Rodríguez y «Los Payasos se Van» del malogrado Hugo Donoso, su primera y única obra que poco antes había sido dada a conocer en la sala del Royal (hoy Splendid) por la compañía Díaz de la Haza, con gran éxito. Juan Manuel Rodríguez, era un escritor criollista que para nuestro mundo de teatro era completamente ignorado como autor. Había muerto ya en esa época, y su éxito fué en realidad un éxito póstumo. Tiene otras obras, como «La Nube» estrenada varios años antes de su muerte, ensayo de salón, que fué un tanteo desgraciado en el género, y las comedias de ambiente criollo, tituladas «Ultimo Amor», «¡Qué tío!» —no estrenadas— y «El Zapatero de Enfrente» que es la mejor de los tres, sainete en el cual el autor, en medio propicio, maneja con gran facilidad el diálogo. Fué estrenado también por la Compañía Báguena-Bührlé, en provincias.

Esta temporada marca una gran fecha en el teatro chileno, porque no sólo fué un estímulo para autores y actores, sino también por el resultado pecuniario que tuvo ese mes y medio de campaña en la Comedia.

Durante los primeros días de temporada, esta compañía estrenaba la comedia de Armando Mook, titulada «Pueblecito» una de las obras más simpáticas y mejor construídas de este autor, por su gracia, por su ambiente y por su frescura de impresión. Este autor se había dado a conocer hacía año y medio, a lo más, por su comedia «Isabel Sandoval, modas», trabajo sentimental, modesto, simpático, al cual se le hizo la observación de parecerse mucho en su trama a la novela de Daudet, titulada «Cabeza de Familia». El año anterior, o sea el 17, el mismo autor había dado a conocer, con la Compañía española Ares, en el teatro Santiago, el drama «Querer Vivir» que fracasó; un tra-

bajo ambicioso, un esfuerzo no logrado, salvo su primer acto, en el cual se acentuaba el don del escritor para tratar la comedia de costumbres.

Puede decirse por el resultado de esta temporada, que el ambiente que encontró fué preparado por un corto lapso de tiempo de nutrida producción teatral, que se realizó el año 1917, mediante la ayuda de dos compañías extranjeras, la de Paco Ares, en el «Santiago» y luego en el «Royal (hoy Splendid» y la de Arellano con la actriz argentina Angela Tezada, en la Comedia. Es menester que pasemos revistas a esas obras, aunque sea brevemente, para luego seguir nuestro itinerario del desenvolvimiento de nuestro teatro por etapas.

La calidad de esos estrenos fué escasa, salvo una o dos obras que vamos a anotar aquí: Se estrenaron por orden cronológico: «La Cuña», de Ricardo Edwards, que prometió un futuro buen autor y del mismo «El Tío Juan», mejor que la anterior, que marcaba un progreso, con dos actos débiles, el primero y el tercero, pero con un segundo acto muy vivo y muy bien dialogado. Su ambiente es el de la bolsa, que el autor conocía bien. «Querer Vivir» de Mook drama al que ya nos hemos referido; «Aires de la Pampa», y «La Vorágine» de Víctor Domingo Silva, este última drama, hasta esa fecha, era lo mejor observado y lo más sincero de este autor; «Medio Pelo» de René Hurtado Borne; «Locas Rematadas», comedias de Carlos Cariola y Rafael Frontaura; «El Eterno Engaño», de Antonio Orrego Barros, en colaboración con Domingo Otaegui, labor inferior a «La Marejá» y «Corazón de Mujer» de Carlos Varas Montero, un ensayo, nada más. De todas estas comedias la mejor es «El Tío Juan», de Ricardo Edwards.

Y volvamos a la temporada Báguena-Bührle del otoño del año 18 en la Comedia. Vemos que Mook, después del traspies de «Querer Vivir» del año anterior, se repone con «Pueblecito», en cuya obra se encuentran recuerdos de «Isabel Sandoval, Modas». «Pueblecito» fué para su autor, dentro de nuestro ambiente, una consagración, admitiendo que el primer acto es muy flojo. Pero a este, Mook le llama prólogo.

No fué la de Báguena-Bührle, una temporada nutrida en estrenos, ya que reprisó muchas comedias y sainetes estrenados en temporadas anteriores, pero debemos anotar, además, el drama «Mal Hombre» de Hurtado Borne, lo más espontáneo y lo más logrado de este fecundo autor, que ha ensayado mucho, que ha acertado algunas veces, pero que, a mi juicio, no ha logrado sobrepasar la calidad de «Mal Hombre», por su teatralidad y por su eficiencia de tablas.

En esa temporada se dan a conocer dos firmas nuevas: Oscar Videla y Rafael Raveau, que estrenan su drama «Renunciación». No tienen todavía, como es lógico, la soltura que han de adquirir más tarde, el año veinte, con su comedia «La Primavera de los Viejos». «Renunciación», es un poco anticuada, pero su segundo acto, el mejor, acusa emoción acentuada, aunque exceso de literatura. Apenas habían pasado algunos días del estreno de esta obra, cuando ocupan nuevamente los carteles de Bágüena-Bührle los mismos autores con su comedia «De Tierra Adentro», un trabajo sencillo que revelaba progreso en relación con su obra anterior. «Menos folletín, más realidad, más ambiente», decía yo en mi crítica de dicha producción.

Carlos Cariola todavía no había escrito su obra de mayor éxito de taquilla, el sainete «Entre Gallos y Media Noche». Abandona el sainetón o el juguete cómico, a la española, que hacía en colaboración con Rafael Frontaura y estrena con Bágüena-Bührle su comedia costumbrista titulada «Hermanitos», de tono y de índole distinta a toda su producción anterior. La realidad no se retuerce, se deja ir simple y tranquila, y la comicidad tiene siempre como base la vida, en una criada que hay allí en la comedia. Se trata del conflicto de dos hermanos enamorados de una misma mujer. Pero en el final de la obra ha conseguido el autor olvidar el odio o el sentimiento de venganza, apareciendo todo aquello hecho bajo un aspecto de simpatía y de dulce perdón. Las iras que Cariola había hecho nacer en su teatro anterior, a los exigentes, se aplacan en aquel momento, como en espera de su sainete del año 19, que examinaremos brevemente a su tiempo.

Como decimos, pocos estrenos, pero conseguida la toma de posición del público, que no se conservó, por dos razones: descuido en la presentación e interpretación de las obras y mayor descuido aun en la producción. Los teatros del centro estaban conquistados, y desde ese momento, los empresarios nuestros, a quienes tan poco tienen que agradecer nuestros autores y nuestros actores, ya no se negarían a albergar en sus salas compañías chilenas recordando las entradas de taquilla de aquel otoño fructífero, de nuestros dos cómicos criollos, que a fuerza de paciencia, resignación y talento conquistaron una sala de línea para el teatro chileno.

Vienen luego diferencias dentro del elemento de Bágüena-Bührle, y se separa de la compañía Alejandro Flores, que en «Mal Hombre» había tenido un éxito rotundo. Ya sea entusiasmado por ese éxito o por lo que fuera, toma unos días el teatro de la Comedia a fines del 18, con Laura Palacios, que en ese tiempo hacía primeros papeles y tiente fortuna. Pero esta le fué ad-

versa, y la temporada terminó a los pocos días, alcanzando a estrenar una comedia de Hurtado Borne titulada «El Culpable de Siempre», título que dadas las circunstancias desgraciadas en que vino a ocupar el cartel, dió lugar a chistes de corrillos de teatro.

Llega el año 1919. La Compañía de los actores argentinos Arturo Mario y María Padín, forman un conjunto para hacer teatro argentino y chileno, que debuta en el Victoria de Valparaíso. Le ayudan pecuniariamente los autores Oscar Videla, Rafael Raveau y Ernesto Monge W. Logran éxito estimable en el puerto y vienen a Santiago, a la sala del Comedia, donde debutan con la obra «La Primavera de los Viejos», como ya hemos dicho, el trabajo mejor logrado de la colaboración Videla y Raveau. La temporada empieza con vida lánguida; se estrenan algunas traducciones de la misma colaboración y títulos nacionales y argentinos. Mientras tanto Cariola escribe muy en silencio y muy de prisa, su sainete en tres actos «Entre Gallos y Media Noche», lo da a Mario, que lo ensaya también entre gallos y media noche... El autor está mareado; no tiene conciencia de lo que ha hecho. Puede ser bueno o puede ser malo. La improvisación no le ha dejado tiempo de recapacitar. Cariola es todavía un niño en materia de teatro, aunque ha estrenado mucho en colaboración. Al final del primer acto de su obra, la noche del estreno, acto que había causado una excelente impresión en el público, le encuentro tras la cortina de salida al foyer.

—¿Qué le parece?—me pregunta, y yo le respondo, textualmente:

—Aunque los actos que siguen no sean tan buenos, tiene usted asegurado la permanencia en el cartel.

Le sorprenden mis palabras. Está como borracho por la sorpresa del éxito. Y en verdad los actos 2.º y 3.º no eran tan buenos, más arbitrarios, más bastos, mucho más bastos, alejados de la realidad, pero la fuerza de la inercia de ese primer acto, y la suerte de que el protagonista encuadrara en forma admirable a las dotes del actor cómico Evaristo Lillo, hicieron de «Entre Gallos y Media Noche» acaso el éxito mayor de taquilla hasta ese momento, no sólo en Santiago, sino también en provincias y aun en Buenos Aires. Constatamos hechos, y respecto a crítica de la obra copiamos lo que dijimos entre otras cosas en «El Diario Ilustrado», a raíz de su estreno:

Sin conceder el autor una importancia capital al interés que fluye del desarrollo de las escenas, ha consagrado y limitado sus esfuerzos, más bien a la pintura de tipos, y sobre todo a la pintura de Ildefonso... Gracia más madurada, más para hacer reír a los hombres familiarizados con el teatro, etc.

Con un mayor sentido autocrítico, la comedia habría ganado mucho.

Ya este título aseguró la temporada, o mejor dicho, la reforzó en forma apreciable, y así en este ambiente cálido, lanza Armando Mook su comedia «Mundial Pantomim», de la que decíamos después de su estreno, lo siguiente:

De seguro que el señor Mook al planear «Mundial Pantomim» y al escribirla, no ha tenido intención alguna de imitación, pero contra su voluntad, influenciado inconscientemente con toda buena fe—dicho sea en su honor—ha seguido la ruta de «Los Intereses Creados».

Y más adelante al referirnos al tejido ideológico de dicha comedia, agregábamos:

«Mundial Pantomim» nos hace el efecto de «Los Interese Creados» vistos por el revés del cañamazo. («El Diario Ilustrado»)

Videla y Raveau atrapan de nuevo el cartel, poniendo allí el título de «Los Huérfanos Modernos», cuyo asunto, como dicen los autores, puede reducirse a estas frases:

Los huérfanos modernos son los que van dejando las leyes del divorcio, tan humanitarias en la apariencia respecto al amor, y tan funestas en lo que atañe a los hijos.

La obra pudo ser de más calidad con un plan mejor meditado y con una técnica más cuidada.

Y pasando rápido por los títulos de «Ni están todos los que son» de Espic y Martínez, ambos actores y por «Un negocio», un error de Mook, llegamos al estreno de la comedia de Eduardo Barrios «Lo que Niega la Vida», de la cual siempre se suele hablar en los círculos de teatro. Esta comedia se había estrenado el año 1914, en el teatro Santiago, por la compañía Jambrina, en ausencia nuestra, así es que conocíamos la obra sólo por una lectura. Se trata en su tema de la eterna historia del ángel caído. Decíamos de la comedia, entre otras cosas, la que sigue:

El tema se desarrolla de una manera lenta; la exposición es penosa. Hay escenas muy dignas de aplauso, como aquella en que las muchachas, revolvien-do recuerdos, evocan el pasado. El segundo acto es movido, en su principio, alegre, fácil, pero luego el autor peca de verbalismo, como peca en toda su comedia, y este defecto proyecta sobre la composición entera esa languidez de la cual venimos hablando.

Y más adelante:

. . . comedia llevada a las tablas, con honradez, pero con falta de experiencia del teatro y con olvidos que es preciso advertirnos al autor.

Quien escribió el dramón «Los Mercaderes en el Templo», estrenado por lo menos con ocho o siete años de diferencia, se simplificaba, se afinaba, se modernizaba, pero no conseguía una armonía cabal de técnica y de pensamientos. Es el caso de muchos que ensayan el teatro. Promesas, que luego no se cumplen. Según Saint-Beuve, el verdadero autor es el que insiste y se mejora. Barrios mejoró en «Lo que Niega la Vida», pero luego no insistió; tal vez por culpa de empresas o de empresarios, por falta de ocasión—por falta de facilidades. «Vivir» no se ha estrenado. Para eso, sería preciso hacerle un fuerte corte, reducir la obra a la mitad, por verbalismo.

Mook ataca de nuevo el cartel y lleva a escena «Los Siúuticos», que aunque fué una prueba de falta de gusto, nada más, daba a conocer mejor que «Un Negocio» cualidades costumbristas del autor.

Por ese mismo año, se muestra un escritor que promete para nuestro teatro, pero que luego se calla, hasta hoy. Me refiero a Jorge Berguño, militar con amor por el arte, que estrena su comedia «El Amor que Dios quiere», en el teatro Santiago, por un conjunto débil, con Pedro Sienna a la cabeza. El tema de la obra era noble su segundo acto con estimables cualidades, pero el total, como era lógico, adolecía de falta de conocimiento de la técnica, pero de todos modos, para esa época, 1919, podía considerarse como uno de los mejores trozos de teatro nacional.

De paso anotaremos a César Bunster, con su comedia «La Guitarra», estrenada en el Santiago, por Sienna. También una promesa, cuya cualidad principal es cierto sentido de la armonía para redondear y finalizar los actos. Luego no ha vuelto a escribir nada para la escena. Y puede decirse que con este estreno terminamos el año 1919, para pasar al 20, en el que se hizo una fructífera campaña pro-teatro chileno, por la Compañía Arturo Mario en el Teatro Santiago. Pero antes debemos decir que en Santiago, durante este año veinte, se estrenaron algunas obras que aunque no tuvieron importancia decisiva para nuestra escena, dieron a conocer a algunos autores. A Lautaro García con «El Peuco», su primera obra, de ambiente criollo, débil, con un tipo discretamente definido, un huaso nuestro; «La Oveja Negra», de Rafael Frontaura, que se había retirado de la colaboración con Cariola, y hacía un trabajo estimable con la comedia nombrada, dentro del límite de un boceto. Rafael Maluenda estrena con un conjunto extranjero, el de Díaz Perdiguero, su comedia «La Madeja del Pecado», con un conflicto psicológico, influenciado por el teatro francés. Se veía allí una mayor seguridad de técnica y un enorme avance, si tomamos en cuenta

aquella interminable comedia «La Suerte», escrita diez años antes. «La Madeja del Pecado», abunda en buenas intenciones y está bien escrita, sin que por esto signifique un trabajo cabal dentro del género.

Tercera etapa

En la temporada de Mario, del 20, se inicia como autor un actor nuestro, Juan Ibarra, que hace un trabajo muy bien observado, de la vida de un conventillo, titulado «Vidas Inútiles». Es una de las buenas obras del teatro chileno, que peca, eso sí, por una reproducción demasiado fotográfica de la realidad. De aquí en adelante, Ibarra no llegará en ninguna otra comedia a la calidad y seriedad de «Vidas Inútiles», enredándose el autor en sainetones, juguetes y cosas manidas con vista a la taquilla. Ese trozo de conventillo está aislado, no tiene compañero alguno, es único dentro de la vida del autor actor.

Lautaro García va de nuevo al cartel, con su obra «El Rancho del Estero», no en el conjunto de Mario, sino en el de Báguena, en el teatro Santiago, pero esta producción es muy inferior a la primera. Retrocede, hasta que pasen varios años, muchos y estrene «Margarita y la Crinolina», con la Compañía Flores, a la que nos referiremos a su tiempo.

Mook vuelve a su teatro costumbrista, y hace una página muy simpática de emoción, aunque no completa con su comedia algo abocetada. «Misericordia», de tema escabroso, un cura secularizado, un cura que «no queriendo ser un sacerdote malo, prefiere ser un hombre bueno»—como dijimos a raíz del estreno de la comedia. Casi al mismo tiempo que Mook estrenaba en Santiago esta obra, se representaba en Buenos Aires, con éxito, su popular composición «La Serpiente» lo más conocido, de este autor, aun que para mí no lo de mejor calidad de su teatro.

Mario da a conocer en esta temporada que anotamos: «Aguas Muertas», de Víctor Domingo Silva, una de las cosas mejores de este autor, por su tema, por su teatralidad y por su técnica; «Pueblo Chico Infierno Grande», de Nicanor de la Sotta, trabajo de ambiente criollo, muy meritorio; «El Fantasma», de Hurtado Borne, «Por el Atajo» de Acevedo Hernández, al cual nos referiremos más adelante con más detención.

Mario, estimulado con el éxito en Santiago, emprende viaje a la Argentina, a fines de ese año, y trabaja en el «Teatro Nuevo» de Buenos Aires, estrenando todo el repertorio que había hecho en Santiago en las temporadas del 19 y del 20. Tiene éxito de prensa y de público, durante las primeras funciones, pero el

calor, es su mayor enemigo. Fué un error esa temporada en época poco propicia.

El mismo actor de regreso de Buenos Aires, organiza en Valparaíso, un conjunto para hacer sainete lírico, y la misma intontona, se lleva a cabo en Santiago en el teatro Unión Central (Hoy Principal), sin mayores resultados. En esta temporada se dan los sainetes «La Flor del Barrio» de Carlos Barella, que más tarde conoceremos como comediógrafo—con música de los maestros Vela y Ventura, ambos extranjeros; en el Santiago, por el conjunto Giné, «Dios los Cría», música de Roberto Retes; «Cuidado con la Pintura», de Ramón Giné, música de Julio Román, y algún otro, de menor importancia. Como el resultado fuera insignificante, se olvidó el sainete lírico y se volvió a la comedia.

Estamos en el año 1921. El entusiasmo por la producción nacional, protegida por el público durante los años 18, 19 y 20, decae de improviso, para hacer un largo silencio de varios años, durante los cuales se creyó casi muerto nuestro teatro. Estrenos aislados, por conjuntos que apenas duraban quince o veinte días en los teatros en que trabajaban. Y así en este lapso de tiempo se estrenan «La Canción Rota», de Acevedo Hernández, obra «que reúne materiales de Irredentos» y «Por el Atajo» del mismo autor, pero que forman una buena comedia con des-puntes de conflicto amoroso y algo de tinta libertaria. Debemos anotar también la comedia «Un amante», de Alejandro Parra, cuyo tema ataca el divorcio en forma razonada, con seria base legal, en un segundo acto excelente, y la colaboración Gana y Ovalle que produce algunos gratos sainetes criollos.

Los cómicos chilenos se alejan de la capital, buscando en provincias público para sus elencos. Algunos emigran al extranjero. Alejandro Flores busca albergue en los teatros de Buenos Aires, y otro tanto hace Rafael Frontaura, que hasta ese momento sólo se había dado a conocer como autor. La producción nacional se apaga y sólo da señales de vida en uno que otro conjunto extranjero. Eugenio Orrego Vicuña, que años más tarde, con Flores, había de estrenar «Vírgenes Modernas», entrega al conjunto de Enrique Borrás una comedia en un acto, «Tragedia Interior», escrita para dar ocasión al eminente actor para mostrar una vez más su sensibilidad y el talento para las escenas de emoción contenida. Era un boceto, sin mayores pretensiones.

Mook se ha ido a la Argentina y aprovechando su estada en calidad de cónsul de Chile en aquel país, ha estrenado ya, como lo hemos dicho, su obra «La Serpiente», que aunque no es uno de sus mejores trabajos, es el más popular de todos. Se debe

esto, sin duda alguna, a la facilidad de lucimiento que da para primeras actrices; como ya lo dijimos en alguna de nuestras crónicas. No es una obra completa, cuidada, y tiene como asunto una idea poco simpática: cómo una mujer liviana agota a un hombre y le precipita a la parálisis. Dos actos, primero y segundo, bien hechos, bien terminados, y el tercero que no parece escrito por la misma mano. débil, indeciso, sin substancia, con la agravante de un final que es un derrumbe de la obra. Se ve claramente que el autor para escribirla puso en juego su práctica de tablas, lo que ya sabía, su intuición, para dejar un gran vacío en la sinceridad y, por ende, en la emoción. Compañías que llegan de allende los Andes suelen dar obras suyas, y así vemos el año 1925 su comedia «Infierno Grande», un trabajo discreto, pero que no pasa el límite de calidad de «Pueblecito» o «Mocosita», a mi juicio sus dos trabajos más completos, con una unión estrecha en la técnica y en el ambiente.

Este mismo año Báguena hace un intento de ganarse de nuevo al público, y entra al Santiago con una compañía modesta, estrenándose con una traducción de Hurtado Borne, de la obra de Savoir «Ce qui Femme Veux» con el título de «Con Paciencia se gana el cielo». No logra la asistencia del «respetable.»

*
* *

Y llega el año 1926, con un lampazo de resurgimiento. Evaristo Lillo, que ha adquirido autoridad como cómico por la labor de «Entre Gallos y Media Noche», consigue que la empresa del teatro Esmeralda le dé hogar por algunos días en su sala, y se estrena con una obra costumbrista, de Germán Luco Cruchaga, la primera de este laborioso periodista, titulado «Amo y Señor», que es una revelación dentro de nuestra escena. A pesar de inexperiencias de técnica, triunfa su frescura, su espontaneidad.

Se perfila un futuro buen autor dramático, de fibra, de nervio, vivo de ingenio, valiente para exponer sus ideas, no ajeno al conocimiento de ciertas prácticas profesionales del oficio; malicioso en ocasiones para sacar partido de una escena que se presentó de imprevisto en el calor de la improvisación, mientras se redactaba la comedia.

En suma, el autor se imponía a nuestro mundillo de tablas, con una sola comedia. Si no era por el momento el dominador de su oficio, le adivinaba tan certeramente, que en ciertos momentos parecía un práctico avezado. El éxito fué rotundo, de público y de crítica, y la compañía mantuvo varios días la obra en sus programas.

En la misma temporada van a la cartelera Acevedo Hernández con un sainete en cuatro actos, tomado de una obra española, titulado «Huelgomanía»; Florencio Meza Torres, con una parodia de don Juan Tenorio, titulada «On Juan Montoya», que no logra entrar al público, para terminar esta temporada, de más o menos mes y medio, con el estreno de la comedia en tres actos de Víctor Domingo Silva «Más allá del Honor», que da un paso sobre «Aguas Muertas» su obra del año 20,—seis años de diferencia—por

su más segura técnica y por la sencillez de sus procedimientos,

como decíamos en aquella ocasión. Esa comedia, aparte de la emoción que hay en ella, desarrolla su plan con mayor lógica que en otras obras del mismo autor, con mayor sobriedad y más justa medida.

Su final es un poco a lo teatro antiguo; pero se nos advierte que tiene la comedia un epílogo que justifica al autor.

Se duerme nuevamente en Santiago en cuanto a producción dramática seria. El teatro Santiago inicia una era de revistas, yendo a los programas algunos autores serios, entre éstos Acevedo Hernández, con poco resultado, pues le traiciona para el género su temperamento dramático.

Mook nuevamente nos saluda desde el escenario de una compañía de sainete, la del argentino Valicelli, estrenando la comedia en dos actos «Cascabel... Cascabelito»

y esta obra, pequeña, sin pretensiones, es lo más completo que conocemos del género, del señor Mook.

Lillo vuelve al Coliseo en Noviembre del 26, y estrena el drama en tres actos «La Ahijada», de los poetas Carlos R. Mondaca y Max Jara, dos firmas consagradas en nuestro ambiente literario, dos literatos artistas y cultísimos.

Esta obra escrita con rara conciencia y gran sobriedad, gana el espíritu del espectador inteligente, por estas dos grandes cualidades, escasas no sólo en nuestro teatro, sino en general, dentro del género del teatro, en el cual se peca, casi siempre aun tratándose de autores fogueados, por frondosidad y verbalismo.

Como precedente de esta obra, de los mismos autores estaba la excelente adaptación al teatro de la novela de Blest Gana, «Durante la Reconquista», y otra adaptación, que he leído, y aun no estrenada, que me parece bien, de otra novela del mismo autor, creo que de «Martín Rivas».

En Noviembre del mismo año, en el teatro de la Comedia, la compañía argentina Camila Quiroga, lanza de nuevo al cartel otra obra de Mook «El Castigo de Amar», que no gusta, quizá por su falta de emoción, por el espíritu contradictorio de la protagonista, y porque el público ama la línea recta. Esta misma obra se ha dado hace poco en el teatro Victoria, por la Compañía Leguía-Frontaura y ha desorientado de nuevo a la concurrencia. Mook solicita una vez más nuestra atención, en Mayo del 27, con un trabajo emotivo «Alzame en tus brazos», por Plana Díaz, en la Comedia.

El año 1927, es fructífero para el teatro nacional. Los autores reciben estímulo para producir, ya que la empresa de César Sanchez, actor mejicano, en compañía de sus sobrinas, las Arozameña, iniciaron una temporada de revistas nacionales en el teatro de la Comedia, abriendo un concurso que tuvo franco éxito, y en el cual se dieron a conocer dos revisteros, que luego han escrito muchas revistas de éxito, Gustavo Campaña y Pedro J. Malbrán. Resultaron premiados en ese concurso Eduardo Valenzuela Olivos, Luis Valenzuela Aris, Gustavo Campaña y Malbrán. Esta temporada de revistas duró por espacio de tres años más o menos, continuando luego en el teatro Santiago, en cuya sala el negocio fué más fructífero aun.

Y llega el año 28, pleno resurgimiento de nuestra escena.

La Sociedad de Autores Teatrales de Chile, para dar trabajo a Flores y ocasión al teatro nacional para su desenvolvimiento, organiza beneficios, a cuyo producto une un préstamo a dicho actor, reuniendo la suma de cinco mil pesos, para empezar una temporada en la sala de la Comedia, que tuvo un espléndido resultado de taquilla y en la que se estrenaron varias obras nacionales. Esta temporada vino a unir su eslabón a la campaña de feliz recuerdo del año 18 de Báguena y Bührlé, en la misma Comedia.

Cuarta etapa

Flores, con un conjunto de varios actores conocidos, empieza su programa estrenando una obra suya «Un match de Amor» y «Señorita Charleston», de Mook, trabajo frívolo, para dar al público en seguida la comedia en dos actos de Lautaro García, «Una Pareja Inverosímil», ya conocida en el Victoria, un trabajo no exento de cualidades, pero modesto en sus aspiraciones, y que en realidad no marcaba progreso alguno en su autor, salvo el cambio de ambiente, porque de sus ensayos, criollos, a pleno campo, pasaba al salón, para luego trabajar en el laboratorio y en el alambique del vanguardismo.

Campaña y Malbrán dejan la revista por un momento y estrenan con Flores la comedia en tres actos «A Última Hora», con despuntes de observación, con gracia, pero con muchos descuidos. Se reprisa en seguida «Luz que no muere», de Maluenda, estrenada por Díaz Perdiguero, para llegar al estreno de «La Comedia Trunca» de Alejandro Flores, que dió buenas entradas, pero que, a mi juicio, por su asunto, es una obra absurda, artificiosa, llena de arbitrariedades, pero bien hecha teatralmente hablando, como a su tiempo lo dije en una crítica de «La Nación».

Lautaro García, que según parece tenía escritas varias comedias, con pocos días de diferencia con su «Pareja Inverosímil», pone de nuevo en la cartelera: «Nuestro Amor Q. E. P. D.» inferior a la anterior y con un plan mal trazado. Y vienen luego «Caprichito» de Campaña y Malbrán, de poquísimo mérito, y «Señor, quién es Ud.?» de Mook, trabajo breve, interesante y bien logrado. Aprovechando siempre de la popularidad que les había dado la revista, Campaña y Malbrán monopolizan el cartel, y nos dan «Una Familia Sincera», un juguete cómico con vistas a la astracanada.

Alfonso Vila, autor nuevo, tiente el teatro, y lleva a Flores, el boceto de comedia «Dos Mujeres», estimable por su lógica y por su desarrollo.

Y llega el momento de «Mamá Isabel», comedia en tres actos, de Borja Cifuentes y Pizarro Espoz. El primero de estos autores se había ensayado en la escena, sin llegar a un resultado positivo. El segundo, nunca había escrito para el teatro, pero gozaba de fama de hombre de palabra facilísima. Decíamos con ocasión de este estreno, lo siguiente, en «La Nación»:

la comedia en su construcción general, es armoniosa, unida en sus partes, de fuerte cohesión y reveladora, ya de una técnica que acusa destreza y seguridad. Dentro de nuestro naciente teatro, es «Mamá Isabel» en suma, una comedia digna de figurar entre las primeras.

Vuelta a ver en seguida la obra, como una revisión de valores, juzgamos que su diálogo, en general, se resiente de cierta frialdad y academismo.

La compañía Lillo reemplaza a Flores en la Comedia, y se presenta con el drama costumbrista en tres actos «Raja Diablo», de Carlos Barella, que marcó un éxito franco. Emoción, teatralidad, y fuerte aroma costumbrista informan la obra que marca un paso de avance en la labor de dicho autor. En seguida de esta va al cartel otra comedia costumbrista «Su Lado Flaco», de Hurtado Borne. Este autor, había tratado hasta el momen-

to, asuntos de salón, pero investiga ahora en la clase popular. Esta comedia había sido estrenada en provincias por Elena Puelma y Bührlé. No vacilamos en decir, que la calidad de ella supera la de muchas otras de ambiente de sociedad del mismo autor, y es hermana modesta de «Mal Hombre», ya anotada en esta crónica.

No más de un mes ausente del cartel, Barella, nuevamente solicita nuestra atención, para estrenar, «Hotel Chile», en la compañía Lillo, en la misma temporada de la Comedia. Este sainete gustó mucho y con razón, porque está escrito con gracia. Su ambiente, es el de uno de los tantos cafetines del puerto de Valparaíso, donde se reúne gente de todas partes.

El autor de «Amo y Señor», Germán Lucio Cruchaga, se nos presenta nuevamente, más hecho, más cabal, más definitivo, en la técnica y en el dominio de su asunto, con la comedia en tres actos «La Viuda de Apablaza», una de las obras más chilenas, de nuestro repertorio, no con un chilenismo de revista, podríamos decir, sino con un carácter criollo más íntimo y más noble, que interesa desde sus primeras escenas, no tan sólo por los sucesos que han de venir, sino por el desarrollo y la presentación del tipo protagonista; obra, esa viuda, que es un carácter, algo hombruno, pero entero, sin repliegues y de una pieza, quizá un poco recargado, como si el autor hubiese temido que su tipo de mujer, de batería afuera, se pudiese debilitar y no llegar al público con todo el colorido con que él le concibió. Era lo que decíamos en nuestra crítica de «El Diario Ilustrado».

En la misma temporada Roberto López Meneses estrena la comedia en tres actos «Ha Vencido el Amor», trabajo débil, pero con buenas intenciones.

Ocupa el mismo escenario de la Comedia el conjunto de Elena Puelma, y estrena «Melenita de Oro», sin valor alguno, de Juan Ibarra, que se ha comercializado, que ya no es el observador de pupila penetrante de su conventillo de «Vidas Inútiles», hasta aquí un acierto aislado de dicho actor-autor.

López Meneses que acaba de fracasar en el conjunto Lillo con «Ha vencido el Amor», insiste con la Puelma y estrena tres actos de «La Señorita Lulú», que ha sido una mención honrosa en un certamen de la Sociedad de Autores. Se repone de su caída anterior con esta comedia más teatral, mejor planeada y más interesante.

Ibarra también busca revancha a su fracaso anterior, y lleva a la Puelma los tres actos de «En Carne Propia», que aunque mejor que la anterior, no logra con ella un éxito franco por su plan poco meditado.

Salgamos un momento del mundo del profesionalismo del teatro, y asistamos a una función en la sala del Municipal, con fines de caridad, en la que vemos que tímidamente se presenta al público Fernando Vernier, seudónimo que oculta el nombre de Gonzalo García. Su comedia en tres actos se titula «Alma Extraña» y es un trabajo que revela cualidades de escritor, buen gusto, diálogos fáciles, un ambiente, en general, que acusa al autor de teatro que hay en él, el mismo que más tarde, después de dos años de silencio, ha de darnos el drama «El Dolor de Callar», que tanto éxito de público obtuvo en el conjunto Flores, en la Comedia. Vernier llegaba a nuestro mundo de tablas en silencio, tímido, con una timidez única, y se nos presentaba, además, con una compañía de aficionados, muy discreta, la que reveló los nombres de las hermanas Márquez, Aracelli, Fanny e Ida. Poco antes de «El Dolor de Callar», estrena «El Mal Ladrón», con la compañía peruana de Arrieta, en la Comedia, obra que auguró el éxito de la anterior.

Fué el último estreno de este año de 1928, auge de nuestro teatro, en el que se estrenaron tantas obras y las empresas ganaron dinero con nuestros autores.

Este impulso no se había de malograr, porque la empresa Claro-Pérez, lleva a su sala del Carrera, a la Compañía Flores —al año siguiente 1929— donde este actor continúa su campaña franca en pro de nuestra escena. Y en esta temporada estrena dicho actor, las siguientes obras: «Mr. Ferdinand Pontac», de Mook, ya dada a conocer en Santiago, por Báguena, un trabajo sentimental, bien logrado; «Ibrahim Bey», arreglo de Rafael Maluenda, de una novela de Dekobra, malogrado por inexperiencia teatral; «El Canto de la Sirena», de Alfonso y Mariano Casanova Vicuña, ya cuando Flores pasa unos días al teatro Esmeralda; «El Último Duelo de don Juan», de Casimiro Torrealba; «Triángulo», de Rafael Maluenda, comedia dramática en tres actos, cuando la compañía pasa al Santiago,

obra despiadada, árida, con un poco del teatro del norte; una comedia fría, escrita por un hombre que tiene talento de escritor, que dice muy bien las cosas, que analiza las sensaciones de sus personajes,

como dijimos a raíz de su estreno en «La Nación», pero obra sin ambiente, sin emoción y arbitraria en sus procedimientos. Maluenda, en el teatro, todavía no se encuentra o acaso no se encontrará nunca, por falta de condiciones espontáneas para la escena.

Flores haciendo el circuito de su empresa contratante, va al Carrera de nuevo, y estrena el sainete «Los Nuevos Pobres» una

improvisación del Malbrán y Campaña, sin mayor importancia artística; la comedia costumbrista en tres actos «Mocosita» de Mook, —que junto con otra de quien escribe estas líneas—ha optado al primer premio del concurso de la empresa Claro Pérez.

En «Mocosita» está todo Mook, fresco, espontáneo. Le volvemos a encontrar después de «Pueblecito» al través de unas veinte obras de distintos géneros. Pero esta allí, de cuerpo entero, más formado que cuando hacía hablar al alcalde de «Pueblecito»; más conocedor del oficio, más malicioso y más suspicaz en materia de teatro. Construye bien, pinta con rapidez a sus tipos. Se encuentra, en una palabra, el que es, el costumbrista, que ha ido vagabundeando por todos los géneros, pero que a mi juicio en ninguno ha dado frutos tan sazonados como estas dos páginas de nuestros campos o de nuestra tierra: «Pueblecito» y «Mocosita». El éxito de público y de taquilla fué enorme, y la obra se sostuvo mucho tiempo en el cartel.

Han pasado once años entre estas dos comedias. ¿Es que el autor no ha podido escribir hasta ese momento otro acierto como el de «Mocosita», que iba tan bien a su temperamento? No. Es que no ha querido escribirla, coqueteando con otros géneros, en los cuales no se encontraba su espíritu, su alma y sobre todo su corazón de escritor, que es costumbrista, que ve la costumbre mejor que nadie acaso entre nosotros, y que la sabe trasponer a la escena con sabor y con donaire.

Le veremos más adelante «La Pasión de Francois» y esto no será otra cosa que una variación del «Pontac» o de «Estoy Solo y la Quiero». Tal vez el propio autor no nos crea, tal vez piense que le desorientamos con malicia; pero examine con detención todo su repertorio, y verá que el público siempre le ha seguido, sumiso dentro de ese género, al cual él tal vez desdeñe por humilde, pero que es el que le dió nombre y quizás dinero.

Al través de veinte años de teatro, ya nos hemos visto con Eugenio Orrego Vicuña, continuador de la obra de su malogrado hermano, que tanto prometía para nuestra escena, muerto a edad temprana, aquel Benjamín Orrego, Benjamín también de nuestra escena, que con uno o dos ensayos breves, se acreditó como talentoso del teatro. Eugenio, ha tenido ocasión de cultivarse más. Le juzgamos ahora en la comedia en cuatro actos «Vírgenes Modernas», un buen ensayo, con dos actos muy interesantes, tercero y cuarto, y con los dos primeros algo diluídos, con acertadas notas satíricas, y con un personaje que recuerda aquel solterón de «Campo de Armiño», de Benavente, y

este es Peñalver, toda una silueta bien trazada, la mejor trazada de toda la obra.

En este momento Borja Cifuentes se aparta de la colaboración de Pizarro Espoz, y estrena la comedia «Corona de Espinas», cuyo primer acto era toda una promesa, pero que luego se diluyó en discursos y cosas indecisas. De esto a «Mama Isabel», hay mucha distancia!

En pos de Cifuentes, viene Hurtado Borne, con una alta comedia, lograda a medias. «La Culpa Bendita», y cuyo mejor acto es el tercero, en el cual el autor, acaso por excepción, ha tratado con acierto una escena de ternura, tanto más digna de ser tomada en cuenta cuanto que Hurtado no brilla en el teatro por esta cualidad, sino más bien por su teatralidad y muchas veces por su rudeza, siguiendo la escuela de Bernstein. La calidad y el resultado total no sobrepujan a sus comedias costumbristas, ni tampoco a aquel «Derecho a la felicidad», estrenada por Serrador Marí, en el Santiago y tal vez en género de salón, lo mejor logrado de dicho autor.

Por la misma época, se da conocer un escritor nuevo, Luis Arze Gallo, con una comedia en tres actos que promete, «El Miedo a la Vida». Pero esa promesa no ha sido ratificada en lo sucesivo, o hasta ahora que yo sepa. Le sirve esta obra al actor Rafael Frontaura para hacer una caracterización admirable de un tipo de vividor.

Flores ha terminado su temporada, se marcha a provincias y llega el año 30, en el que sigue contratado por la empresa Claro-Pérez. Borja Cifuentes vuelve al cartel con su comedia «Sin Amor», que fracasa rotundamente. No hay en ella ni las pocas cualidades de «Corona de Espinas» y menos aun la armonía de «Mama Isabel». Es una labor desarticulada y sin ambiente.

Como Armando Mook ha producido mucho en taquilla en el Carrera, con el «Pontac» y con «Mocosita», se le busca ahora con afán. El éxito hace esclavos, fácilmente, en el teatro. Y Flores, pone en sus programas una nueva comedia de dicho autor, «La Pasión de Francois», que habíamos leído enviada por su autor de Buenos Aires con el título de «Estoy solo y la Quiero», que tiene puntos de contacto con el «Pontac». Un boceto rápido, de notas acertadas y seguras, pero perteneciente a ese teatro breve que se hace en la Argentina, por culpa de un público indocumentado e inculto, además de espeso que ha malogrado las buenas intenciones de tantas autores del vecino país.

La racha de vanguardismo o izquierdismo del teatro, llega a nosotros y Lautaro García abandonando sus temas camperos, se

lanza por esa ruta, y logra un éxito con la comedia «Margarita y la Crinolina». Dos actos primeros flojos, para llegar a un tercero que es toda la obra, y que hace olvidar las inseguridades de los actos anteriores. El público no comprende este acto, que repetimos, es el mejor.

Acevedo Hernández en una sala de barrio, tiene un éxito grande, con su pieza dramática de costumbres criollas, titulada «Cardo Negro». El autor de «Almas Perdidas» se logra aquí por completo, por el ambiente de su obra, por sus tipos, por su vigor y por su bizarría. Allá en un barrio, lejos del centro, en el viejo Teatro Imperial, que fué cine eternamente, se asoma al escenario a dar las gracias al público este hijo del pueblo nuestro, que es Acevedo Hernández, con su cara triste y su buen corazón, de artista intuitivo, desorganizado a veces, matón otras, con matonismo espiritual, simpático, de profunda sinceridad, que nació sabiendo hacer este teatro con aroma popular y que una noche, allá en el «Coliseo» hizo que mis ojos se humedecieran ante una de las escenas de «Almas Perdidas», cuando una mujer enseña a leer al hombre que ama.

En ese año de 1930, «Cardo Negro», es lo más fuerte y lo más sincero de todo lo que se ha producido en Santiago.

Con diferencia de pocos días, tanteando el terreno, muy abierta la mirada curiosa y tímida al mismo tiempo, con cautela, se presenta al escenario del Santiago llevado de la mano por Flores, un niño, un muchacho que todavía estudia o debía estudiar humanidades. Va a estrenar unos «Muñecos», buenos para su edad, pero que hacen obra de teatro. Afronta el género más difícil, una especie de símbolo disimulado tras las máscaras de aquellos hombres de teatro que son muñecos. Se llama ese niño Manuel Arellano Marín. No tiene veinte años. Así debe ser, porque cuando sale a la escena a dar las gracias al público, después que ha caído el telón del primer acto de su obra, se diría que viene del colegio. Caso de precocidad, no aislado en nuestro ambiente, ya que otro autor, Edgardo Garrido Merino, estrenó una obra socialista, «El Chalaco», hace mucho tiempo, cuando sólo tenía catorce años, y además, dijo un discurso del mismo género, en el escenario del teatro Novedades (el incendiado Alhambra). Arellano Marín, acierta, en su Comedia en general. Cuando trabaja con el elemento simbólico, con el muñeco, está en su ambiente, está cómodo, fácil y jugoso. Cuando hace hablar a los hombres, como todavía conoce poco la vida, yerra. Pero su éxito es toda una gran promesa. Le espero, con confianza.

Termina esta temporada, al llegar la primavera, con el estreno de Alfonso Vila y Mariano Casanova «Era un señor del

sur», que trata de la vía crucis de un autor, tema vivido, y sentido.

Ya hemos llegado al final de la ruta que nos propusimos: narrar veinte años de teatro. Comprendemos que hay algunos vacíos, pero no somos de ello absolutamente responsables. Entre el año diez y quince, hubo muy poco desarrollo de teatro, entre nosotros. Se dieron a conocer algunos autores, por la compañía española Díaz de la Haza, entre éstos Daniel de la Vega, que dió a esta compañía su delicado y fino «Bordado Inconcluso», del que ya hemos escrito, y antes, se había entrenado por el conjunto Mariano Díaz de Mendoza, la comedia «Nuestras Víctimas», de Víctor Domingo Silva. Díaz de la Haza da también a conocer a Cariola, Frontaura, Matías Soto Aguilar—que ha mantenido una producción discreta y constante—Valenzuela Aris y otros.

De la época anterior a la nuestra, vive sólo un autor, Adolfo Urzúa Rozas, que ha escrito mucho teatro, y que tiene una obra en un acto, que le acredita como bueno: «Un hombre», un tipo nuestro que por su reciedumbre y su carácter, recuerda el «Pedro Crespo», de Calderón.

Creo que nuestro teatro habría ido mucho más arriba con menos ambiciones de parte de nuestros autores. Cada uno de ellos, ha tratado de hacer desde su primera obra, algo definitivo, algo grande, algo en parangón con las obras maestras de Europa. No han mirado nuestra realidad, lo que pasa día a día, lo que llega hasta nosotros, en oleadas de vida. No. Han mirado a la Europa, y ésta, en medio de la labor, les ha hecho un guiño burlesco, y la buena intención ha abortado. No se ha comprendido que la obra maestra supone maestría de técnica, y para obtenerla, hay que trabajar mucho, tener a veces tradición, y aquí no la hay, como no sea la de España, que en realidad, dentro del teatro, no es para nosotros, porque nuestro medio es distinto a aquél.

Se ha hecho muy poco el género que más debería haberse hecho, la comedia costumbrista, que lo da todo: drama, comedia y sainete. Nuestra clase media, rica en temas de interés y de emoción, se ha observado poco, muy poco, y se ha corrido con espíritu desatentado a pintar nuestra clase alta, incolora y a veces sin carácter alguno. La veta rica, apenas se ha desflorado y el filón pobre y peligroso, se ha trabajado con tesón, pero sin resultado. Y así vemos que nuestro mejor teatro está en el ambiente de la clase media, en el campo y tiene por base la costumbre: «Cardo Negro», «Almas Perdidas», de Acevedo Hernández; «Amo y Señor» y «La Viuda de Apablaza», de Germán Luco Cruchaga; «Pueblecito» y «Mocosita» de Armando Mook; «Raja

Diablo» y «Hotel Chile», de Carlos Barella; «Entre Gallos y Media Noche», de Cariola; «Su Lado Flaco», de Hurtado Borne; «Más allá del Honor», de Víctor Domingo Silva.

Nuestro teatro hasta aquí, ha sido honesto, Salvo las rachas de la revista, no se ha comercializado. Cada autor ha hecho su ideal, ha escrito por amor, o bien por el honor. Influenciado antes del año diez por el teatro español, cambió de rumbos y bebió en las fuentes del teatro francés, sobre todo en lo que se refiere a obras de ambiente de salón, y aun las mismas de género popular participan de esa ligereza y soltura de técnica que tiene el teatro galo.

Todavía no tenemos carácter definido. No nos inquietemos por eso. El teatro de un país no puede reproducir su ambiente, sus problemas, su raza, en una palabra, mientras no cuente con años de suficiente desarrollo para que en ellos se forme una escuela de teatro, con autores que, antes que nada conozcan bien su oficio; su técnica, que sin esto, nada, absolutamente nada, puede emprenderse con apreciable éxito. Sin formar al profesional, nada puede exigirse, menos aun carácter a las obras, y, por ende, a la producción total del país, en que esas obras se producen.

Por ahora, estamos dedicados a aprender el oficio, y fácilmente se nos influencia, lo cual tampoco entraña gravedad alguna, ya que al decir de Jean Giraudoux, las escuelas literarias, son plagios relativos unas de otras.—N. Y Á Ñ E Z S I L V A.

EL CONFLICTO RELIGIOSO EN LA VIDA Y EN LA POESIA DE MANUEL GUTIERREZ NAJERA (1).

MANUEL Gutiérrez Nájera es uno de los poetas que más honda resonancia han tenido en el alma y en la poesía hispanoamericanas. Poeta esencialmente elegíaco y romántico, no cayó, sin embargo, en las exageraciones de mal gusto en que generalmente han dado los rapsodas de esta índole en lengua castellana. Ni aun cuando el autor llora desdichas amorosas—y de este género hay muchos versos en su cosecha—desciende

(1) Esta monografía fué leída en inglés por el autor en la reunión anual de la «Philological Association of the Pacific Coast» el 28 de Noviembre de 1931, y no tuvo otra intención ni aspiraba a más que a divulgar entre el profesorado yanqui un valor esencial de nuestras letras, poco menos que desconocido allí. (N. del A.)

Nájera a lamentaciones chirles. Toda su poesía se caracteriza por una honda intimidad, por un refinamiento inusitado, lo mismo en los conceptos que en la forma, así como por la musicalidad del verso y la aristocrática elegancia del léxico. Espíritu profundamente religioso, Nájera sintió la angustia del hombre de fe que asiste al desmoronamiento de sus creencias y no logra, sin embargo, resignarse con la explicación que del mundo y de la vida nos dan los hombres de ciencia. A estudiar tal conflicto están destinadas estas páginas.

Nació el poeta en la capital de México en 1859 y murió en la misma ciudad en 1895. Su vida es relativamente poco conocida debido a que casi todos los que de él se han ocupado han estudiado con preferencia al poeta y al escritor y casi nada nos han dicho del hombre y de su vida (2). Lo que de él sabemos, sin embargo, nos indica que fué la suya una vida vulgar, sin que nada en ella lo destacara del común de las otras gentes de la clase media. Por consiguiente, Gutiérrez Nájera carece de lo que podríamos llamar *biografía externa* o visible. Todo en él se resolvía en meditación y análisis. En la capital azteca luchó, sufrió y se extinguió esta noble existencia, sin que nada en su actividad externa lo diferenciara gran cosa del común de sus pares coetáneos. Si se exceptúa el innato refinamiento y buen gusto con que el poeta supo prestigiar siempre su trabajada vida, ningún hecho encontramos en ella digno de particular mención. Como su compatriota y crítico, Amado Nervo, pudo también decir Nájera: «nunca me ha sucedido nada».

La «biografía interna», no obstante, es de una intensidad y riqueza poco comunes. Hombre de sensibilidad hiperestesiada, profundamente emotivo y a la vez dotado de una gran capacidad de introspección y sufrimiento, su vida toda fué un drama íntimo, de acción interna por así decir, del cual no quedaron otras huellas visibles más que los versos adoloridos y sangrantes en que plasmó sus inquietudes filosóficas, sus éxtasis místicos de la juventud, sus dudas torturantes más tarde y, por último, su angustiada ansiedad religiosa cuando el escepticismo coetáneo desplazó definitivamente la fe de sus años adolescentes. Como dice Justo Sierra, «su vida es un idilio trágico, del que sólo conocemos la música: los versos del poeta» (3).

Surge Gutiérrez Nájera a la vida literaria de su país en un

(2) La más completa biografía que de él tenemos hoy es la tesis de la señorita Neli Walker, «The Life and Works of Manuel Gutiérrez Nájera», 83 páginas, *The University of Missouri Studies*, vol. II, Abril de 1927.

(3) Justo Sierra en la introducción a la primera edición—*Poesía*—de los poemas de M. G. N., México, 1896.

momento de transición ideológica y de inestabilidad en todos los órdenes. En el terreno puramente literario, aparece cuando el romanticismo agonizaba sin esplendor y sin gloria, tras un ocaso excesivamente prolongado. En lo religioso, soplaban ya vientos de escepticismo que conmovían los cimientos de aquella sociedad católica y fanatizada por un doble y secular despotismo: el religioso y el político. En el orden filosófico, las teorías positivistas y evolucionistas de Augusto Comte, de Hipólito Taine y de Herbert Spencer, irrumpían arrolladoras, despertando inquietudes y sacudiendo la modorra quietista y mística que había caracterizado la atonía de la vida intelectual de México durante los primeros cincuenta años de su vida independiente. En lo político... todos los instantes han sido de inestabilidad y transición para México desde su independencia.

Gutiérrez Nájera pertenecía a una familia de la clase media. Hijo de padres muy religiosos, de ellos heredó sus arraigadas creencias y cierta propensión mística que en él se observa desde muy temprano. Parece un hecho cierto que su madre lo destinaba a la vida sacerdotal por la cual parecía sentir inclinación el fervoroso adolescente. Su misticismo exaltado y lo que por un instante se creyó incipiente vocación religiosa, se sumaron al talento poético para hacer concebir grandes esperanzas a los católicos de México que, como dice Justo Sierra (4), en él creyeron ver al paladín del catolicismo.

De la primera etapa de su evolución poética recogió el mencionado Sierra en la edición referida algunos poemas que nos revelan, no sólo el fervor religioso del joven bardo, sino la exaltación mística, de genuina ascendencia castellana, que los inspiraba (5). Pocas son las composiciones místicas que nos quedan del período juvenil, pero son más que suficientes para evidenciar su religiosidad. Por lo demás, el propio Sierra sospecha que debió escribir otras muchas que nunca llegaron a publicarse. Algunos de estos poemas—*La Cruz, María, Dios*—(6) pa-

(4) Apenas si se puede hablar de M. G. N. sin referirse al medular ensayo precitado de Justo Sierra. Crítico sapiente y fino poeta él mismo, Sierra ahondó más que nadie en el alma y en los versos de su infortunado amigo. A esta transida exégesis habremos de referirnos aún en estas notas.

(5) Sabemos que las lecturas iniciales de G. N. fueron los místicos del período clásico: ambos Luises, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, etc., que dejaron honda huella en su espíritu.

(6) Nájera no coleccionó sus poesías; fué su gran amigo Justo Sierra el que las dió a luz reunidas en volumen por primera vez en 1896. Para este trabajo nos hemos servido de esta primera edición por la cual sentimos particular predilección. Los tres poemas mencionados aparecen en las páginas 16, 35 y 44 respectivamente.

recen haber sido escritos a los diez y ocho años, pues, llevan fecha de 1877 y revela una fe intacta, no contaminada aún por las corrientes de escepticismo en boga. Estos poemas y otros muchos que seguramente escribió el poeta, parecen un eco prolongado del materno fervor religioso. El mérito artístico de estas composiciones—casi huelga decirlo—es escaso. Predominan en ellas todos los vicios románticos, agravados por la juventud e inexperiencia del poeta. Desde el punto de vista biográfico, sin embargo, son de un valor inapreciable para fijar la trayectoria religiosa que recorrió su alma. Lo que más resalta en estas férvidas estrofas es el candor infantil de sus creencias, más propio de la serenidad de los tiempos clásicos que de la edad controvertida y pesimista en que le tocó vivir.

Pero la vida transcurre indiferente y ciega. El poeta empieza a familiarizarse con las modalidades del pensamiento europeo en boga. Por otra parte, el dolor que tan pródigo fué siempre con nuestro infortunado autor, le ofrece un nuevo e insospechado aspecto de la vida. Es este un corto período de prueba en que aun triunfa el sentimiento religioso; aun su fe le ofrece lenitivo en sus momentos de hondo pesar. Vienen entonces poemas de muy superior valía estética, pero en los cuales ya no encontramos aquella no turbada y robusta fe de antaño. En estas composiciones de ahora, aunque de genuina estirpe, religiosa todavía, han desaparecido aquella ingenuidad y tranquila fuerza de que estaban saturado los cantos precitados. Entre otros sobresalen *La fe de la infancia*, *Fiat Voluntas*, etc., (7) La primera fué escrita en 1878, es decir, a los diez y nueve años, y acusa ya una sutil evolución en sus creencias. Como el título bien claro lo indica, todo el poema constituye una tierna añoranza. El poeta siente ahora la nostalgia de la feliz inocencia perdida y entona un himno en loor de la «sencilla religión» que endulzara su precoz adolescencia. *Fiat Voluntas*, por el contrario, es ya un poema de franca transición, de duda incipiente. No obstante, en él predomina todavía la piedad religiosa. Aun la fe puede ser una fuente de consuelo para el poeta.

Para una total comprensión de este particular aspecto de Gutiérrez Nájera, precisa hacer aquí un pequeño paréntesis biográfico. Era *El Duque Job* (8) un autodidacta y fué siempre un lector empedernido. Sin haber cursado estudios superiores

(7) Páginas 53 y 181, respectivamente. Ed. cit.

(8) *El Duque Job*, el más popular de los varios seudónimos que usó G. N.

en ninguna facultad, Nájera alcanzó una gran cultura literaria. Su dominio del latín y especialmente del francés, le permitieron conocer a los clásicos antiguos y familiarizarse con las literaturas contemporáneas de Europa. Por el idioma galo sentía especial admiración y, según nos dice uno de sus mejores críticos (9), llegó a conocerlo casi tan bien como el español.

A través del francés *El Duque Job* acreció sus conocimientos literarios y filosóficos y estaba al tanto de la evolución intelectual de Europa. Fué hombre de su época en el más amplio sentido de la expresión y se encontraba sincronizado con las corrientes del pensamiento filosófico, así como con las modas literarias de su momento. Filósofos como Schopenhauer, Nietzsche y Gobineau; dramaturgos y novelistas como Ibsen, Suderman, Dostoiewski, Tolstoi y Zola; poetas como Poe, Baudelaire, Verlaine, Leopardi y tantos otros cantores de la tristeza, del dolor y de la muerte a quienes el poeta mexicano leía apasionadamente, fueron poco a poco infiltrando en su espíritu el virus de la tristeza y del escepticismo. De esta época melancólica y pesimista que tan gran influjo tuvo en el pensamiento de nuestro escritor, dijo un agudo observador que la conoció y auscultó certeramente: «Pienso que la risa se acabó porque la humanidad se entristeció. Y entristeciése por causa de su inmensa civilización» (10). Y otro historiador de los caracteres de la literatura de aquel momento ha dicho en un libro fundamental: «La idea de cuanto nos rodea es efímero y perecedero; el saber que cuanto anhelamos—dicha, amor, fortuna, gloria, juventud, la propia vida—, es fenómeno fugaz en el cosmos, y destinado a desaparecer sin dejar huella; el convencimiento de que somos simples comparsas, que hacen un momento su aparición en la gran comedia universal; la conciencia de que cuanto existe se trueca, se marchita y muere, deshaciéndose en la nada, es obsesión enervadora de nuestra edad sombría» (11).

Contra este deprimente influjo encontró el bardo mexicano un eficaz antídoto en el dogma católico durante su adolescencia; pero a medida que su cultura se expandía y su triste vida se fué haciendo más amargada y dura, este reducto espiritual fué cediendo lentamente a los embates del raciocinio y la experiencia hasta culminar en una total derrota de los principios

(9) LUIS G. URBINA: *La Vida Literaria en México*, Barcelona, 1917.

(10) EÇA DE QUEIROZ: *La decadencia de la risa*, traducción de A. González-Blanco). Madrid, 1918.

(11) JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA: *El Sentimiento de Tristeza en la Literatura Contemporánea*, Barcelona, 1922.

religiosos que, al morir, dejaron un vacío profundo en el alma del poeta que ya nada pudo llenar.

A las sencillas creencias de antaño ha seguido ahora un angustioso interrogar, ya escéptico, ya esperanzado, mas siempre añorante y anheloso de recuperar la dulce fe perdida. De aquí el dramático conflicto religioso en que se resolvieron los últimos años de su vida, durante los cuales le veremos invocar con gritos de dolor las sencillas creencias que adormecieron su infancia, pero que ya no acuden a su transida evocación. Al perder la fe en el dogma católico que durante su precoz adolescencia le había ofrecido seguro refugio, no perdió Nájera su sentido profundamente místico de la vida, ni su pensamiento dejó por ello de ver e interpretar el mundo a través de un prisma que, en lo fundamental, es de pura esencia religiosa. El poeta se debate ahora entre el ansia torturadora de creer y la duda angustiosa que le muestra los altares vacíos y muerta su antigua fe.

Fué éste un largo y doloroso proceso que se inicia ya con las primicias poéticas que de él conservamos. Durante estos años gestadores en que se formó la personalidad literaria del autor, observamos en él alternativas contradictorias de escepticismo y de fervor religioso. Al principio, es decir, desde los diez y siete hasta los veinticuatro años, predomina una franca ortodoxia, no obstante sentirse a ratos combatida y amenazada por la duda creciente. Se nota en este período cómo el poeta se esfuerza por conservar y defender sus creencias; pero a partir de ahora se acentúa rápidamente su escepticismo. Así vemos que entre sus composiciones más tempranas hay una titulada *Luz y Sombra* (12) escrita a los 17 años en la cual se plasma ya uno de estos instantes fugaces de escéptico pesimismo. En un estilo infantilmente romántico en que se acusan las influencias de Núñez de Arce y de Espronceda, nos dirá el incipiente bardo:

.....
La luz que iluminaba mi lóbrego camino
y que tranquilos goces en la niñez me dió,
dejándome entre sombras, cual raudo torbellino,
ante mi vista atónita por el espacio huyó.

Tan triste es lo que siento, tan negro lo que veo,
que sólo me consuelan mi llanto y mi gemir;
ya no en la dulce dicha, ni en la ventura creo,
ya sólo me presenta la muerte el porvenir.

(12) Pág. 4, Ed. cit.

La duda con sus garras, destroza mi creencia,
 marchita con su aliento las flores de mi amor;
 hay sombras en mi alma, hay luto en mi conciencia,
 mi vida es una estrofa del himno del dolor!

.....
 No sabes cual se llora al contemplar perdida
 aquella fe sublime que guió nuestra niñez;
 no sabes cómo amarga las horas de la vida
 la duda que nos cerca de eterna lóbreguez.

.....

Vienen después poemas como el titulado *La Duda*—1877—(13) de escaso mérito literario también, cuyo sentido es ambiguo y se presta a una doble interpretación. En él parecen mezclarse el sentimiento religioso con el amoroso, cosa bastante frecuente en algunas poesías de esta primera etapa.

Para qué —1880—(14) es un hermoso poema simbólico de carácter nihilista. Hay en estas estrofas un fuerte dejo pesimista que preludia ya el franco escepticismo en que ha de culminar la vida del poeta. Aquí ya la muerte no representa un tránsito feliz ni el inicio de una vida mejor: la muerte ahora es la nada, el término inexorable de la humana vanidad.

A este mismo año de 1880 pertenecen también los veintinueve cuartetos titulados *Hamlet a Ofelia* (15) igualmente amargados y pesimistas. Al mismo género corresponde *Madre Naturaleza* (16) y otros de esta época. Mas el punto culminante de esta particular modalidad lo marca la composición titulada *To be* (17) que lleva fecha de 1886. Es un poema lúgubre, sombrío, en el que la desesperación pesimista parece revestir caracteres morbosos. El poeta pide a los tétricos filósofos germanos, Schopenhauer y Hartmann, sus teorías y aún su léxico para pintarnos su total nihilismo. Es éste un poema en que la desesperación del poeta adquiere un tono acre y sarcástico sin paralelo en toda su obra, por fortuna, y cuya lectura pone frío en nuestras almas.

A partir de este instante se inicia en él una transición más filosófica y humana, que lo conducirá paulatinamente a un espiritualismo desencantado, pero comprensivo y generoso. El poeta ha buscado en todas las teogonías, religiones y sistemas filosóficos una respuesta satisfactoria al enigma de la vida, pero ninguna logró convencerle. Y ya de retorno de esta pesquisa

-
- (13) Pág. 20, ecitd.
 (14) Pág. 105, ed. cit.
 (15) Pág. 109, ed. cit.
 (16) Pág. 195, ed. cit.
 (17) Pág. 231, ed. cit.

ideal, vuelve, desencantado y triste, a la dulce tradición cristiana y en su cándida sencillez procura encontrar lenitivo a su inquietud. Tal se nos aparece, incrédulo, más poéticamente enamorado de la hermosa leyenda de Belén, en *La Cena de Noche Buena* (18) que lleva fecha de 1886.

La misma o similar desolada angustia reflejan otros varios poemas de esta época. Tales los cuarenta y cinco tercetos y un cuarteto que intituló *A Justo Sierra* escritos en 1888 (19) y, especialmente, *Después...*—1889—(20) de un simbolismo inquietante y todavía desesperado. Veamos una estrofa:

.....
El templo colosal, de nave inmensa,
 está mudo y sombrío;
sin flores el altar, negro, muy negro;
 ¡Apagados los cirios!
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!....
 ¿En dónde estás, oh Cristo?
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
como llama a su padre el pobre niño!....
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
en el desnudo altar arder los cirios!....
¡Ya me ahogo en la sombra... ya me ahogo!
 ¡Resucita, Dios mío!
.....

Esta será su última imploración al dios de su infancia para que le ilumine y acorra. A partir de ahora vendrán poemas melancólicos y tristemente resignados, como *Castigadas*—1889—(21) *Las Almas Huérfanas*—1890—(22) *Mis Enlutadas*—1890—(23) etc.

Mas el poema en que a nuestro parecer culmina esta última y definitiva actitud del poeta es el titulado *Pax Animae*—1890—(24). En él se resumen de manera admirable el desencanto, el amable pesimismo y la triste resignación que caracterizaron los últimos años de su vida. El poeta ahora se encuentra más allá de la duda y del dolor. De ambos ha sabido triunfar y su alma aparece tonificada por una especie de resignado estoicismo que le permite enfrentarse generoso y sereno con las mise-

- (18) Pág. 250, ed. cit.
(19) Pág. 286, ed. cit.
(20) Pág. 299, ed. cit.
(21) Pág. 302, ed. cit.
(22) Pág. 312, ed. cit.
(23) Pág. 319, ed. cit.
(24) Pág. 309, ed. cit.

rias de nuestra vida. Escéptico, sí, pero no desesperado. Su espíritu ha pasado ya por el crisol del dolor que purifica y ennoblece y ha resistido victoriosamente la prueba. Ahora sabe que nada podrá alterar el lago tranquilo de su alma reposada y mística. Si la muerte de sus creencias dejó un gran vacío en su espíritu y un sedimento de honda tristeza en su vida, supo, no obstante, rescatarse a sí mismo y elevarse a una filosófica serenidad desde la cual pueden contemplarse piadosamente todas las tempestades de la vida. Veamos, para concluir, algunos cuartetos de los veinticuatro que integran este hermoso canto:

.....
 Recordar... Perdonar... Haber amado...
 Ser dichoso un instante, haber creído...
 Y luego... reclinarse fatigado
 en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
 que en nuestros pechos jóvenes palpita,
 y recibir, si llega, la ventura,
 como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos;
 ¡siempre en los labios el perdón risueño;
 basta que al fin, ¡oh tierra! a tí vayamos
 con la invencible laxitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
 en lo fugaz de todo lo que mira,
 y se detiene, sabio, ante la inmensa
 extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

.....
 Cuando el dolor mi espíritu sombrea
 busco en las cimas claridad y calma,
 ¡y una infinita compasión albea
 en las heladas cumbres de mi alma!

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ.

University of California at Los Angeles.

ELOGIO DEL TRABALENGUA

EN una escena de «Santa Juana» hace Bernard Shaw entrar un soldado, intempestivamente lleno de rudeza, que desde antes de llegar, entre bastidores, viene acompañándose la marcha con este compás, ligeramente musicalizado:

Rum, tum, trumpledum
Bacon fát and rumpedum
Old Saint mumpedum
Pull his tail and stumpedum
Oh, my-Mary-Ann!...

Cuando entra y le preguntan qué quiere decir eso, el soldado responde: «No quiere decir nada, pero sirve para marchar»

Marchar, es decir, avanzar armónicamente. Esa misma pregunta que le formulan al soldado, la hacen muchas gentes al pararse, por ejemplo, ante un cuadro de Picasso.

—Pero... ¿qué quiere decir esto?...

También lo dicen ante alguna película de vanguardia, ante las estupendas rayografías de Man-Ray, o un film de Jean Bernard Derosne. Habría que darles la misma respuesta, aun con el mismo sentido:

Señores—y más todavía, señoras— esto no quiere decir nada. Aquí no se ha querido decir nada. Pero sirve para avanzar.

El sentido esotérico, interpretativo, que tiene toda combinación inaprensible a primera vista, no es tan interesante como su propia manifestación simple, espontánea, sencilla. Y saliendo de la plástica, en la misma poesía popular, (que no es popular nada sino por adopción, puesto que el primero que lo hizo no fué el pueblo, sino el individuo), el trabalengua, o la combinación vertiginosa y rauda de sonidos, tiene su maravilla oculta.

Nada más difícil que crear palabras. O, por lo menos, hacer como que se crean. Eso de unir voces sin sentido y dejar que ellas produzcan una impresión de cosa ya creada de antemano, de que hay un argumento (oh, la busca y captura del argumento) en ellas, es algo sencillamente extraordinario.

Si es onomatopeya, la naturaleza es la que aparece más cerca. La naturaleza interpretada. Cada cual a su gusto. Algo tenía que decir la abubilla entre los pájaros, en la comedia de arístófanes. Nadie sabe qué, pero cantaba en griego y decía:

—Epopo, popo, popo, popo, popoí, jío! jío! tío, tío, tío, tío, tío, tío, tío; trioto, trioto, toto, bix; torotoro, orotorotix; kiccabau, kiccabau. Torotorotorotorolililix!

Y más tarde, según Voss, recordado por Alfonso Reyes, canta en alemán el mismo pájaro:

—Tío, tío, tío, tío, tío, tinx
Tototo, tototo, toto-tinx...

No sabremos a quien creer; pero lo cierto es que el trabalengua de la abubilla (el gallito de marzo, en Andalucía), es algo que lleva constancia en un salto de muchísimos años.

Hay otro trabalengua español que narra, por lo visto, la desventura de una cabra parida y su cabrito. Este nombre que tanta gracia hizo a Montherlant cuando lo vió en los Menus de Madrid; el sucedido dice:

—Esta era una cabra, ética, perlética, perlimperlambétrica, perlúa, perlimperlambría, cornúa, con el morro hociúa; que tuvo un cabrito ético perlético, perlimperlambético, perlúo, perlimperlambrió, cornúo, con el morro hociúo. Si la cabra no hubiera sido ética, perlética, perlimperlambétrica, perlúa, perlimperlambría, cornúa, con el morro hociúa; el cabrito no hubiera sido ético, perlético, perlimperlambético, perlúo, perlimperlambrió, cornúo, con el morro hociúo. . .

José Bergamín dice, en su «Enemigo que huye», que este trabalengua es la voz del carrete de Rumhkorff. Parece que es cierto. El mismo Bergamín, tiene como lema de uno de sus libros las siguientes palabras—estás solas—de Molière:

—No, no, no, no, no, no.

La concreción histórica, (oriente fantástico y difícil), está en este trabalengua:

—El Arzobispo de Constantinopla se quiso desarchiconstantinopolitanizar. El desarchiconstantinopolitanizador, que los desarchiconstantinopolitanizare, buen desarchiconstantinopolitanizador será. . .

Yo quisiera ver a Maspero, a Seignobos y a Fouchet desenrañando esta fecha en los fastos—o nefastos—orientalistas.

Existe—y doy otro solo ejemplo—el trabalengua despierto, irreprimible y misterioso en ingenio, que puede ser lo mismo un «A usted que le importa» que un cuento más bello aun que «La Bella Durmiente del Bosque»:

—Mari-Chucena su choza techaba.

Y un techador que por allí pasaba:

—Mari-Chucena: ¿Techas tu choza o techas la ajena? . . .

—Ni techo mi choza, ni techo la ajena que techo la choza de Mari-Chucena!

No es esto solamente la trampa que coge o no coge. Es algo más. Es una mezcla (la única), de la música y la letra. ¿Quién sabe si la poesía que se acerca. . . ? ¿Verdad, León Paul Fargue? . . .

Para eso de coger a los tontos, hay otra cosa. Aquellos versos

de Arriaza, que hizo por encargo del rey de España (creo que Carlos IV), para que los recitara un vate italiano, en español, ante la corte. El rey pidió una cosa *facilita de decir*. Y Arriaza entregó al italiano unas décimas que comenzaban:

Dijo un jaque de Jerez
con su faja y traje majó:
Yo al más jeque en juego atajo
que soy jaque de ajedrez.
Un gitano, que el jaez
aflojaba a un jaco cojo...

Pero este no es el trabalengua. Aquél tiene más sentido natural, dentro de su misterio.—JOSÉ MARÍA SOUVIRON.

¿QUE ES EL HALLESISMO?

EL Hallesismo es un nuevo esquema dinámico para la actividad económica mundial. Por él, la ley del provecho individual, de la que emana y por la cual se desarrolla la acción económica conforme al principio del mínimo precio, se convierte en mediadora del más perfecto solidarismo.

El Hallesismo (1) considera que la tarea de una verdadera ciencia económica debe consistir en hacer posible *la exacta medida del valor económico*, lo que no puede realizarse sino con la unificación mundial de los mercados.

En la *unificación del mercado mundial*, que lleva consigo la abolición de toda barrera artificial entre los varios mercados nacionales, está comprendida la solución de los mercados de desembocadura, la cual puede convertirse en realidad concreta luego que se introduzcan, en los órganos de circulación y de cambio, aquellas innovaciones de procedimientos y de medios que consiste, en todo tiempo y en cada lugar, adecuar a cada aumento de la oferta de bienes un aumento paralelo de la demanda en dinero y viceversa.

Por una parte, la expansión ilimitada de las necesidades humanas, y por otra la práctica ilimitación de los recursos naturales y de las energías de trabajo, potenciadas hasta un grado no previsto por el progreso de las ciencias aplicadas, forman la base sólida sobre la cual tiene que apoyarse la renovación proyectada.

(1) Monografía del Prof. Salvador Abbadessa, funcionario del *Banco di Sicilia*.

El Hallesismo estudia y resuelve el problema de la *unificación mundial del contrato de cambio*, con la determinación de ciertas condiciones típicas, o índices uniformes de referencia y a la vez, la *unificación mundial del contrato monetario*.

A una unificación parecida debe corresponder un nuevo órgano mundial que debe ser un verdadero órgano de integración jurídica y de legislación económica, que constituya aparte y por encima de los gobiernos políticos, un único *gobierno económico internacional*.

Este nuevo órgano es precisamente la *Fundación Universal Hallesirt*, cuya finalidad, obligaciones y normas de funcionamiento están fijadas en estatutos especiales (*Tablas Constitutivas*), que forman parte de una especie de pacto fundamental estipulado por el Fundador del Hallesismo con la universalidad de los contratantes posibles (*Contrato Social Hallesista*).

La Fundación para llevar a cabo sus propósitos, no pide el auxilio de la fuerza armada de los gobiernos políticos, ni de ninguna manera necesita que intervengan para apoyarla con su poder coactivo. Por el contrario, confía únicamente, para la realización del nuevo órgano económico, en la estipulación de una multiplicidad de contratos, ya sea con los Estados o con otras entidades públicas, con los Institutos de emisión y con los Bancos ordinarios o con una serie de otros intermediarios, y por conducto de ellos, con un número ilimitado de contratantes, quienes son inducidos a estipular y a observar tales contratos sólo por la fuerza de su propio provecho económico, entendido esto en el sentido más estrictamente individual y egoísta, y, sin embargo, obrando de manera que en el nuevo orden creado por la Fundación, cada individuo mirando sólo y exclusivamente por su propia mayor utilidad, venga con esto a realizar el mayor bien de todos, y esto se resuelva en la máxima ventaja material y moral de cada uno.

La unificación mundial del contrato monetario.—La moneda de cuenta internacional.

Sin embargo, dadas las condiciones actuales, la unificación mundial del contrato de cambio, en parte por razones teóricas, pero principalmente por razones prácticas, no lo considera el Hallesismo realizable sino en una segunda fase. Presupone realizada—aunque sin una absoluta necesidad—la *unificación mundial del contrato monetario*, que puede realizarse en poco tiempo y con gran sencillez de medios—que llevan consigo sin embargo, la eficacia necesaria para producir una revolución ra-

dical en las condiciones económicas, y, por consiguiente, en toda la vida social de la humanidad.

Sin cambiar o innovar nada en los sistemas monetarios vigentes. El Hallesismo, con la creación de una *moneda de cuenta* («*Hallis*») equiparada inicialmente con las acostumbradas monedas nacionales, en cierto peso de oro, se propone en instituir una especie de común denominador que permita traducir en un lenguaje monetario único todas las indicaciones de valor o precios expresados en las monedas de los diferentes países.

Los beneficios resultantes de tales concepciones, aunque serán notables, como es fácil poder demostrar también con la experiencia del pasado, no representan sin embargo, sino un elemento secundario y coadyuvante en la transformación radical que debe esperarse de otro medio que constituye el punto de apoyo de la nueva acción económica que especialmente persigue el Hallesismo.

Este medio consiste en la creación de un *nuevo símbolo literal representativo de todos los símbolos existentes*, tanto de los capitales fijos como de los capitales circulantes, y expresado en la nueva moneda de cuenta *Hallis*. Este símbolo se divide en dos especies distintas, y después en otras subespecies, según las modalidades de la función que debe cumplir para regularizar la circulación de los bienes, de los réditos y de los capitales.

Los Cheques H-C

Por medio de órganos creados *ad ad hoc*, acuerdo con nuevos contratos (con Bancos corresponsales), la Fundación Hallesint vende a los importadores de cada país—contra oro o en moneda nacional, según el cambio, de oro—cheques especiales a la vista expresados en *Hallis* por sumas múltiples de 100 *Hallis*, pagaderos por cualquier Banco corresponsal en los varios países del mundo, en oro o en la moneda del lugar del pago, según el curso del cambio del oro en el día en que se solicite el pago. Estos cheques (*Cheques H-C*) tienen una semejanza exterior con los cheques ordinarios emitidos por los Bancos y por los Banqueros; pero difieren substancialmente en lo que se refiere a su función esencial. De hecho, los cheques ordinarios en especie extranjera de los Bancos y Banqueros, se emiten por un importe total correspondiente al monto de letra de cambio, creadas para la regularización de los créditos de los exportadores nacionales, y aun de los otros créditos disponibles en el extranjero, que tienen influencia en la balanza económica.

Los Cheques H-C los emiten los Bancos corresponsales de

la Fundación, cuando la provisión de créditos sobre el exterior, proveniente de las fuentes arriba mencionadas, de hecho o en potencia, se ha agotado, y sirven para integrar los medios de pagos de los países con importación excedente o mayores deudores por otra causa, los países con exceso de importación o más importantes acreedores por otros conceptos cualquiera.

Los Cheques H-C en suma, a diferencia de los cheques ordinarios que representan giros o cheques de la balanza comercial, o más bien de la balanza económica, pueden llamarse cheques o giros del desequilibrio comercial, o más exactamente del desequilibrio económico.

Pero si los Cheques H-C se han de pagar en oro, o en billetes de los países acreedores, según el curso del cambio del oro, ¿cómo hará la Fundación para proveerse de estas especies en los lugares en donde las necesita y en las cantidades requeridas? Es lo que vamos a ver.

Función económica de los Cheques H-C

Por lo pronto precisa añadir que el dinero que afluye a los Bancos corresponsales, proveniente de los importadores, y en general, de los que adquieren Cheques H-C, cada Banco lo emplea: *a)* en primer lugar en reembolsar en oro o en moneda nacional, según el curso del cambio del oro, los Cheques H-C, y los otros títulos Hallesint de los cuales hablaremos, y los cupones respectivos, emitidos por cualquier otro Banco corresponsal en los varios países del mundo; *b)* una parte del excedente en la compra de títulos emitidos y garantizados por el Estado o por otras entidades públicas, o de títulos emitidos por empresas territoriales e industriales, acciones y obligaciones, según las indicaciones que para el caso harán los colegios especiales de peritos; *c)* otra parte, por último, en depósitos en cuenta corriente en los mismos Bancos corresponsales y en otros Bancos locales de primera categoría e indiscutible solidez.

El rédito de tales inversiones, como correspondiente al servicio que presta, queda, después de reducidos los gastos, destinado por la Fundación para los fines que se propone.

Las Carteras H-C

Por medio de los mismos Bancos corresponsales, la Fundación vende a las masas de ahorradores de los distintos países del mundo, contra oro, o en las respectivas monedas nacionales, según el curso del cambio del oro, unos títulos especiales

gananciosos, denominados *Carteras H-C*, expresados, como los Cheques H-C en Hallis, en sumas fijas múltiples de 100 Hallis. Estos títulos son también reembolsables a la vista, o previo aviso del algunos días, por cualquier Banco corresponsal, en oro o en la moneda nacional del lugar donde se solicita el pago, según el curso del cambio del oro.

La emisión se efectúa conforme a un plan general establecido de antemano por la Fundación, y está subdividida en varias series sucesivas, cada una de las cuales comprende un número de títulos mayor, según ciertas proporciones, que el de la serie precedente, y aunque representando los títulos un mismo valor nominal, se pone a la venta a mayor precio que el de la última serie emitida. Así es que el precio más bajo es el de la primera serie y corresponde al valor nominal; el precio más alto es el de la última serie. El precio de reembolso es, *para los títulos de todas las series*, correspondientes al precio de venta de los títulos de la última serie que se está emitiendo.

Por lo tanto, los compradores de las primeras series, o mejor dicho, de todas las series hasta la penúltima, pueden contar con un aumento de valor de sus títulos, debido al continuo y progresivo aumento del precio del reembolso a la vista, o previo breve aviso. El importe inicial del cupón, fijado al principio de la emisión de la primera serie, no puede disminuirse nunca; puede por el contrario aumentarse en la emisión de las series sucesivas, cuando precise dar un mayor impulso a la venta de las Carteras, y el aumento se entiende extendido a los cupones de todos los títulos ya emitidos.

El dinero que afluye a los Bancos corresponsales, proveniente de los compradores de Carteras H-C, lo emplea cada Banco en la forma que hemos dicho a propósito del dinero proveniente de las emisiones de Cheques H-C.

La diferencia entre el rédito de las inversiones y el interés debido a los tenedores de Carteras H-C, constituye un rédito de la Fundación, *después de deducida una cuota para los gastos de administración.*

Mecanismo de flujo y reflujo monetario.

Pasando por alto una exposición detallada de otras subespecies menores de títulos (Cheques y Carteras H-R), es importante añadir que el Hallesismo ha concebido, además, una serie de disposiciones geniales, que, juntas con las ya mencionadas, resultantes del plan de emisión de las Carteras H-C, forman un complejo sistema regulador (*mecanismo global y locales de flu-*

jo-reflujo), por el cual la Fundación está siempre en condiciones de proporcionar, según la necesidad, la cantidad de ventas de las Carteras con las necesidades de los reembolsos, tanto de las Carteras mismas, como de los Cheques H-C, y de hacer prevalecer, en donde y cuando sea necesario, las ventas sobre los reembolsos y viceversa. Esto quiere decir que la Fundación estará en la posibilidad de regularizar y gobernar la dirección y la intensidad de las corrientes monetarias, acelerándolas y aflojándolas de lugar a lugar, a fin de poder mantener constante en cada mercado la deseada relación entre el volumen monetario (formado por la cantidad de la moneda multiplicada por la rapidez de la circulación), y el volumen de los cambios, logrando así eliminar totalmente aquellas alteraciones anormales de los precios locales que dependen exclusivamente de causas monetarias y llegando por último, a instaurar un gobierno uniforme en los precios mundiales.

De esta manera, el organismo monetario mundial, indirectamente unificado, consigue la máxima eficacia funcional y dinámica, y adquiere el máximo grado de autonomía respecto a la materia constitutiva de la moneda, no pudiendo sufrir más que en tenue medida, y en fin no sufriendo en absoluto las alteraciones que dependen de las variaciones de los costos y de la oferta de la materia misma en el mercado de los productos.

Así, eliminándose los efectos de la inconstancia del valor de la moneda con respecto al valor del trabajo individual, tiende a realizarse la coincidencia de los *precios en dinero con los precios en trabajo*, y *la unidad de medida del valor se desplaza insensiblemente desde el oro hacia el rédito*.

Efectos económicos-sociales de la emisión de los Cheques y Carteras H-C.

Este conjunto ordenado que la Fundación Hallesint se propone poner en acción sin contar con el consentimiento previo general, ni con la conformación de acuerdos internacionales, sino sólo con la estipulación de contratos especiales con un pequeño número de grandes Bancos en los distintos países, contratos cuyo cumplimiento se resuelve en un gratuito y poderoso fortalecimiento de la acción y de la situación de los mismos Bancos, está destinado a producir efectos inconcebiblemente grandiosos y decisivos para una nueva orientación en la economía mundial, y para un mejor ordenamiento social.

La actual situación económica general presenta algunas ca-

recterísticas sobresalientes por las cuales parece la realización de una paradoja.

El grave desequilibrio que se ha producido a consecuencia de la guerra en las relaciones entre la moneda de los diversos países, paraliza la actividad de los cambios internacionales. Los países con moneda depreciada deben, por lo elevado de los cambios, reducir al mínimo sus importaciones.

Los países con moneda de tipo más elevado no pueden despachar sus inmensos stocks de productos destinados al consumo mundial. Por un lado es máxima la necesidad de comprar e importar; por el otro la de vender y exportar.

Estas necesidades, potencialmente destinada a eliminarse y resolverse la una en la otra, se encuentran por el contrario, frente a frente, sin posibilidad de contacto.

La situación económica anormal ha creado una monstruosa inhibición que neutraliza las comunicaciones vitales y detiene casi todo movimiento.

Sólo el crédito a largo plazo, abierto y desarrollado en gran escala de Nación a Nación podría remediar tanto mal.

Pero, sobre qué bases y con qué garantías específicas podría tener lugar una renovación tan general de la confianza, como sería la requerida para volver a hacer activa y llevar al justo grado de intensidad la circulación de los bienes y de los capitales?

El Hallesismo demuestra que el formidable problema se resuelve casi automáticamente mediante el funcionamiento de la Fundación y la emisión regularizada de los títulos Hallesint, de los cuales ya hemos hablado.

La Fundación Hallesint en acción

Suponiendo que la Fundación inicie su obra en dos países, A y B, encontrándose A con exceso de importación de los provechos de B, y con moneda depreciada, se comprende por razones obvias, que en el país A prevalecerá mucho o tendrá lugar exclusivamente, la venta de Cheques H-C, mientras que en el país B deberá venderse solamente Carteras H-C por un importe que sea al menos suficiente para reembolsar los Cheques H-C emitidos en el país A. Los exportadores del país B, a quienes son remitidos los Cheques H-C, recibirán, por lo tanto, el pago del precio de sus exportaciones con el dinero suministrado por las masas de ahorradores del mismo país B.

En el país A entre tanto, con el dinero recabado por la venta de los Cheques H-C, la Fundación compra, como ya hemos

dicho, una masa de valores públicos y otros símbolos de capitales fijos y circulantes.

En las relaciones entre los dos países, todo sucede como si las masas de ahorradores del país B hubiesen directamente proveído a los importadores del país A del dinero necesario para comprar los productos del país B y a través de ellos, a los empresarios industriales del país A, y hubiesen recibido en cambio, una masa equivalente de valores del país A. Las Carteras H-C, poseídas por los ahorradores del país B precisamente representan globalmente, esta masa de valores.

Resulta, pues, que el riesgo intrínseco que deriva de cada inversión está, con respecto a cada portador de Cartera H-C, grandemente atenuado o efectivamente reducido al mínimo, debido al creciente fraccionamiento que resulta de la multiplicidad y variedad de las inversiones; así es que las Carteras H-C, aun en las relaciones entre dos países solamente, funcionará como excelente y único instrumento de *seguro* contra los riesgos de las inversiones directas en valores de todo género. Pero como la Fundación está destinada a funcionar no en dos países solamente, sino sin limitaciones, en los principales países del mundo, y posiblemente en todos los países, claro está que la función aseguradora de las Carteras H-C no podrá dejarse de considerar universalmente como un título mundial de absoluta seguridad para el ahorro que busca empleo. Y esto quiere decir prácticamente alcanzar los mismos resultados que se conseguirían si se elevara al máximo grado el espíritu de empresa en las masas de ahorradores de todo el mundo, cuyos benéficos resultados para la prodigiosa intensificación de la actividad productiva, es fácil imaginar.

Pero, además de que por el riesgo intrínseco de las inversiones directas, las Carteras H-C, siendo reembolsables a la vista o poco después de previo aviso, por su valor nominal en oro o en las diversas monedas nacionales, según el curso del cambio del oro, están también exentas del *riesgo de inmovilización* y de otros riesgos que derivan de las vicisitudes del mercado de los valores.

Importancia de las Carteras H-C

La creación del nuevo título H-C viene, por lo tanto, a resolver implícitamente el más grave de los problemas de banca y de bolsa, porque logra conciliar la exigencia de la más fácil liquidación, que es la condición especial para la vida y para el regular funcionamiento de los organismos bancarios, y, en las

debidas proporciones, de cualquier otra empresa productiva, ya sea social o colectiva, ya sea individual, con la necesidad de la más amplia inmovilización, que también es indispensable para la mayor valorización de los recursos naturales o para la más extensas aplicaciones de los progresos técnicos con el fin de conseguir, con el aumento del bienestar material, las mejores condiciones para el desarrollo normal y la elevación de la vida civilizada.

Las dos exigencias, de la mayor facilidad de liquidación y de la inmovilización, representan los términos de la antinomia, del mismo género que aquella que subsiste en abstracto entre individualismo y solidarismo. La exigencia de la liquidabilidad representa la prevalencia del interés individual la exigencia de la inmovilización, la prevalencia del interés social. Para resolver tal antagonismo es necesario un término medio, que el Hallesismo encuentra en la concepción de las Carteras H-C, esto es, de un título que mientras reúna en sí en grado eminente las mejores condiciones requeridas para la inversión de capitales, tanto a corto como a muy largo plazo (seguridad, estabilidad, valor y rédito creciente), representa a la vez un perfecto instrumento de inmovilización.

La emisión de las Carteras H-C dará lugar, por lo tanto, a una extraordinaria intensificación en la corriente del ahorro, y una rápida aceleración en el ritmo de formación de los capitales: mientras la emisión y circulación de los Cheques H-C, o cheques del desnivel comercial, haciendo posibles, sin perturbaciones perjudiciales los mayores excesos de importación y exportación, tendría por efecto producir la mayor y oportuna transformación de capitales circulantes en capitales fijos, y los resolvería en un prodigioso incremento de la oferta de los bienes futuros.

La solución del problema de los mercados de desembocadura

Aquí el Hallesismo encuentra la llave de la solución del problema de los mercados de desembocadura, puesto que la creciente oferta de los bienes futuros se resolvería a su vez en un aumento de demanda en dinero de los bienes presentes, por lo cual estos encontrarían mercados cada vez más remuneradores.

Sería erróneo creer, y nadie lo afirma ya, que los bienes presentes no se cambian sino con bienes presentes. Toda la organización, sobre la cual se apoya la mayor parte de la vida económica actual, no tiene más fin que hacer posible el cambio de los bienes presentes por los bienes futuros. Pero es concep-

ción original del Hallesismo afirmar que potencialmente existe y puede traducirse en acto una ecuación entre toda la oferta de los bienes disponibles y la oferta de los bienes futuros o réditos, conforme a una razón de cambio que, dada la ilimitada expansión de la actividad productiva y el resultante aumento progresivo de la riqueza futura, no pueden manifestarse sino en precios reales (en productos) cada vez más remuneradores. La demostración de este aumento transforma la concepción de la economía, de estática y abstracta, en dinámica y concreta.

El valor económico, de cualquier manera medido, no representa sino un índice del progreso dinámico por el cual el hombre, como individuo y como sociedad organizada, afirma cada vez más su dominio sobre la fuerza de la Naturaleza.

Efectos sociales y políticos de la Fundación Hallesint

Se comprende como, disponiendo de medios reguladores de tan extraordinaria eficiencia, la Fundación pueda estar en posibilidad de acarrear, en las relaciones entre las divisas de los diferentes países aquellas variaciones que mejor responden a la finalidad de la más oportuna circulación y distribución de los capitales.

Teóricamente, la Fundación podría también estar en condiciones de suprimir desde un principio el fenómeno del premio del oro sobre el papel extendido e igualando en el mercado mundial los efectos de las desordenadas emisiones de billetes en las diferentes naciones durante y después de la guerra. Pero sería un absurdo pensar que la Fundación pudiera adoptar un procedimiento tan irracional, que tendría además, las más graves consecuencias para los países con más fuerte premio del oro, causando en ellos una desastrosa baja de precios.

Las atenuaciones y evidentemente los aumentos del premio, no podrían ser regulados por la Fundación sino en relación a las exigencias del mayor desarrollo de la vida económica local, dada la perfecta coincidencia que vendría a realizarse en el nuevo orden económico, entre el interés particular de cada Nación con el interés de toda la sociedad humana civilizada.

Es por ésta dinámica afirmación de la solidaridad universal de los intereses económicos, a través de la unificación mundial del contrato monetario y la consiguiente unificación del mercado de los capitales, que, con el prodigioso incremento de la actividad productiva en todos los ramos de la producción y en todas las naciones acarreará una *reducción general progre-*

siva en las tasas de capitalización y de descuento, y la elevación a un nivel uniforme de los precios del trabajo en todos los países del mundo, resultará también la abolición de las barreras aduanales que son el producto de múltiples causas por las cuales, en la actual situación de las diferentes economías nacionales, el proteccionismo debe reconocerse como un mal con respecto al menor librecambismo, irrealizable sin graves efectos para los países más débiles económicamente.

A determinar la abolición de las barreras aduanales concurrirá también la falta de interés de los Estados para mantenerlas como instrumentos fiscales, ya sea porque el nuevo vigor de la vida económica producirá un gran aumento en el rendimiento de todos los demás impuestos, y por lo tanto el mejor arreglo de las finanzas públicas, ya sea porque una radical transformación del sistema fiscal será iniciado por la Fundación, que entregará además a los Estados y a las entidades públicas el importe de sus grandes réditos de administración, para el logro de sus finalidades particulares y para el gradual alivio, y por último, para la supresión de los onerosos gravámenes fiscales sobre la producción y sobre el consumo.

El Halles'ismo es el alba radiosa de la nueva y gran civilización

La Fundación Universal Hallesint no se propone instaurar su gobierno abatiendo y destruyendo con una acción violenta la actual formación económica-jurídica, que, con todas sus deficiencias, representa siempre una inestimable conquista del progreso y de la civilización, sino valorizándola e integrándola, aumentando ilimitadamente su rendimiento.

Y así la Humanidad, librándose gradualmente de las más apremiantes necesidades materiales, que la atormentan y la disgregan, y son la causa de trágicas luchas de pueblos y de clases, se encontrarán unida en la más clara conciencia de su unidad substancial y del común destino de todas las naciones.

Los Gobiernos, aliviados del peso de tareas agobiadoras e inadecuadas a sus intrínsecas finalidades, por las cuales más que servir a los intereses de las naciones son convertidos en instrumentos de intereses de grupos particulares, podrán atender a su función específica de unificación y tutela jurídica, y sobre la base del único gobierno económico irá preparándose el advenimiento del único espíritu que animará a la sociedad humana y la guiará como a una sola familia al cumplimiento de su misión sobre la Tierra.

STALIN

MEDIO asiático, medio europeo.

El hombre, vestido de chaqueta color kaki y altos zapatos de soldado. Tiene una frente baja, rodeada con denso pelo negro, ojos hundidos, nariz de águila.

Su mirada pasa de parte a parte, penetrando hasta el alma misma de su interlocutor. Cuando durante una reunión, un destacado dignatario del Soviet quedó pensativo y de repente sintió la mirada penetrante de Stalin dirigida sobre él, cuchicheó a su vecino: «Tengo miedo. El puede sospechar que yo estaba pensando en alguna cosa».

El georgiano Djugaschwili no tiene patria, ni amigos, ni vida personal. Tiene sólo una idea, la idea de la revolución mundial, la idea del comunismo triunfante. Vive exclusivamente para la realización final de esta idea; por ella él manda centenares de gentes al patíbulo, por ella está listo para hacer cualquiera cosa.

¿Cree él mismo en la realización y triunfo final de su idea? Sin ninguna duda. El dictador rojo es un fanático. El está de la misma manera convencido de la justeza de la causa que él abraza, como de su misión providencial de encabezar el primer estado soviético.

Su fe es absoluta y contra ella no pueden intervenir ni la traición de un colaborador íntimo, ni los fracasos seguidos de sus planes.

Igualmente, como tantos otros caudillos de la revolución rusa que surgieron bajo seudónimos, el georgiano Djugaschwili se llama Stalin. Pero mientras que los otros usan seudónimos que no dicen nada, el seudónimo de Djugaschwili es significativo, es un símbolo. *Stal* significa en ruso acero, y en realidad Stalin es un hombre de acero.

El hombre con el seudónimo de Stalin está siempre tranquilo. Ni una vez se permite el perder su serenidad ni aun levantar un poco la voz.

Cuando durante una reunión, Trotzki interrumpió al dictador, quien estaba dictando la resolución, gritando: «Tontería, delirio de un loco!», Stalin no sólo no interrumpió su lectura, ni aun movió la cabeza.

Su carácter es más de un oriental que de un europeo, con sus rasgos fundamentales: sutil, disimulado, vengativo. No tiene confianza en nadie, nunca habla francamente. En general pre-

fiere quedarse callado, habla sólo cuando es absolutamente indispensable, y siempre de la manera más breve y seca.

En particular, por su carácter vengativo es un oriental típico. No perdona nunca ni la más mínima afrenta y se desquita siempre sin conmiseración. Está acostumbrado a estimar en nada la vida humana, siendo en este respecto el comunista Stalin mucho más parecido al Chinghiz-Khan y al Ivan el Terrible, que el último autócrata ruso Nicolás II.

Con todo esto hay que hacer resaltar, que el comunista Stalin nunca ha hecho nada que no considerara absolutamente necesario, nada para su satisfacción propia, ni gesto espectacular ninguno.

Cuando antes de la guerra, en el salteo de la tesorería del estado en Tiflis, tal vez el más espectacular salteo de la historia, él tomó la bomba y la lanzó al cajero, y cuando durante la guerra civil fusilaba personalmente a la gente, lo hacía por su idea, por la revolución mundial, sumamente desdeñoso del gesto, de la pose teatral.

Por esta misma razón, Stalin hasta el último momento ha preferido (siempre) quedarse en la sombra. Así como el administrador genial de la gran revolución francesa, José Fouché nunca aparecía sobre la escena visible de la política, siendo no obstante, el personaje más poderoso de la Francia revolucionaria y bonapartista, José Stalin prefiere quedarse detrás de los bastidores de la escena política de la Rusia Soviética, sin buscar la popularidad, sin pretender el título de tribuno popular. No quiere de ninguna manera hacer resaltar su poder. Pues José Stalin es solamente el Secretario General del Partido Comunista y nada más. Ni es Presidente de la U. R. S. S., ni aun es Presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, y, a pesar de esto en él únicamente está concentrada toda la autoridad que el hace pesar sobre el enorme país.

El dictador, escondido en las piezas más retiradas del palacio de Kremlin, nombra para los primeros puestos del Estado a la gente más insignificante, quienes obedeciendo incontestablemente a su voluntad, realizan la política que considera como la más indicada para el momento. Y cuando ésta resulta un fracaso, el dictador rojo inexorablemente carga toda la responsabilidad sobre esas gentes, que no eran otra cosa que unas muñecas en sus manos, y sin conmiseración los sacrifica al descontento público.

Stalin no se hace ilusiones con respecto a su popularidad y la fascinación de su nombre para las masas, no pueden hacerlas, siendo en cierto grado un extranjero, no un ruso legítimo,

quien además está realizando una política sumamente ajena al país.

Es un gran experimentador, que trabaja con el material humano, sacrificando por causa de su idea docenas de miles de vidas. ¿En tales condiciones se puede hablar de una popularidad y gobernar en razón de una autoridad intelectual o moral? Stalin reconoce perfectamente que una autoridad de esta índole es sumamente insuficiente para gobernar un país como Rusia. ¿Cómo se podría esperar convencer al campesino ruso de las ventajas del sistema comunista de agricultura sobre el sistema de posesión individual, recurriendo exclusivamente a los razones intelectuales y morales?

José Stalin en contraste con la mayoría de los caudillos comunistas es un político real, más que eso, es un hombre de negocios con intuición casi genial. Genial a pesar de toda su estrechez. Trotzki ha dicho: «Stalin es la más destacada mediocridad de nuestro partido».

Pero él sabe siempre lo que quiere hacer hoy, y eso es mucho. Stalin nació para ser un gobernador de un estado oriental, donde uno o varios hombres primitivos piensan y actúan para una masa aun más primitiva. Pero en contraste con un típico tirano oriental, Stalin lleva la vida de un asceta. No se permite ningún lujo, ningún vicio, estando convencido que el secreto del poder principia con la dominación de la propia personalidad. Hay que reconocer que su fuerza de voluntad es extraordinaria. Hay que imaginarse a un presidiario trasladado de la lejana Siberia al palacio del Kremlin, palacio de los Zares moscovitas, quien no se permite gastar un solo rublo que no sea estrictamente necesario, ni aun vestirse conforme a su posición elevada. Una chaqueta semi-militar, o una *poediovca*, el abrigo tradicional de los campesinos rusos, eso es el traje invariable del dictador de la U. R. S. S. Con este traje recibe en las salas del Kremlin tapizadas con seda, asiste a las reuniones, se presenta al pueblo. Es claro que con todo eso gana mucho el prestigio del hombre todopoderoso. Si un obrero o campesino cualquiera, de una población lejana de Rusia, después de muchos trámites y dificultades logra llegar a la Capital Roja y encuentra a su caudillo muy moderadamente vestido, ve que no goza ningún privilegio, ni aun los naturales en su posición, el prestigio de este caudillo crece ante sus ojos infinitamente.

Y no sólo de esta manera pesca Stalin las simpatías de las masas que la revolución rusa le ha llamado a encabezar. Toda su apariencia exterior, su paso y ademanes lentos y modestos, su timidez aparente, no pueden sino dejar una impresión de

lo más favorable. Presentándose al público, subiendo el estrado, Stalin siempre trata de achicarse en todo sentido, como si creyera que todo el enorme poder concentrado en su persona lo hiciera aparecer demasiado grande, sobresaliente. Pues eso es exactamente lo que no quiere Stalin: hacer la impresión de un dictador, de un hombre todopoderoso. El está completamente satisfecho de saber en su fuero íntimo que él maneja todo y todos le obedecen absolutamente.

Esta línea de conducta es uno de los factores fundamentales, sobre los que se basa su fuerza. Siendo todo este tan importante para la conservación del poder, para un hombre como Stalin dominado por la única idea de la revolución mundial, por la única ambición personal de mantener el poder en sus manos, es muy fácil de renunciar a todo brillo aparente, a todas las comodidades banales de la vida.

El actual dictador ruso es un hombre comparativamente poco educado. No tuvo muchas oportunidades de preocuparse de su educación. Todo su tiempo lo dedicó a la organización de los salteos en gran escala para suministrar los fondos necesarios al partido, o en calidad de reo político, a la organización de sus evasiones de Siberia, tomando en cuenta, que tanto los unos como las otras han sido bastante frecuentes; no debe extrañar que Stalin tuviese poco tiempo para las actividades de una naturaleza más intelectual.

A diferencia de la mayoría de los otros caudillos soviéticos, Stalin nada conoce del Occidente, pues nunca en su vida ha sido un emigrado político. No sabe ningún idioma extranjero. Toda su vida la ha pasado dentro de la Rusia. Sin embargo, sus conocimientos de esta última son también bastante limitados. Cáucaso y Siberia, otra vez Cáucaso y otra vez Siberia, eso es lo que Stalin ha estudiado a fondo; tanto Rusia europea como Occidente son tierras desconocidas para él.

Considerando estos rasgos fundamentales de la figura del dictador de la U. R. S. S. ¿se puede dudar si la política que realiza Stalin responde bien a los intereses del país y del pueblo ruso? Desgraciadamente es un hecho indiscutible: Stalin no entiende los intereses del pueblo ruso y su política y hasta el último momento ha sido diametralmente contraria a estos últimos. Siendo así es poco importante, por lo menos desde el punto de vista de un ruso, si Stalin es sincero y honrado en su actuación. Es muy dudoso que esta última se califique en la historia de Rusia como una cosa que ha contribuido a la felicidad del país.—W. G U E S S E N.

(Traducido de la Revista «Nasch Wick».—Berlín).

EL TRIUNFO DE LA MUJER

EXISTE un libro de Edouard Bourdel titulado «El Sexo Débil» que ha suscitado la sensación de todo París.

Este libro es en verdad extremadamente divertido y a la vez picaresco.

El autor, en tono humorístico y paradójal llega a establecer como verdad un hecho que si bien ahora no está reconocido por todos, puede muy bien llegar a serlo en el futuro.

He aquí la verdad que proclamo: no son las mujeres, sino por el contrario, los hombres, quienes constituyen el sexo débil.

¡Las mujeres! Sin duda sería preciso tener los ojos cerrados para seguir creyendo en su inferioridad en nuestros tiempos.

Para persuadirse de que tal inferioridad no existe, basta sólo dar una mirada a nuestro derredor. ¿Qué es lo que vemos?

* * *

Excepto, tal vez, aquel oficio de compondor ambulante o plomero, no existe ningun otro que permanezca todavía—como antes—exclusivamente reservado a los hombres.

Las mujeres desempeñan hoy todos los papeles. Son abogados, médicos, aeronautas, exploradores, químicos, historiadores, financistas, escritores, secretarios de hombres de Estado. Todo lo han aprendido. Están capacitadas para todo, y a fe mía, tan eficientemente como el mejor de sus rivales del sexo contrario.

Hay, por lo demás, algunas actividades para las cuales las mujeres denotan aptitudes tan admirables que en el ejercicio de ellas los hombres debemos renunciar a la esperanza de igualarlas. Por ejemplo, en el crimen pasional que es uno de los deportes más violentos y más peligrosos, de cuantos se conocen.

En el crimen pasional, el hombre está esencialmente en condición inferior.

Las estadísticas, que existen al respecto, son espantosas. Una nueva consulta, es suficiente para convencerse de ello. Nueve veces, en diez casos, la mujer es quien vence a su adversario. Y esto, con cualquiera que sea el arma elegida: el cuchillo, el veneno, el revólver, el cenicero de bronce, o el montante de una silla. Se dirá que es porque la mujer toma siempre la iniciativa del ataque. Evidentemente, y en esto, es precisamente en lo que consiste su superioridad. Todos los especialistas en cuestiones militares estarán acordes en reconocer que de dos ejércitos, destacados en posiciones similares, será aquel que toma la

ofensiva el que tendrá a su favor todas las posibilidades del triunfo, aun cuando sea inferior en número.

En la gran batalla de la guerra del amor, los hombres nos encontramos frente a frente a la mujer. Y he ahí, un torpe animal, voluminoso y tardo de movimientos y a una pequeña bestiecilla, astuta y ágil para coger la presa. La materia contra el espíritu. ¡Vamos! El resultado final es fácil imaginarlo...

Es muy cierto que el crimen pasional, no es el fin ni la solución a que recurren todas las dueñas de casa. ¿Pero con esto qué se prueba? Simplemente, que en la mayor parte de los casos la mujer, no tiene necesidad de emplear este medio a que a veces recurre, el hombre, tan decisivo y brutal. Le bastará situarse ante nosotros, estar allí un rato, y ejercer en libre juego sus naturales facultades. En algunos meses, y aun en algunas semanas, ha ocupado todas las posiciones estratégicas y ha reducido al adversario a una condición absolutamente secundaria. Ella lo domina. ¡Oh! Y esto sucede imperceptiblemente, sin escenas y sin gritos, como eficaz resultante de una sonrisa. Pero en verdad esto es mucho más grave todavía. Observad en el ambiente que os rodea y llegaréis a esa conclusión. Si Uds., pueden citarme ocho matrimonios en cien, donde el marido, el marido efectivo, sepa manejarse como tal, yo depongo mi pluma de cronista y me retiro al campo a cultivar tomates o claveles.

* * *

Yo conozco mucha gente—sobre todo de la clase de «viejos señores»—que se han quedado rezagados al permanecer adictos a las concepciones de antaño al imaginarse que las mujeres son seres débiles y delicados, acreedores de todos los miramientos. Dicen ellos, pues, con ternura: el papel de estas pequeñas criaturas es el de concebir hijos. Nosotros no podemos ni debemos pedirles más.

Este argumento, sin embargo, adquiere el tono de una réplica incuestionable, contra los que lo emplean.

En efecto, basta pensar que nada en el mundo es más difícil más fatigoso. Todos sabemos que ningún hombre, ni aun el guerrero más intrépido, ni aun el sabio que se hace «quemar vivo» por los explosivos, no tendría ni valor, ni fuerza, para soportar la prueba de un alumbramiento. ¿Saben Uds., lo que siempre se dice a un señor cualquiera, atacado de cólicos nefríticos? Cuando él no puede ya más, en medio de angustias y torturas, cuando él suplica que lo ultimen de un pistoletazo «de

bronwing» se le replica: «Valor amigo mío. Pensad un momento que hay otra cosa peor que ésta: dar a luz». Y esto es perfectamente verídico. ¡Pues bien! La mujer sufre esta prueba tan terrible con tanta holgura y buen humor que no es raro el que reincida hasta cinco o seis veces.

Por esto, afirmo sin temor alguno de que se me contradiga, que una criatura capaz de dar a luz un niño, puede afrontar riendo, las peores pruebas de la vida. Para las mujeres, litigar es un juego, como lo es también, disecar insectos, hojear los libros en las bibliotecas, dirigir un aeroplano y dar bofetadas a un boxeador negro. La mujer puede hacerlo todo y a menudo mejor que nosotros.

La mujer, es lo más fuerte que existe.

* * *

Si estas condiciones, fueran bien comprendidas en todo su alcance, el hombre no sabría conservar los privilegios de que ella gozaba en otros tiempos. Pero la verdad es que la galantería muere. Termina ya la época en que tan pronto como una dama entraba en el Metro, los 22 señores sentados en las banquetas, se levantaban presurosos para ofrecerle su asiento. Hoy no. Se quedan todos tranquilamente instalados, sumidos en la lectura de «El Intransigente». No se conducen así tales pasajeros, por descuido, ni por venganza, sino simplemente porque están fatigados, aun cuando han hecho durante el día lo mismo que la mujer. Sin embargo, la verdad, es que ya no pueden más, en tanto que la dama está aún llena de vivacidad y de bríos, tal como si recién empezara la jornada del día.

¿La galantería...? Yo no me extrañaría en absoluto, que un día, bastante próximo, la situación se invierta, y que nuestras compañeras habiendo al fin comprendido que el «sexo débil» es el nuestro, nos devuelvan el cúmulo de consideraciones, atenciones y precauciones de que nosotros las colmamos en otra época. En pocas palabras: ¡que ellas nos hagan la corte...!

Observad que un movimiento comienza a insinuarse en este sentido. Muy débil ciertamente, pero sin embargo, perceptible. En ciertas parejas compuestas por un señor pequeño, pusilánime, insignificante, y de una mujer varonil y deportiva, es ésta la que protege y regalonea a su compañero. Verdad es que hay un algo de menosprecio en su actitud, pero ¡cuánto más de ternura, de compasión, de comprensión! Si nuestro amor propio sufre, sólo tenemos una cosa que hacer: trabajar por restablecer el equilibrio. Solamente—sepámoslo en seguida, para no hacer-

nos ilusiones—también en este caso somos aventajados por las mujeres, dada nuestra condición natural. Se necesita dos o tres años para convertir en un atleta a un hombre enclenque, mientras que con cinco o seis meses una mujer llega a resultados sorprendentes...

No, decididamente, mientras más pienso en ello más me convengo de que los ejércitos no son iguales. Nosotros estamos vencidos de antemano.

Cesemos, pues, señores hermanos míos, de alimentar imposibles esperanzas. Renunciemos. Dejémos que los sucesos se susciten. Y volvamos, sin violencia a ese estado tan agradable que debió ser el de nuestros albores en la historia del mundo. Desde los 200 mil años que el mundo existe, apenas hace cuatro mil que nosotros tenemos la primacía social. Francamente ¡para los resultados que hemos obtenido!, no tenemos de qué estar muy ufanos. Y podemos pasar la mano con toda confianza....—

FRANCIS DE MIOMANDRE.

(Especial para ATENEA).

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción

MEMORIA DE LA ADMINISTRACION GENERAL 1929-1930-1931.

Señores socios:

De conformidad con lo dispuesto en los Estatutos en vigor, el Directorio de la Universidad os da cuenta de la marcha de la Institución durante el período comprendido entre Abril de 1929 y Marzo de 1932. Como podréis apreciarlo, representa este lapso el período más floreciente que el Establecimiento ha vivido desde sus azarosos comienzos, no obstante de que las vicisitudes políticas y la crisis económica mundial, repercutiendo en sus fuentes de entrada, la han obligado a aplazar la realización de vastos proyectos y a aminorar el impulso de su desarrollo. Sin embargo, a pesar de esta depresión que se deja sentir en los recursos del Instituto a partir del año próximo pasado, la Universidad no se ha detenido en su progreso, y aun con su presupuesto reducido casi a la mitad de lo que fuera en 1930, ha mantenido con la mayor decisión sus servicios y sus conquistas y ha estado atenta a toda posibilidad de mejoramiento que evitara una etapa de estagnación o desconfianza en los destinos de la obra cultural que realiza.

A continuación se presenta a grandes rasgos la situación de la Universidad en el trienio mencionado y la labor a que se ha hecho referencia.

ESCUELAS Y FACULTADES

En el período escolar de 1929 a 1932, la Universidad de Concepción ha mantenido sus Escuelas de Educación, Medicina, Farmacia, Química Industrial y Dentística. Además en Marzo de 1929, el curso de Derecho que funcionó cerca de sesenta años como instituto fiscal anexo al Liceo de esta ciudad, y que por motivos de economía fué suprimido por el Supremo Gobierno, se incorporó a la Universidad con el nombre de Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales. Meses más tarde se creó el Cuarto Año de Medicina, ampliación ésta que permitió una reorganización completa de dicho establecimiento, basada en el propósito de imprimirle mayor carácter de investigación científica y en consecuencia de hacer girar sus actividades en torno al Instituto de Fisiología ya existente y de los Laboratorios Centrales de Anatomía y de Anatomía Patológica, cuya organización fué solicitada por el Consejo, junto con la creación del IV Año indicado. En 1931, se fundó el Instituto de Física y Matemáticas, a objeto de incrementar con la

Facultad respectiva, en cuya importancia sería obvio insistir, la obra universitaria y con el fin práctico de dar la enseñanza correspondiente a los dos primeros años de Ingeniería Civil, de preparar profesores de Matemáticas y de dar una base más seria a los Estudios de la Escuela de Ingeniería Química Industrial, en la que se han cifrado tantas esperanzas de contribuir al fomento y desarrollo económico del país. También en el curso de ese mismo año, e inspirados los cuerpos dirigentes de la Universidad en el ideal de dar cada vez más importancia a la investigación científica, se creó el Instituto de Farmacia.

Con estas innovaciones la Universidad se ha ido completando a la medida de sus posibilidades financieras y cuenta hoy con las siguientes Facultades:

1. Facultad de Filosofía y Educación.
2. De Ciencias Jurídicas y Sociales.
3. De Medicina.
4. De Farmacia.
5. De Odontología.
6. De Matemáticas y Tecnología.

MODIFICACIONES EN EL DIRECTORIO

El Directorio elegido en 1929, ha experimentado algunas modificaciones. El 6 de Julio de dicho año presentó don Desiderio González su renuncia del cargo de Director, por la incompatibilidad que el Reglamento dictado por el Supremo Gobierno establecía entre ese cargo y el de Gerente de la Lotería; y el 24 del mismo mes la Corporación eligió en su reemplazo a don Néstor Bahamonde. En 1931 renunciaron también don Augusto Rivera Parga, cuyas actividades como senador de la República lo mantenían alejado de la ciudad y don Pedro Villa Novoa. Próxima ya la renovación del Directorio, este cuerpo consideró

que no procedía llenar las nuevas vacantes producidas.

ADMINISTRACIÓN GENERAL

1.º Marcha general.—El curso de la Administración General ha estado sujeto a las fluctuaciones de las rentas universitarias, que prosperaron en los años 1929 y 1930 y comenzaron a disminuir en 1931 en la forma de que se deja constancia en las memorias—más adelante insertas—de la Oficina de la Lotería y de la Tesorería de la Universidad.

Como se acercaba el tiempo en que los fondos de reserva de la Institución colocados al 8% de interés iban a producir la suma anual de un millón de pesos, cantidad ya insuficiente para formar los presupuestos, y como realizada esta circunstancia caducaba la autorización que el Decreto-Ley N.º 484, de 20 de Agosto de 1925, confería a la Universidad para reanudar las operaciones públicas de sorteo, el Directorio se preocupó desde comienzos del año 1930 en hacer gestiones encaminadas a obtener del Supremo Gobierno que el Decreto-Ley sobredicho fuera reemplazado por una nueva Ley cuyas disposiciones permitieran no sólo el funcionamiento del Instituto en las estrechas condiciones en que hasta entonces se había mantenido sino también un amplio desenvolvimiento de sus distintas reparticiones. Fué así como el 14 de Mayo del referido año de 1930 se nombró una comisión compuesta del Presidente Sr. Molina, del Vicepresidente, don Julio Parada y de don Luis Urrutia, para que se trasladaran a Santiago a hablar con S. E. el Presidente de la República a fin de obtener una modificación del Decreto-Ley 484, de 20 de Agosto de 1925, que fuera favorable a la Universidad y por la cual había prometido interesarse el Jefe del Gobierno. Cumpliendo su cometido, la Comisión, de acuerdo con el Directorio General de Beneficencia, presentó un

proyecto que fué aceptado por el Ministro de Educación Pública. Una vez que la comisión hubo regresado, se continuó trabajando activamente para hacerle al Instituto una propaganda que formara ambiente al proyecto en las dos ramas del Congreso y en general en la opinión pública.

Desde mediados de Junio hasta los primeros días de Septiembre el Presidente de la Universidad, comisionado por el Directorio, permaneció en Santiago trabajando incesantemente con las comisiones de Hacienda y de Educación de las Cámaras, ilustrando a los parlamentarios acerca de la fecunda labor realizada en once años por el Instituto universitario de Concepción y aunando las voluntades en torno al proyecto de Lotería enviado al Congreso por el Ejecutivo. Este proyecto, con algunas modificaciones, se convirtió en la Ley N.º 4885, de 6 de Septiembre de 1930, actualmente en vigor. En ella se establece que cuando el capital de reserva alcance a cien millones de pesos, la administración y utilidades de la Lotería pasarán a la Beneficencia Pública de Chile.

El logro de la nueva Ley, que rige desde el 1.º de Enero de 1931 y la marcha próspera de la Lotería hasta esa fecha en que afectada por la crisis económica general comenzó a decaer, produjeron en el ánimo del Directorio un estado de confianza muy legítimo que se tradujo en el anhelo de emprender rápidamente la construcción de la ciudad universitaria y de afianzar y perfeccionar la labor ya hecha. Dentro de estos propósitos, el Directorio al formar el presupuesto de 1931, acordó reservar el 30% del total de las entradas universitarias a *nuevas construcciones y creaciones*. En el espíritu de este acuerdo se entrañaba la esperanza, de que no pocas veces se habló en las sesiones de la Corporación, de contratar un empréstito a objeto de edificar a la vez varias escuelas en el predio uni-

versitario de la Toma. Obedeció a este vasto plan, que desde luego orientó en definitiva el criterio del Directorio en materia de construcciones, la adquisición de una propiedad de don Anfión Varela, de quince hectáreas de extensión, que se hacía necesaria para ensanchar los terrenos de la Universidad y repartir adecuadamente en ellos sus distintos pabellones. Esta compra representa la suma de \$ 250,000. Para proseguir los trabajos de edificación en la Toma, asiento de la futura ciudad, de los cuales ya estaban terminados la Escuela Dental y la Escuela de Ingeniería Química y comenzado el Pabellón de Anatomía, se encargó al eminente urbanista austriaco, doctor Carlos Brunner, a la sazón contratado por el Supremo Gobierno, el plano de distribución de los edificios y secciones de la referida ciudad universitaria. El doctor Brunner efectuó este trabajo con el interés y la competencia que siempre ha revelado.

También dentro del ideal de acrecentar lo existente, se crearon a principios de 1931 el Instituto de Física y Matemáticas de que antes se ha hecho mención y el Instituto de Farmacia.

Desdichadamente ya en los primeros meses de ese año, que había comenzado lleno de promesas y risueñas expectativas para la Universidad, se empezó a notar la crisis económica en los sorteos de la Lotería cuyas utilidades fueron disminuyendo en tal forma que el señor Gerente de esa Repartición había calculado como entrada probable para 1931 la cantidad de \$ 4.580,625 que representaba el 35% del producto total de los sorteos, a que se refiere el artículo 3.º de la Ley respectiva, y en realidad se percibió la suma de \$ 2.862,233.83.

Como el Presupuesto se había arreglado tomando como base el cálculo de entradas hecho por la Gerencia, se produjo un déficit de \$ 1.718,391.17, que obligó al Directorio a introducir severas econo-

mías en la Administración. En efecto, en su sesión de 17 de Junio del año en referencia, la Corporación teniendo en vista el informe de una comisión designada a este objeto, acordó ahorrar en diversos ítems de las distintas reparticiones la cantidad de \$ 460,972.40, en la que quedó incluida la parte del ítem reservado a nuevas creaciones y construcciones que aun no se había comprometido. Persiguiendo el mismo propósito de implantar economías, el 24 de Junio acordó el Directorio que los empleados de la Universidad no podrían percibir más de dos sueldos íntegros, fueren éstos correspondientes a empleos docentes o administrativos, estableciéndose asimismo que a los que desempeñaran más de dos cargos se les descontaría del tercer sueldo la tercera parte y de los otros la mitad. Por acuerdo del 8 de Julio del mismo año de 1931 se rebajaron en un 15% los sueldos de todo el personal de la Institución, que eran inferiores como en un 50% a los que percibían los empleados análogos de la Universidad de Chile. Finalmente, al formar los presupuestos de 1932 se acordó una nueva rebaja del 10% a los empleados, con la que éstos, reciben en total un 25% menos que a principios de 1931.

He aquí un cuadro comparativo de los presupuestos de los cuatro últimos años:

PRESUPUESTO DE 1929

Gastos Fijos.....	\$ 1.556,726.29
Variables.....	491,938.71
Extraordinarios. ...	1.500,042.—
Total.	\$ 3.548,707.—

PRESUPUESTO DE 1930

Gastos fijos.....	\$ 1.994,399.28
Variables.....	1.005,424.—
Extraordinarios. ...	250,763.72
Total.	\$ 3.250,587.—

PRESUPUESTO DE 1931

Gastos fijos.....	\$ 2.008,149.91
Variables.....	1.941,551.93
Extraordinarios. ...	2.416,917.35
Total.	\$ 6.366,619.19

PRESUPUESTO DE 1932

Gastos fijos.	\$ 1.779,282.41
Variables.....	863,455.—
Extraordinarios. ...	254,000.—
Total.	\$ 2.896,737.41

A las circunstancias de depresión económica señaladas hay que agregar, que en 1930 la Universidad fué sorprendida por una notificación de la Dirección General de Impuestos Internos mediante la cual se cobraba el impuesto sobre la renta, tercera categoría, y el impuesto global complementario correspondiente a los años 1927, 1928, 1929 y 1930, que sumaban \$ 863,008.53, (Global complementario \$ 323,628.20 e impuesto a la renta, \$ 539,380.33). Lo inopinado de esta medida resulta de que oportunamente una comisión del Directorio se había trasladado a Santiago a consultar con el Ministro de Hacienda, don Pablo Ramírez, si correspondía a la Universidad pagar las contribuciones indicadas, a lo que el Ministro respondió categóricamente que no, por cuanto las utilidades que constituyen las fuentes de recursos de la Institución no debían ser consideradas como rentas. Ante tal situación, el Directorio comisionó al Presidente, Sr. Molina, que trabajaba en la capital por el despacho de la nueva Ley de Lotería de Beneficencia Pública, para que solicitara del Supremo Gobierno que se eximiera a la Universidad de los impuestos dichos. El Sr. Molina mantuvo varias veces conversaciones con el Presidente de la República, el Ministro de Hacienda y el Director de Impuestos Internos, haciéndoles notar lo duro que para

el Instituto era una contribución tan cuantiosa como inesperada y obtuvo que se liberase a la Universidad del Impuesto Global Complementario que como se ha expresado subía a \$ 323,628.20. La exención del Impuesto a la Renta, 3.ª categoría, se consideró desde el principio más difícil de lograr y después de gestiones infructuosas que duraron meses enteros, hubo de recurrir al crédito para pagar la suma de \$ 539,380.33, correspondiente al impuesto de la referencia.

No sólo ha sido, pues, el descenso en la venta de la Lotería lo que ha obligado a ir disminuyendo paulatinamente la emisión de 35,000 a 20,000 boletos, sino también el pago de este impuesto que a virtud de las declaraciones del Ministro, Sr. Ramírez, no había sido previsto en los cálculos presupuestarios, lo que ha motivado la relativa escasez de recursos del Instituto en el presente año de 1932.

SECRETARÍA GENERAL

El trabajo de esta repartición ha experimentado un desarrollo considerable ya por causa de la creación de nuevas secciones universitarias o ya por la necesidad de centralizar diversos servicios comunes a todas o varias reparticiones. Un mejor método de trabajo ha permitido realizar la labor sin hacer gastos apreciables en personal, que sólo ha sido aumentado en una plaza, correspondiente a un cargo de dactilografista.

Se ha realizado el archivo completo de los acuerdos y resoluciones del Directorio por orden de materia, en índices sistema Kardex, lo que hace posible mantenerlo al día y despachar rápidamente cualquier consulta.

Se llevan también índices del mismo sistema para el personal y los alumnos universitarios con todas las indicaciones necesarias para el buen servicio.

En la matrícula se han puesto en

práctica diversos procedimientos que han hecho más fácil y expedito el servicio, aliviando el recargo de trabajo que con este motivo soportaba el personal. En tres horas de trabajo se ha logrado sobrepasar lo que antes se hacía en seis o más horas. Las nuevas medidas no sólo han favorecido al personal sino que han beneficiado también directamente al público que acude a solicitar los servicios de la repartición.

MATRÍCULA

El movimiento de matrícula habido en estos tres años ha sido el siguiente:

1929..	483	alumnos matriculados
1930..	557	alumnos matriculados
1931..	646	alumnos matriculados

DÍA DE LA UNIVERSIDAD

El 17 de Abril de 1929 se acordó celebrar cada año como el Día de la Universidad el Lunes siguiente al de la apertura de las clases en el mes indicado, para conmemorar la fundación del Instituto y repartir en esta ocasión los premios que la señorita Rosa de Ambrossy instituyó en un legado a favor del mejor alumno que ha concluido sus estudios en la Universidad.

Los estudiantes agraciados con el premio de Ambrossy en los años de que da cuenta esta memoria han sido los siguientes:

1929

Escuela de Educación.—Builda Lomboy Veloso y Flor Varela Santa María.

Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.—Fernando Bello Bambach.

Escuela de Medicina.—Humberto Jara Aqueveque.

Escuela de Farmacia.—María Lola Wells Sone.

Escuela de Dentística.—Rodolfo Casanova.

Escuela de Ingeniería Química.—Rodolfo Urban Kratz.

1930

Escuela de Educación.—Rodolfo Zañartu Arratia.

Escuela de Ciencias Jurídicas.—Humberto Enríquez Frodden y Alberto Coddou Binimelis.

Escuela de Medicina.—Antonio del Solar Valenzuela.

Escuela de Farmacia.—Miguel Seieh Parragué.

Escuela de Dentística.—Maximiliano Jara Campos y Francisco Roeckel.

Escuela de Ingeniería Química.—Sigifredo Simpfendörfer S.

1931

Escuela de Educación.—Olga Suazo Figueroa, Marta Méndez Guzmán y Clara Cerna Mangas.

Escuela de Ciencias Jurídicas.—Carlos Bernal Benítez.

Escuela de Medicina.—Oscar Gazmuri Ojeda.

Escuela de Dentística.—Agustín Troncoso Troncoso.

En 1929 se conmemoró solemnemente el décimo aniversario de la Universidad, correspondiéndole pronunciar el discurso de estilo al Presidente, Sr. Molina, quien sintetizó la vida de la Institución durante el decenio en un discurso que el Directorio acordó publicar en un folleto especial, que circuló profusamente.

EXTENSIÓN CULTURAL

Se ha fomentado concediéndole todo el interés que merece, la extensión cultural.

a) *La Revista «Atenea».*—La Revista «Atenea», ha afianzado su prestigio como una de las más altas tribunas del pensamiento libre de la América Española; ha contribuido a destacar las letras nacionales, ha estimulado la labor de creación li-

teraria, para lo cual entre otros medios ideó un certamen destinado a premiar biografías de chilenos ilustres, al cual por desgracia, no se presentó ningún trabajo; ha aumentado su edición a mil ejemplares y ha enriquecido su canje con valiosas publicaciones.

b) *Extensión universitaria.*—Intensa ha sido la labor de extensión universitaria, especialmente en 1929 y 1930. Las conferencias por medio de las cuales se ha desarrollado estuvieron en 1929 a cargo del Conde Herman Keyserling, de los Drs. señores Rudolf Kraus, Walter Knoche, Alcibíades Santa Cruz, Carlos Charlin, Eduardo Cruz Coke, y los señores Enrique Molina, Luis David Cruz Ocampo, Ramón Salas Edwards y Tomás Mora Pineda. En 1930 dieron conferencias los señores Eugenio Orrego Vicuña, Ricardo Latcham, Guillermo Plishta, Rvdo. Padre José A. Laburú, Prof. señor Adolfo Ferriere, Dr. E. Wollman, Dr. Carlos Nicolle, Mariano Latorre, Domingo Melfi, Juan Gómez Millas, Mariano Picón Salas, Dr. Erwin Baur, Dr. Adolfo Meyer, Prof. Gilberto Rahm, y don Enrique Marshall. En 1931 los señores Dr. Jaime Pi-Suñer, Dr. Carlos Monckeberg, Dr. Lucas Sierra, Dr. Walter Knoche, Dr. Alejandro Lipschütz, Dn. Carlos Oliver Schneider. En 1932, los señores Dr. Carlos Brunner y Nicanor Allende Navarro.

A continuación se da un cuadro completo de dichas conferencias:

DR. RUDOLF KRAUS

31 de Mayo de 1929.—«El estado actual de la etiología, profilaxis y terapéutica de la escarlatina».

1.º de Junio de 1929.—«La vacunación contra la tuberculosis con el B. C. G. de Calmette Guérin».

28 de Mayo de 1929.—«Transmisiones de las enfermedades infecciosas».

29 de Mayo de 1929.—«Métodos

modernos: cómo se propagan, evitan y combaten las epidemias».

DR. WALTER KNOCHE

3 de Agosto de 1929.—«Consideraciones antropogeográficas».

CONDE HERMAN KEYSERLING

13 de Septiembre de 1929.—«Del simbolismo en la historia».

14 de Septiembre de 1929.—«Pueblos viejos y pueblos nuevos».

DR. ALCIBÍADES SANTA CRUZ

7 de Octubre de 1929.—«Propiedades medicinales de plantas chilenas».

DR. CARLOS CHARLIN

9 de Octubre de 1929.—«Estudio psicológico sobre Napoleón Bonaparte».

«El tumor y el pseudo-tumor cerebral».

SR. RAMÓN SALAS EDWARDS

10 de Octubre de 1929.—«La teoría de la relatividad».

DR. EDUARDO CRUZ COKE

11 de Octubre de 1929.—«Expresión y caracteres».

«Análisis fisiopatológico de las secreciones gastro-intestinales».

SR. TOMÁS MORA PINEDA

21 de Octubre de 1929.—«Los Regentes Farmacéuticos ante la ley de empleados particulares».

SR. ENRIQUE MOLINA

12 de Noviembre de 1929.—«El sentido de la vida y la idea de progreso».

14 de Noviembre de 1929.—«Causas y caracteres del progreso».

15 de Noviembre de 1929.—«Con-

tenido espiritual del progreso y concepto de la vida espiritual».

SR. LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

5 de Diciembre de 1929.—«Las formas del arte actual como consecuencia general y última de las ideas del Renacimiento».

6 de Diciembre de 1929.—«Las formas del arte actual como consecuencia próxima del predominio de elementos intelectuales sobre los emotivos o afectivos».

DR. EUGENIO ORREGO VICUÑA

15 de Mayo de 1930.—«El escritor peruano José Carlos Mariátegui».

SR. RICARDO A. LATCHAM

16 de Mayo de 1930.—«El sentido de la literatura chilena».

19 de Mayo de 1930.—«Machiavello y el maquiavelismo».

SR. GUILLERMO PLISHTA

5 de Junio de 1930.—«Excursiones por el Chaco argentino y paraguay y por la Patagonia argentina y chilena».

RVDO. PADRE JOSÉ A. LABURÚ

30 y 31 de Junio de 1930.—«Psicofisiología del carácter», (dos conferencias).

PROFESOR ADOLFO PERRIERE

4 de Julio de 1930.—«Psicología Genética».

5 de Julio de 1930.—«Los tipos Psicológicos».

7 de Julio de 1930.—«Los centros de interés en la Escuela nueva».

8 de Julio de 1930.—«La preparación de los maestros y la reforma escolar».

DR. E. WOLLMAN

15 de Octubre de 1930.—«La vida sin microbios».

DR. CARLOS NICOLLE

16 de Octubre de 1900.—«Pasado y porvenir de las enfermedades infecciosas».

SR. MARIANO LATORRE

16 y 17 de Octubre de 1930.—«El sentido de la naturaleza en la poesía chilena».

SR. DOMINGO MELFI

18 de Octubre de 1930.—«Interpretación de Portales».

SR. JUAN GÓMEZ MILLAS

6 de Noviembre de 1930.—«El fin del mundo antiguo».

SR. MARIANO PICÓN SALAS

7 de Noviembre de 1930.—«El realismo en la cultura hispanoamericana».

SR. JUAN GÓMEZ MILLAS

8 de Noviembre de 1930.—«Nuevas orientaciones de la enseñanza de la historia».

DR. ERWIN BAUR

10 de Noviembre de 1930.—«La decadencia del mundo antiguo a la luz de la biología».

DR. ADOLFO MEYER

13 de Noviembre de 1930.—«La crisis actual de las ciencias y la ayuda de la filosofía».

14 de Noviembre de 1930.—«Los atributos fundamentales de la Metafísica. Ideas y sugerencias para un nuevo sistema de la Filosofía».

15 de Noviembre de 1930.—«El problema del Conocimiento; Introducción de una teoría del Conocimiento completamente científica».

PROF. GILBERTO RAHM

29 de Noviembre de 1930.—«Animales de vida latente en Los Andes chilenos».

SR. ENRIQUE MARSHALL

12 y 15 de Diciembre de 1930.—«La racionalización económica», (dos conferencias).

DR. JAIME PI-SUÑER

27 de Agosto de 1931.—«Los procesos de óxido-reducción».

28 de Agosto de 1931.—«Los factores económicos de la alimentación».

DR. CARLOS MONCKEBERG

27 de Agosto de 1931.—«Maternidad, sexualidad y educación».

28 de Agosto de 1931.—«La transmisión congénita de las infecciones».

DR. LUCAS SIERRAS

10 de Octubre de 1931.—«Influencia de las universidades de Montpellier y Padua en la cultura occidental».

DR. WALTER KNOCHE

16 de Octubre de 1931.—«El hombre y la técnica según la última obra de Oswald Spengler».

DR. ALEJANDRO LIPSCHÜTZ

27 de Noviembre de 1931.—«Fisiología de la muerte».

DN. CARLOS OLIVER SCHNEIDER

14 de Diciembre de 1931.—«Historia prehispánica de Concepción».

DR. WALTER KNOCHE

19 de Diciembre de 1931.—«La geografía chilena y los problemas agrícolas del país».

DN. LUIS DAVID CRUZ OCAMPO

26 de Diciembre de 1931.—«Im-

presiones, expresiones y opiniones» 1.^a parte: El campo y la ciudad en Europa y América.—De la Educación».

28 de Diciembre de 1931.—«Impresiones, expresiones y opiniones» 2.^a parte: Problemas políticos, sociales y económicos de nuestros tiempos».

Una rápida ojeada al cuadro anterior dirá de la variedad e importancia de los temas tratados y de la incesante preocupación de la Universidad por formar en torno suyo un ambiente de cultura, de curiosidad y de amplitud de ideas.

De alguna de estas conferencias publicadas en la Revista «Atenea» se han hecho tiradas aparte, aumentándose de este modo la proyección y el alcance del servicio.

BIBLIOTECA CENTRAL

I. Presupuesto.—La Universidad se ha esforzado en organizar e incrementar la Biblioteca Central, estimándola como una de sus secciones más valiosas. En 1929 la partida consultada para esta repartición fué de \$ 200,000. Al año siguiente se redujo a \$ 60,000, porque se consideró que en la labor de catalogación de los libros pedidos en 1929, para la cual se había nombrado un personal de ayudantes relativamente reducido, se emplearían muchos meses. Además se quiso aprovechar el viaje a Europa del Secretario General, don Luis David

Cruz Ocampo, a cuyo cargo ha estado la organización del servicio, para pedir directamente las obras en las librerías y casas editoras. En 1931 el ítem destinado a la compra de libros y confección de índices subió a \$ 170,000; pero la merma de las entradas universitarias cuyos antecedentes se han señalado, obligó a introducir fuertes economías dentro de las cuales quedó comprendido casi totalmente el mencionado ítem.

II. Local.—Junto con las oficinas de Administración, la Biblioteca se trasladó a principios de 1931 al amplio edificio construído expresamente para estas secciones universitarias. En él dispone de dos grandes piezas, donde se han instalado los depósitos de libros con estanterías metálicas hechas en Concepción por la firma Haveron y Carlson. La mudanza de local y el trabajo mismo de la organización y catalogación obligaron a suspender temporalmente los servicios del departamento; pero este accidente tendrá la compensación generosa de que dentro de pocos meses cuando la Biblioteca se reabra para el público, éste podrá despachar rápidamente sus consultas ayudado de los índices completos que se han estado preparando con la mayor escrupulosidad e interés.

III. Existencia.—El cuadro que se da a continuación representa la existencia de la Biblioteca en los últimos años:

Año	Volumenes	Valor	Encuadernaciones	Valor	Subscripciones	Valor	Cajas	Valor	TOTAL
		\$		\$		\$		\$	\$
1928..	2,910	49,974.80	678	4,125.—	25	2,242.05	—	—	56,341.85
1929..	4,815	74,870.72	995	6,126.—	143	7,860.81	—	—	88,857.53
1930..	4,773	46,237.10	3,496	19,783.82	156	9,810.75	—	—	75,811.67
1931..	2,393	28,345.75	2,201	15,093.88	159	7,780.45	435	5,236.20	56,456.28
1932..	137	—	Envío y Canjes	—	263	—	—	—	—
	15,028	199,428.37	7,370	45,128.70	422	27,694.06	435	5,236.20	277,487.33

IV. Organización.—Al empezar el año 29 no había en la Biblioteca más que un inventario de las obras adquiridas o recibidas, con el cual la Repartición no podía prestar ningún servicio. En el curso de ese año el personal trabajó exclusivamente en hacer listas arregladas por orden alfabético de los libros pedidos al extranjero, y en confeccionar un índice provisional de autores de las obras existentes ya y de las que se habían encargado. También se dió entrada a los volúmenes ingresados y se hizo la recepción periódica y la ordenación de revistas y publicaciones.

V. Catalogación.—En Marzo de 1930 se dió comienzo a la organización definitiva de este trabajo, empezando por la clasificación de las obras y de acuerdo con las instrucciones del Secretario General, Sr. Cruz Ocampo. Durante ese año se arreglaron los índices por autor y por materia global y se inició el índice diccionario. Los últimos meses del año el personal se dedicó a la ordenación y embalaje de toda la existencia para su traslado a las nuevas oficinas.

En 1931 se trabajó en la colocación de los volúmenes en la nueva estantería, en la catalogación de las obras que estaban pendientes y de las que llegaron en el curso del año. De resultas de esta labor los 15,028 volúmenes con que cuenta la Biblioteca Central están hoy totalmente catalogados por autor y por materia global. El personal sigue casi por completo dedicado al Índice Diccionario. Las revistas se han catalogado de la misma manera que los libros.

VI. Opiniones sobre la Biblioteca.—La Biblioteca ha sido visitada por muchas personas de la localidad y de la capital y algunos extranjeros que han tenido palabras de elogio o de estímulo para el trabajo que esta sección realiza. El departamento fué honrado con la visita de un Inspector-visitador de la Biblioteca Nacional que después

de inquirir una relación detallada de su organización pidió que se le describiera por medio de una nota.

VII. Atención al público.—Aun cuando, como se ha dicho, el personal ha estado consagrado a la organización interna del Departamento en los años 1929, 1930 y 1931, durante este trienio se han facilitado numerosas obras a profesores y alumnos de la Universidad y se ha atendido en general a todas aquellas personas que han necesitado hacer consultas de carácter urgente.

La atención regular al público se efectuará tan pronto como la Universidad disponga de los fondos necesarios para hacer el duplicado de los Índices y para los demás detalles inherentes a la buena marcha de una sección que empieza a funcionar. Esta atención se hará por un sistema muy práctico de recibos que ya está ideado.

VIII. Personal.—Hasta 1929 el trabajo lo hacía una sola empleada. En Junio de dicho año se creó otro cargo análogo. En Octubre se nombraron dos personas más para la confección del Índice provisional; y en 1931 el personal se aumentó con ocho empleados más, necesarios para el trabajo de catalogación. Con esta planta de doce empleados se han logrado catalogar minuciosamente en la forma antes indicada los 15,028 volúmenes que constituyen la existencia actual de la Biblioteca.

PREMIOS LITERARIOS Y CIENTÍFICOS

No ha olvidado la Universidad la función que corresponde a un establecimiento de su índole en orden a estimular las letras y la producción científica. De este interés da testimonio el acuerdo del Directorio de 24 de Abril de 1929 que instituyó dos premios de \$ 3,000 a favor de la mejor obra literaria y de la mejor obra científica que aparezca cada año.

Para otorgar el premio de Literatura se nombró un jurado que ha

sufrido modificaciones, y que en la actualidad está compuesto por los señores Hernán Díaz Arrieta, Alfonso Bulnes, Domingo Melfi, Enrique Molina y Luis David Cruz Ocampo.

El premio correspondiente a 1929 se otorgó a la obra «El Delincuente», de Manuel Rojas. El de 1930 fué repartido entre los escritores Alberto Ried, Eugenio González, Alberto Romero por las obras «Hirundo», «Más afuera» y «La Viuda del Conventillo», de que respectivamente son autores.

El jurado que se designó para discernir el premio a la mejor obra científica está compuesto por el Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Chile y por los doctores Juan Noé, profesor de Biología de la Universidad nombrada; Carlos Charlin, profesor extraordinario de la misma Institución; Alcibíades Santa Cruz ex-decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Concepción y Ottmar Wilhelm, actual Decano elegido en reemplazo del Sr. Salas Cruz, que terminó su período el año pasado.

Hasta ahora el premio no ha sido otorgado una sola vez, por cuanto se estimó que no ha aparecido en el país ninguna obra que pueda ser considerada de investigación científica, acreedora a tal distinción. Las razones de economía—tantas veces invocadas—determinaron a no consultar en el Presupuesto de 1932 el premio en referencia.

Aunque reducidas en sus propósitos a la calidad de obra destinada a la enseñanza, las «Lecciones de Patología Médica», del profesor Dr. Guillermo Grant, aparecidas en 1930, merecen ser mencionadas en este pasaje de la Memoria por significar una labor inteligente y prolija en beneficio de su cátedra.

VIAJES DE ESTUDIO Y PERFECCIONAMIENTO DE PROFESORES Y COMISIONES ESPECIALES.

En nuestro país no hay estable-

cimientos ni cursos que tengan como finalidad la formación del profesorado universitario. Por lo general, éste se prepara solo, sin más ayuda que la de su título profesional o su vocación. La Universidad se ha preocupado también del perfeccionamiento de sus profesores, de tal manera que en el Presupuesto de 1931 se consultó una partida especial para viajes de estudio, que no se invirtió a causa de la crisis económica... Era el propósito del Directorio mantener normalmente este ítem con lo cual se aspiraba a que los profesores, en contacto con otros centros de cultura extranjeros, enriquecieran la experiencia de sus cátedras y adaptaran a nuestro medio las novedades de interés que se han implantado en otros pueblos. La Corporación ha considerado de vital importancia para entonar el ambiente universitario la posibilidad de estos viajes de estudios. De acuerdo con tan legítimo anhelo comisionó en 1929 a don Luis Silva Fuentes, Profesor de Internacional Privado para que estudiara en las universidades argentinas la enseñanza de su asignatura; y a la señorita Aída Larraguibel, para que hiciera en Europa estudios de Pedagogía montessoriana. Dió a don Pablo Vergara Profesor de Derecho Romano y a don Ricardo 2.º Burmeister, Profesor de Patología General de la Escuela de Medicina, que viajaban por cuenta propia, comisiones relacionadas con sus especialidades. Envió al Secretario General, don Luis David Cruz Ocampo a perfeccionar en Europa los estudios correspondientes a las clases de Derecho y Filosofía que desempeña y a estudiar la organización de Biblioteca y Seminarios. En 1930 comisionó al Dr. Ottmar Wilhelm para que representara a la Institución en el Congreso de Sexología de Londres y en el de Zoología que se verificó en Padua, en Septiembre de ese año; a don Pedro Gigoux, para que estudiara en Europa la enseñanza de lenguas y li-

teraturas extranjeras; a don Samuel Zenteno A., Director de la Escuela de Educación para que se informara ampliamente de la preparación del profesorado en algunos países europeos; a don Arturo Salas Quezada, Jefe del Departamento de Radiodoncia, a perfeccionarse en su especialidad en Francia y Estados Unidos; a don Alberto Herrera Arrau, Profesor de Derecho Civil, a estudiar en París los seminarios de Ciencias Jurídicas.

También en 1930 se comisionó al Dr. José Puga para que ampliara sus conocimientos de Propedéutica en Europa. Por esta comisión el Dr. Puga no recibió ninguna ayuda especial de la Universidad.

A fines de 1929 el Directorio envió a Europa al Director de la Escuela de Medicina a contratar un Profesor de Histología y otro de Anatomía Patológica para los Institutos de ese Establecimientos.

REEMPLAZO DEL SECRETARIO GENERAL

En la ausencia del Secretario General, don Luis David Cruz Ocampo, que duró desde Febrero de 1930 hasta Octubre de 1931, lo reemplazó el Prosecretario General, señor Félix Armando Núñez.

(Continuará).

LOS LIBROS

POESIAS

LIBRO DE POESÍA, de *Da Cunha Dotti*.

Da Cunha Dotti es un joven escritor uruguayo que nos demuestra en su libro (1) la posibilidad de un lírico meritorio no obstante sus continuadas oscilaciones, su permanente incertidumbre que le impide desenvolver con certeza su capacidad poética; sin tener todavía ese sosiego íntimo que da la posesión de las facultades creadoras y expresivas, tan difícil de alcanzar en los años incoherentes y dispersos de la juventud.

He aquí por qué la poesía de Da Cunha Dotti aparece vacilante, disminuída por vaguedades desafortunadas, no teniendo aún la consistencia subjetiva, el compacto dominio de los materiales inferiores. Además, es fácil advertir en ella cierta desorientación, tal vez producida en su autor por el afán de novedad, por el ansia de ir en pos de la conquista de la personalidad de su estricta diferenciación. Pues, a menudo este libro de Da Cunha Dotti se presenta bastante standa-

rizado, manteniendo ecos muy frecuentes en la lírica de estos años. Defecto, es verdad, bien característico y que siempre hace irrupción después de cualquier movimiento más o menos colectivo hacia la renovación estética.

Sin embargo, y a pesar de esta standardización—de sentido actual contemporáneo—hay en la obra de Da Cunha Dotti una sostenida herencia romántica que persiste a través de sus poemas, aunque es visible el esfuerzo del lírico uruguayo por desplazarla, consiguiéndolo escasas veces. Esta herencia romántica hace a su poesía un tanto discursiva, casi elocuente, neutralizando, disminuyendo la calidad de los finos elementos subjetivos—por desgracia, intermitentes—que también emplea Da Cunha Dotti en la construcción de sus poemas. Estos carecen, además, de condensación, de cristalización lírica, aunque nunca dejan de ser emocionados:

Yo lo vi alzarse de la sombra hon-
[da del pecho oh! el verso dolido!
y lo sentí en la garganta de un pájaro
[que viene de volar la noche.
Era el caminante solitario del sueño
[ensombrecido.
Venía del horizonte de la noche por
[la huella de la luna;

(1) Editorial Albatros, Montevideo.

traía el grito hacia adentro del si-
[lencio del camino;
salía de un pozo de soledad caído
[en el fondo del horizonte
y sabía de la tarde agotada y sabía de
[la noche de las sombras crecidas.

Sin duda es el temperamento el que salva a Da Cunha Dotti de la mediocridad y a su libro, del resultado insignificante, pues si es cierto que éste, en conjunto, nada tiene de sobresaliente, algunos aspectos aislados lo hacen estimable. Basta para evidenciar lo que afirmamos, recordar un verso—podríamos aumentar las citas—y que al mismo tiempo acusa la presencia de una sensibilidad de un temperamento:

Escucha esta tarde el gemido que
[madura en mi pecho

y una metáfora que se adhiere a
la piel de nuestra memoria:

Llevare campos en los ojos y cosecha
de pájaros en la garganta.

Confiamos en que el estudio, el cultivo honrado de sus cualidades hará seguramente al correr de los años a Da Cunha Dotti un lírico conseguido.— *A. T.*

SONAJA, por *Max Jiménez.*

«Sonaja» el último libro de Max Jiménez no es sino una iteración de «Gleba», poemario anterior de Jiménez. Iteración en el sentido de la idéntica inopia lírica, de la misma incapacidad expresiva que se manifiesta en «Gleba». Es cierto, puede comprobarse, existe en «So-

naja» un pequeño progreso sobre aquella, pero tan mínimo que no justifica su publicación. Jiménez, indudablemente y esto puede servirle de elogio, ha pretendido superarse, ascender al primer peldaño de la poesía. Pero como esto no es dominio de la volición que a veces ayudada por la cultura, en lo que ésta tiene de higiene, simula presencias auténticas y barniza y transforma superficies, sino de la sensibilidad, el esfuerzo ha sido inútil, pues Jiménez carece de ella. Entonces es fácil inferir su fracaso expresivo o lírico, fracaso que podemos constatar:

Vete, oh día, ¡llévate tu pudor
No te das cuenta acaso
de que turbas mi amor? (PUDOR).

Por rítmica curva nos vamos,
arco que doblan la vida y la muerte.
En ritmo pongamos al Poema Na-
[tura,
rítmico oficio de poetas... (EN RITMO)

Hoy pagamos tributo
a todos los que han sido
nosotros los que aun somos. (HOY).

Estas citas, no las hemos escogido, nos parecen suficientes. Cualquiera se da cuenta del valor que pueda tener el autor de versos semejantes en el panorama poético indoamericano y esto, a pesar de comentarios elogiosos o muy benévolo de diversos escritores más o menos conocidos y estimados como los españoles Benjamín Jarnes y Ramón J. Sender y el francés Adolphe de Falgairolle. Elogios y benevolencias, ciertamente incomprensibles, miradas desde el punto de vista de la calidad estética, pero tal vez muy justificables si tomamos

en cuenta el conocimiento personal de los tres escritores ya nombrados, con Max Jiménez. Falgairolle llega a decir en un artículo lo siguiente:

Ce poeme GRIS et qui est d'argent, de vibrations sereines, de choses menues mais harmoniques, ce poeme servira de modele a des artistes du verbe, en Espagne.

Es demasiado y para probar que nuestra exigencia no es desmesurada vamos a transcribir las primeras estrofas de «Gris», ya que no el poema íntegro, por no abusar de la cita: (*Gleba*, pág. 15).

Cual camina
lentamente
por la selva
oscura y fría
agua en plata
que se aleja
y que se queja
va pasando
suavemente
el día gris
por el gris del alma mía...

Y sentimos
en el gris
de la mañana
cual de selva,
fuente umbría
que nos pasa por el alma
y que deja
un cierto dejo
melancólico y sombrío.
Días grises
que parecen
revividos
de la historia. Etc.

¿Es necesario extender este comentario?—A. T.

PUPILAS DE LA SIMA, Versos de
Julia B. Gadea.

Difícilmente podríamos hallar un libro de iniciación literaria en que

el tanteo ideológico y la pobreza de forma están más en evidencia que en éste.

Si cosa arriesgada fué siempre hacer el pronóstico literario de una vocación que no pasa de ser un entusiasmo juvenil, la autora de «Pupilas de la Sima» (1) dificulta esa tarea en forma tal que la hace imposible.

No es ya la simple y común vulgaridad de conceptos, ni la ramplojería inevitable, en toda obra inicial, ni el adjetivo mezquino que cuadraría a todos los sujetos. Es algo más. Es la falta de claridad para expresar aún las emociones más vulgares, es el desconocimiento casi absoluto de la técnica del verso.

En la mayoría de las composiciones que integran este libro de poemas, la armonía y el ritmo están ausentes de la estrofa, no por un afán preconcebido de romper los viejos moldes de la métrica, sino por pobreza auditiva, que cualquier iniciado en achaques poéticos notará a la primera lectura.

Julia B. Gadea cultiva el verso clásico, y no ha sido arrastrada por el huracán vanguardista. Acaso en el correr de los años logre cierta maestría en la construcción del verso y de la estrofa, que tienen su secreto y su técnica, y acaso pueda también decirnos con claridad y con belleza las emociones que le va dejando la vida. Es joven, y todo es posible.

Como un verdadero hallazgo entre la maleza de sus cantos balbucientes, el poema «Tristeza» mos-

(1) Montevideo, 1932.

trará que en el huerto de esta mujer uruguaya no fué inútil toda la siembra:

Hoy estoy tan triste que me besa
[el silencio y pasa.
Tan triste... que ni el recuerdo me
[salva!
Toda amarga y exprimida como un
[lirio truncado!
¿No hay un poco de ternura en el
[búcaro de tus labios?
¿Con qué riego yo esta frente de tris-
[teza amenazada?
Y se quema sola, sola, la flor que el
[pecho fecundara,
y se bebe lenta, lenta, toda su savia!
Cuando estoy sin consuelo, oh amado
riégame con un beso el alma!

Creemos que, sin pecar de optimistas, y sin que se nos diga que intentamos atenuar lo ya dicho, los versos copiados dejan una esperanza.

BREVES.—A. Rendic I.

Es un acierto indudable el título que este joven escritor de Antofagasta ha dado a su primer libro. Todos sus poemas son brevísimos. Pero también, con absoluta propiedad, pudo llamarlo «Monótonos», ya que su obra adolece de este defecto imperdonable en literatura: la monotonía.

Igualdad de forma, que quiere ser verso sin conseguirlo, y a la larga fastidia con su pobreza repetida, y un persistente y opaco medio tono que no logra levantarse de la vulgaridad fastidiosa.

La difícil sencillez, buscada afanosamente por el autor de «Breves» (1) es aquí miseria de expresión

(1) Antofagasta, Chile, 1932. Imprenta Varas, editores.

y de ideas. Hablar con sencillez no es hablar como todo el mundo: en arte, la sencillez consiste en unir la belleza y la claridad. Y esto no lo ha conseguido el señor Rendic, acaso por inexperiencia, o tal vez por un error de visión artística.

Libro ingenuo, que da escaso margen al comentario, todos sus poemas llevan un consejo, como éste de la página 29 que transcribimos íntegro:

No mientas.
La mentira es hija de la maldad
Tú eres buena:
no debes mentir!

Cuando mientes,
tus ojos se nublan,
la risa huye de tus labios
y se acelera tu aliento.....
Es que tu conciencia
se rebela contra ti
y te reprende.

Tú eres buena:
Procura no mentir

Es evidente que no puede exigirse mayor precisión ni mayor sencillez. Pero en el poema copiado no está la belleza que los poetas dejan en su obra. Y ni siquiera hay un asomo prometedor.

EL ENCANTO DE LA ALHAMBRA.—
Francisco Villaespesa (1).

El gran autor de «El Alcázar de las Perlas», cansado de su lírico y bohemio peregrinaje por América, ha vuelto a España. Y con tesón admirable, no ceja en su tarea insistente de escribir sonetos y sonetos, olvidando que la hora artísti-

(1) J. M. Yagües, editor. Madrid, 1932.

ca de hoy reniega del marco estrecho y de la forma sobajeadada.

Este su último libro trae alrededor de ciento treinta sonetos. En todos ellos están latentes los asombrosos méritos de versificador que ya se le reconocieran más de una vez; pero la emoción y la elegancia de la forma no están en muchos de ellos. Entre todos, nos seduce el que tiene estos cuartetos bellísimos:

Desgarré la pureza de tantos al-
[maizales
y han dejado mis labios tantos vasos
[vacíos,
que ahora cifro mis únicos anhelos
[terrenales
en soñar con los besos que nunca
[fueron míos.

Siempre las mismas rosas en los
[mismos rosales
y los mismos ardores tras los mismos
[desvíos:
todo lo fuí perdiendo sobre los are-
[nales;
y de tedio, en la playa, se pudren
[mis navíos.

Ha incluido el poeta en este libro numerosos sonetos publicados en libros anteriores, como «Jardín en ruinas», «Leila», «Zulima», «Oro Viejo» y otros.

Más descuidada la forma en este libro de hoy que en «Panales de Oro» y «Palabras antiguas» aparecidos hace treinta años, Villaespesa no canta todavía su dolor de vivir. Y los que conocemos su aporreado y amargo vagabundaje seguimos a la espera de su estrofa desencantada.

A un poeta de su nombradía y de sus años sería inútil señalarle pecados que no pueden alcanzar miseri-

cordia, como ese «donde cuando el remanso» de la página 50, propio de un estudiante en sus iniciales arrestos líricos.

Villaespesa tiene ya hecha su labor perdurable en el teatro y en la lírica, y estos desmanes de última hora no pueden dañar su reputación. A lo sumo harán pensar a muchos en su inutilidad.—P. S.

ENSAYOS

UN ESTUDIO MAGISTRAL DE RUBÉN DARÍO.

Rubén Darío, el genio poético de nuestra raza, pasó por el mundo dejando una estela de luz y de piedras preciosas. En 1916 caía agotado por la exuberancia del vivir, y después de haber gustado de todas las esquiciteces y amarguras del placer y de la gloria, volvía al polvo humilde de donde saliera en su tierra natal, Nicaragua. Vióse admirado en el zenit de su carrera por todos los pueblos de lengua hispana, y en especial por la madre de todos ellos, España. Con justicia se le consideró como el poeta-mago de la lengua que fundía en su crisol de alabastro todas las bellezas de Grecia, de Roma, de Francia y de España. Fué un Mesías, redentor del estro poético en la lengua de Castilla. Fué un clásico, un romántico, un inspirado profeta que trazó nuevas rutas al arte de la poesía, y aún al de la prosa. En él hallaron expresión adecuada y nueva los sueños y mitos helénicos, la elegante sensibilidad

francesa, la caballería épica castellana, la sensibilidad ardiente de los habitantes del trópico. No funda escuela, porque el genio es único e individual. Pero su influencia produce la renovación más profunda que se haya visto en las letras hispanas. Le siguen e imitan en ambos continentes discípulos a tropel. Las hordas modernistas avanzan, y en la confusión que producen la novelaría y la imitación mecánica, por parte de las escuelas nuevas, de los moldes inmortalizados por el genio queda desorientado y desilusionado el espíritu. Así es que la obra de Rubén Darío, única, inmortal, se agranda más y más, según va pasando el tiempo. La figura del gran poeta adquiere ya justas proporciones y se nos va presentando con toda su grandeza y con todas sus imperfecciones, que lejos de menoscabar su gloria, redundan en cariño e interés.

Mucho se ha escrito sobre Rubén Darío. Mucho bueno y mucho mediano. Pero faltaba un estudio completo, sereno e imparcial, de su vida y de su obra: un estudio que nos presentara una vista local, objetiva y desinteresada de la obra del gran maestro. Y este estudio acaba de ser hecho por una de las figuras más salientes y de más esperanzas en el campo de las letras y de los estudios hispanoamericanos: el señor Arturo Torres Rioseco. Este joven catedrático de la Universidad de California emprendió hace años una labor de investigación comprensiva y cariñosa, estudiando la vida y obras del gran vate modernista. Los resultados de sus

excelentes dotes de estudioso y de crítico los vemos en su última obra *Rubén Darío, Casuismo y Americanismo* (Harvard University Press, Cambridge, Mass. 1931.)

Nadie mejor capacitado que Torres Rioseco para presentarnos la grandiosidad y la majestad, el significado de la obra dariniana. Nadie mejor que él para hacernos ver la figura humana del genio, con todas las luces y sombras de su vida. Poeta, ensayista, catedrático, Torres Rioseco ha puesto en su libro todo el cariño de su alma de poeta, y toda la penetración aguda de su mente crítica. Los amantes de las letras españolas e hispanoamericanas debemos felicitarnos de que el libro magistral de este intérprete de Darío haya sido patrocinada por la Universidad de Harvard y de que ésta la haya dado a luz en su autorizada serie de publicaciones del «Harvard Council on Hispano-American Studies». Esto contribuirá grandemente a dar prestigio en las Universidades norteamericanas a los grandes valores modernos de nuestra lengua, tan poco conocidos por estas tierras.

Pasemos a analizar el libro de Torres Rioseco.

Divide su obra en dos partes. Comprende la primera una biografía completa, críticamente establecida, de Rubén Darío. Corrige y rectifica con datos pacientemente recogidos de muchas fuentes privadas, errores e inexactitudes corrientes en muchos libros y aun en la propia *Autobiografía* de Darío. Le despoja de detalles legendarios que se crean inevitablemente en la ca-

rrera de todo grande hombre. Nos presenta en todo su horror brutal, pero exacto, las debilidades y flaquezas de aquella alma grande, pero que no por ser grande y remontarse a las alturas inmortales dejaba de ser humana, flaca y pecadora. Vemos a Darío, como un genio extraordinario que asciende al Olimpo de los dioses en alas de su inspiración, y de su arte mágico, con su corazón de oro, su alma de niño bueno y sus aspiraciones ultraterrenas y helénicas. Le vemos como un ángel caído, vaso de barro al fin, luchando intermitentemente con los tres enemigos suyos, la carne blanca y rosada, el alcohol inspirador de sueños, y la fe religiosa que le fustiga en sus horas de remordimiento y de anhelos divinos. Le conocemos de niño,—niño precoz, niño prodigio—vemos su formación y crecimiento culturales, asistimos a la aparición de su estrella luminosa en *Azul*, seguimos su carrera turbulenta y azorada por ambos mundos, nos deleitamos con él en el apogeo de su gloria y en los maduros frutos de su numen en *Cantos de Vida y Esperanza*, y le vemos descender, poco a poco, al ocaso de su vida, como astro glorioso que muere, que se apaga y oculta entre los claros rojizos y negros del crepúsculo.

Y todo esto relatado con una continuidad encantadora, con una sobriedad y sencillez de expresión que hacen resaltar más el retrato fotográfico y objetivo que de Rubén nos hace Torres Rioseco. Es verdad que en muchos incidentes y ocasiones de la vida del poeta quisiéramos

leer más datos, quisiéramos hallar más subjetividad, más intimidad psicológica para comprender mejor a aquel espíritu atormentado e inquieto.

Quizás el criterio serio y severamente crítico que adopta el biógrafo le impide introducir adornos y minucias más o menos verosímiles que se hallan en otras obras. Pero hay que confesar que la personalidad del poeta se destaca vigorosa y definida en las páginas de esta biografía; y al terminarla sabemos que no desconocemos ningún detalle importante de su vida. Le conocemos como un ser mental y psicológicamente extraordinario, con todas sus gestas de héroe, de poeta eterno y de esclavo de la carne. Sus flaquezas nos interesan tanto como sus genialidades.

El interés humano que despierta la vida del gran Rubén es tal que absorbe y cautiva el espíritu. Algún día nos podrá dar el catedrático chileno de la Universidad de California una semblanza de Darío más íntima, más detallada, más psicológica y subjetiva, que trace el desarrollo psicológico de su alma, pagana y a la vez cristiana, conjuntamente con el desenvolvimiento de su inspiración y de su arte revolucionario, musical y avasallante. Es decir, en vez de considerar la obra de Darío independientemente de su vida, habría que estudiar su vida y su evolución interpretadas a la luz y en consonancia con sus obras, según iban apareciendo en el transcurso de los años. Ello nos daría un conocimiento más completo de la vida íntima, de los sufrimien-

tos, de los goces, de los afectos y de los temores de aquella alma tan americana y tan española, y a la que solamente vislumbramos ahora a intervalos, ya con luz tropical y versos de fuego, ya con sombras veladas de crepúsculo, pero muchas veces oculta en sus torres y castillos de marfil, cuando leemos aisladamente las joyas poéticas que labró su mente en los momentos culminantes de su vida.

Casticismo y americanismo en la obra de Rubén Darío es el título que da Torres Rioseco a la segunda parte de su libro. Título modesto. Los siete capítulos que la componen son un estudio crítico y un análisis detallado de los principales temas relacionados con la obra del poeta nicaragüense. En cada uno de los capítulos encontramos dilucidadas cuestiones que han preocupado y preocupan a muchos estudiosos de nuestra literatura. La documentación y serenidad de juicios del escritor chileno nos dan la impresión de que hay poco que añadir en substancia a lo que él nos dice.

Estudia el casticismo español de la obra poética de Darío, su cimentación en el arte de los principales poetas castellanos, sus innovaciones y resurrecciones métricas, que no fueron esclavamente imitadas del francés, sino inspiradas en la antigua poesía española. Rectifica y pone en claro la cuestión de las muy ponderadas influencias francesas, un tanto exageradas y mal comprendidas por algún escritor que otro. Darío aportó a la poesía castellana la sensibilidad, la claridad y el espíritu refinadamente artístico de

Francia, pero sin dejar de tener su alma empapada en la tradición castellana, cuando los fundamentos de su arte poético descansaban ya sobre los preclaros modelos cantores del alma hispana, el poema del Cid, Berceo, el Marqués de Santillana, Boscán, Garcilaso, Góngora, Lope de Vega, Tirso de Molina, Espronceda, Becquer, Zorrilla y Núñez de Arce. Sólo el genio inmortal de Darío fué capaz de permanecer castizo y de transformar al mismo tiempo la poesía castellana, infundiéndole nueva vida, trazándole derroteros no trillados, enriqueciéndola con formas y esplendores no imaginados, aportando a ella las bellezas eclécticas de un mundo renovado, primitivamente sensible, ansioso de símbolos y armonías exóticas, refinadamente pagano. El capítulo que Torres Rioseco dedica a la generación del 98 demuestra cuánto debe al gran maestro la falange de poetas y escritores que han dado gloria a España en las tres últimas décadas. Más de lo que muchos empedernidos querrán reconocer.

El estudio del americanismo en la obra de Rubén Darío consta de dos capítulos bien pensados y escritos. Dejó de ser verdad lo que Rodó dijo de Darío en época temprana, «no es el poeta de América». Abarcando en conjunto su obra total, prueba Torres Rioseco que Darío fué el poeta de América por su sensibilidad nueva, por su catolicismo artístico, por ser eco y portavoz del alma hipersensitiva de Hispano-América, por las huellas que en su espíritu dejaron el pai-

saje y la naturaleza tropicales, retratados y sentidos en muchos de sus versos. Algunos lectores o críticos minuciosos quizás no queden convencidos del americanismo de Darío. Pero estas divergencias de opinión revelarán solamente diferentes actitudes de opinión y sentidos de palabras, sin afectar a la substancia de los juicios. Si al decir que Rubén Darío fué el poeta de América queremos decir que cantó principal y exclusivamente al continente americano, que fué el producto de elementos y arte indígenas, que escogió como temas de sus versos los misterios y la vida de los trópicos o de las pampas, naturalmente hay que decir que no fué él el poeta de América. Torres Rioseco no nos habla en este sentido. Si Darío hubiera sido el poeta de América en el modo dicho, no habría llegado quizás a las alturas que llegó en su arte tradicionalmente castizo a la par que universal, ni hubiera sido por excelencia el poeta predilecto en los tiempos modernos donde quiera que se habla la lengua de Cervantes. El verdadero genio poético no reconoce fronteras de inspiración ni de arte. Pero con todo, el genio de Darío es herencia de América, es el vestigio secular de los conquistadores, guerreros y poetas del nuevo mundo, el renacimiento de todo lo grande de la madre España, la versión hispana de todas las corrientes artísticas, de todos los aires clásicos y modernos que de Europa llegaron a las naciones americanas. Sin América, sería difícil explicar la brava sensibilidad, la dulce melancolía, el goce tropical

de la vida que hallamos en Darío. Y, aunque relativamente pocos, no faltan en sus poesías los temas americanos, *Caupolicán*, *Walt Whitman*, *Allá lejos*, *Momotombo* y el *Canto a la Argentina* son algunos ejemplos.

Es, pues, Darío, el poeta de América, porque es él quien mejor cantó los sueños y las aspiraciones de su raza, quien vió con ojos de águila y sintió con alma de gigante—alma india, alma española, alma pagana—las bellezas, las tristezas y las alegrías de las diferentes civilizaciones que constituyen la comedia humana. Gloria y prez de América es Rubén Darío. De América salió, a América volvió a morir. América le dió el secreto de su poesía revolucionaria y avasallante, con la herencia, con el ambiente, con la tradición española, con el paisaje, con la religión, con la cultura transformada de muchos siglos. Y a pesar del cosmopolitismo y del interés universal de su poesía, siempre veremos en él al indio chorotega, al español ingertado en americano, al símbolo y figura de la raza hispana que revela matices nuevos y fuerzas ocultas en el ambiente renovador de Hispano-América.

Resumiendo. Definitivo y completo—dentro de los límites en él fijados—es el estudio que en su libro nos ofrece Torres Rioseco. Su lectura aclara solaza y estimula. Al terminarla, tenemos una comprensión clara y serena de las influencias y del significado de la obra del inmortal Rubén. Cada capítulo es una joya, y cada joya va engarzada en prosa deliciosa. Torres Rio-

seco nos encanta con su lenguaje, que fluye tranquilo, sobrio y rico a la vez. Nada de efusiones rimbombantes, ni de frases huera. Su pluma—pluma de poeta y de artista—se desliza suave y sencilla, impulsada por el juicio claro del crítico estudioso y alentada por el cariño hacia el más grande de los poetas que América ha dado al mundo.—*Hermenegildo Corbató*, (Universidad de California en Los Angeles).

INTRODUCCIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA.— (Lección inaugural dictada en la Universidad de Chile el 25 de Abril de 1932) por el Dr. Juan Marín.

Catedrático de la Universidad de Chile en el ramo de Historia Médica, el doctor Juan Marín posee, acaso como ninguno de sus colegas, la facultad no común de atraer a su auditorio y de interesarlo vivamente en el motivo no siempre ameno de sus lecciones.

Esta cátedra, establecida en casi todas las Universidades del mundo, fué creada en Chile, hace apenas seis meses, y se cumplirá con ella tarea muy útil, ya que extenderá los conocimientos del médico, mostrándole los orígenes y el desarrollo de la profesión que ejerce.

Es cosa increíble que sólo ahora se haya reparado en la necesidad de fundar esta cátedra de la Historia de la Medicina, como si el arte de curar las enfermedades no tuviese ligazones con el pasado y no respondiese su desarrollo actual a

una larga experiencia de siglos y de razas.

Acaso entre los médicos chilenos sea el doctor Juan Marín la personalidad de más relieve en el campo de la cultura general. Novelista de imaginación, poeta original, crítico de arte, todas las manifestaciones literarias le cuentan entre sus adeptos más decididos, sin que su labor en las letras haya aminorado su gran prestigio de cirujano inteligente.

Bien elegido, pues, el catedrático, como lo demuestra, además de todo lo dicho, esta conferencia (1), cuya claridad de exposición y cuya amenidad fueron aplaudidas con justicia en el Salón Universitario.

Todo el que desee conocer una historia sucinta del desarrollo de la Medicina hallará en este folleto que publica el doctor Marín un guía insustituible.

LA ESTÉTICA DEL BARROCO.— *Augusto Arias*.

Quien cogiese este libro de Augusto Arias, el delicado poeta de «Poemas Intimos» con el propósito de estudiar la estética barroca, sufriría un desencanto inesperado. Y no es que el poeta ecuatoriano ignore, o no explique con claridad las características inconfundibles del barroco. Es algo más. Augusto Arias estudia en este folleto «La estética del barroco» (2), el desarrollo de la poesía ecuatoriana,

(1) Imprenta de la Armada, Santiago de Chile, 1932.

(2) Talleres Tipográficos Nacionales. Quito, Ecuador, 1932.

desentendiéndose por completo del asunto que el título deja esperar.

Con profunda agudeza, y con verdadero conocimiento de la lírica ecuatoriana, da en las cincuenta páginas de su folleto una visión cinematográfica del movimiento lírico de su patria, desde la Colonia frailuna hasta el actual Carrera Andrade.

Vemos así a Juan León Mera, y a Olmedo, y a Baquerizo Moreno, y a Crespo Toral, y a Borja, y al atormentado Medardo Angel Silva. Juzgados con acierto todos ellos, acaso con un poco de chauvinismo no disimulado, nos va mostrando cómo los poetas del Ecuador, a través de épocas bien distintas, han sabido conservar en su obra el buen acento autóctono, aun aquellos que sufrieran, como casi todos los poetas de América, la influencia bien marcada de los simbolistas y de los parnasianos franceses.

En bello estilo, sin rebuscamientos de adjetivación a que son tan dados los dómines de ahora, Augusto Arias logra hacer el panorama de la poesía en el Ecuador, así, sencillamente, sin decirnos que fijará valores y destruirá ídolos de barro. Y tal vez por esto mismo, por su carencia absoluta de petulancia literaria, su estudio se deja leer con agrado constante.

MARGINALIA MODERNISTA.— *Manuel Pedro González* (1)

En su número de Abril de 1931, la revista «Nosotros», de Buenos

(1) Ediciones de la «Revista Bimestral Cubana». La Habana, 1932.

Aires, publicó un artículo de Antonio Aita «El significado del modernismo» artículo que originó una brillante y apasionada polémica entre su autor y Manuel Pedro González, el conocido escritor cubano que reside en los Estados Unidos de Norte-América.

«La Gaceta Literaria» de Madrid, publicó la réplica de González, en su número de Agosto del 31, réplica que mostraba al escritor argentino la poca originalidad de su trabajo, señalándosele a Goldberg y Arturo Torres Rioseco, como las fuentes no declaradas que dieron origen a su estudio en «Nosotros».

Con estilo brillante y dialéctica, poderosa, Manuel Pedro González analiza el trabajo de Aita, desmenuzándolo sin piedad, aunque la suavidad de la forma encubra el ataque a fondo.

Creemos que González ganó la partida.— *C. P. S.*

EL ARTE CONTEMPORÁNEO, *por Julio C. Salcedo.*

El autor de este Ensayo sobre el Arte Contemporáneo (1), ha aceptado, algo tardía, pero cumplidamente, la «invitación a comprender» que don José Ortega y Gasset hizo a los escritores en un capítulo de La Deshumanización del Arte. Y ahora, nutrido su espíritu de comprensión, nos da a nosotros, silenciosos espectadores, las sabrosas impresiones del metafórico banquete...

Ordenadamente, como los sucesi-

(1) Edición Sud-América. Valparaíso.

vos platos de un menú, con clara y docente lógica—esa lógica a la que ha jurado enemistad eterna el nuevo arte,—el señor Julio Salcedo nos va mostrando a través de propias y ajenas argumentaciones, la existencia y atributos de ese arte de trascendental «intrascendencia» y nos va resolviendo, según consecuencias, las distintas cuestiones que a él se refieren.

Según lógicas consecuencias. Bien. Pero, nos parece que Julio Salcedo ha partido de bases falsas o no bien establecidas. Que existen hoy un arte nuevo, distinto del de ayer, es sólo una verdad aparente. En el fondo, todo arte es, y será siempre, el mismo. Si es arte. Sólo cambian los aspectos y tendencias. Que las causas y tendencias del arte contemporáneo sean las que el autor de este Ensayo le atribuye, eso, nosotros no alcanzamos a comprender muy claramente. Mucho se ha escrito sobre esta incógnita, y muchas y muy diversas son las conclusiones a que se ha llegado. Bajo las sombras influenciadoras de Spengler y de Freud, han crecido novedosas teorías estéticas, que se enredan y entrecruzan por el campo extenso de la especulación. De esta manera se tiende a formar una preceptiva apriorística del nuevo arte; se hace de él, en vez de un examen, un programa; en vez de una orientación, una determinación. Y el arte, según Schopenhauer, debe excluir todo fin pre-determinado.

Este generoso esfuerzo por el arte moderno, puede tener, sin embargo, grávidas consecuencias. Des-

de luego, en el mismo arte nuevo, una depuración—imprescindible—y una ponderación y cristalización de ideas y conceptos. Y en el arte en general, el «subconsciente germinar de una nueva inquietud, de ese grano de inquietud, caído en tierra propicia...»

Además del valor estimulante que el libro de Julio Salcedo tiene en este sentido, hay que reconocerle la imparcialidad y al mismo tiempo, el convencido entusiasmo con que el autor examina tan intrincado problema. Trata de justipreciar, como anotamos más arriba, y lo consigue, unilateralmente, los aspectos del arte nuevo, y los motivos de su desligamiento del viejo tronco del romanticismo. Todo, con el noble espíritu de quien ama, pero no desea las cosas... Punto largo de considerar sería éste. Nosotros creemos, por el momento, que, más que una imperativa necesidad estética, fué «cierta escandalosa novedad» la que dió a luz a este hijo.

¿Qué es, en verdad, el llamado arte contemporáneo? ¿A dónde va? Se nos dice que es un arte deshumanizado, desintelectualizado e inoportunamente humorista; que trata de evadirse de la realidad cotidiana, y se repliega en el Sanctasantórum del espíritu. ¿De qué nos va a hablar este arte, desde el sagrado asilo? ¿Qué palomas de advenimientos va a echar a volar sobre nuestra triste realidad en expectación? ¿Con qué palabras de siete sentidos nos va a revelar el material reinado de lo inmaterial?... Pues, nos va a hablar de unos rayos que semejan metros de carpinteros; de unas as-

tutas estrellas apaches, y de otras cosas, muy humorísticas, y... muy materiales... Y la poesía, ¿dónde está? ¿Dónde está lo subconsciente en estas metáforas de primitiva imaginación?

¡«Nihil novo»!... Mientras en el nuevo vaso—vacío—no se nos dé el nuevo licor, que nuestra sed también espera, seguiremos bebiendo en el viejo vaso henchido, del romanticismo...

Pero debemos insistir gustosos en el mérito intrínseco de este libro, escrito con cabal conocimiento de doctrinas, desarrollado con expositivo método, y, sobre todo, concebido con honrada intención estética. Con honrada, aunque, a nuestro parecer, errada; pues creemos, en desacuerdo con la idea capital del autor, que ninguna percepción estética puede ser facultad meramente espiritual, ajena a función orgánica, por la sencilla razón—¡siempre la razón!—de que todo concepto de belleza deviene necesariamente de una percepción original de los sentidos.—*Guillermo Koenenkampf*.

CUENTO

L'ENFANT DE LA HAUTE MER, por
Jules Supervielle.

La potencia poética de Jules Supervielle se identifica en estos relatos con una especie de mágico despertar, con la repentina iluminación de un mundo que se levanta al lado de cada cosa y en cada acto del ser humano, pero cuya atmósfera de obscura presencia y de difícil

acceso no se expande sino al contacto de la poesía. A este acto de expansión del ser entre las cosas, súmase el reflejo vivo de ellas, el latido de sus misterios, de sus ritmos y de sus leyes. Esta excursión del pensamiento por las fronteras ni próximas ni lejanas de la supervivencia, entra en los relatos de Supervielle con su definitivo vigor de magia y de revelación, de tal manera que el mundo siéntese invadido por el rumor de los sucesos y de los seres que acaba de perder, pero que se han quedado flotando en la estructura de la memoria y de las cosas. Del mismo modo esta breve supervivencia se anticipa, por ejemplo, en los cuerpos que están a punto de perecer, pero que, por el repentino derrumbe de un acto o de una pasión, no son ya sino sombras inclinadas hacia su demasiado próximo fin.

Esta etapa, póstuma o anticipada, de ciertas existencias es la que ha encontrado su perfecta imagen en el mundo de estas páginas. La fuerza y la dulzura de los símbolos y el pulso humano que oscilan en la poesía de Jules Supervielle, permiten un fácil contacto con las más bellas leyendas del mar y de la tierra. La constante iluminación interior del hombre inclínase casi siempre a sentirse reflejado en la no del todo accesible imagen de los mitos. Por eso en este libro existe, preferentemente, la intención de penetrar en el clima dulce o terrible que viene de la muerte. Y es admirable la realización del sentido mítico de Supervielle en estas zonas de éxtasis o de pánico.

Así, por ejemplo, en el relato *L'Enfant de la haute mer*, aparece una pequeña ciudad sobre el océano, ciudad donde una niña descubre con asombro y lentitud todo lo que deslumbra la infancia y que ella acaba justamente de perder. «¿Cómo habíase formado esta calle flotante? ¿Qué marinos y con ayuda de qué arquitectos la habían construido en el alto Atlántico, en la superficie del mar y sobre un abismo de seis mil metros?». Luego, la vida recobra de nuevo su sentido y sobre esta calle del mar la pequeña náufraga cólmase de pequeños sucesos y cosas y su pensamiento trabaja en una ilimitada admiración y goce de mundo tan imprevisto. A veces escribía largas cartas con noticias sobre su existencia y la de su calle, cartas dirigidas a nadie y que ella arrojaba al mar «no para librarse de ellas, sino porque eso debía ser así y posiblemente a la manera de los náufragos que entregan a las olas su último mensaje en una botella desesperada». Y página a página, la existencia de esta niña no es otra cosa que una bella y terrible fábula flotando al paso de los barcos en alta mar.

Del mismo modo, esta supervivencia se manifiesta en *La desconocida del Sena*. Una mujer de diez y nueve años se arroja al Sena desde el Puente Alejandro. A los pocos minutos la ahogada se dice: «Creí que permanecería en el fondo del río, pero he aquí que asciendo». Ya a flote, las aguas la llevan cada vez más lejos de París. Y de pronto, un nuevo pensamiento: *Alcanzar el mar*. Y flota, flota, repitiéndose:

«Si pudiese alcanzar el mar, yo que ahora no temo a la ola más alta». Hasta que, por fin, su cuerpo entra en el océano donde un extraño habitante la arrastra consigo hasta las arenas profundas. Allí es recibida por algunos seres «fosforescentes» que le hablan con la cordialidad propia, sin duda, de los pobladores del fondo del mar: «Confíe en nosotros. Su error, crea usted, consiste en querer respirar todavía. No se espante tampoco al sentir en usted un corazón que no palpita casi nunca o solamente cuando se engaña. No hay nada que temer. Siente como le vuelven las fuerzas?» «Ah, siento que me voy a desvanecer...», responde la ahogada. Y esta escena se prolonga con un dulce lenguaje, con un lenguaje, justamente, del sueño. Ya la ahogada ha entrado en una nueva existencia y su pensamiento trabaja en conjunto con las palabras y los actos de sus nuevos amigos. A veces, una pregunta: Y los barcos que corren se ven a menudo?» Hasta que—¿no le basta al ser traspasar las tinieblas?—esa vida de tan extraño contenido se le hace insoportable y huye a la superficie. «Morir, por fin, enteramente, pensaba ella, elevándose entre el agua. En la noche marina sus propias fosforescencias devinieron demasiado luminosas hasta extinguirse para siempre. Entonces su sonrisa de errante ahogada volvió a los labios. Y sus peces favoritos no vacilaron en escoltarla, quiero decir, en morir sofocados, a medida que ella alcanzaba las aguas menos profundas».

La sobria escritura de este libro

continúa de este modo reconstruyendo el misterio de las más bellas historias de cuerpos errantes por el mar y la tierra. Nunca, como en estas páginas, se han hallado más cosas en el país de la nada.—*Rosamel del Valle.*

VIAJES

AIRE INDIO, por *Paul Morand.*

Gracias a la iniciativa de la Empresa Zig-Zag, de editar a bajo precio obras extranjeras de reconocido valor, podemos, en parte, salvar los perjuicios que para la cultura de un pueblo significa la imposibilidad de traer libros. Sabemos que ello se debe al exiguo valor de nuestra moneda y a las trabas que ponen las autoridades, que ahora como siempre, poco o nada se preocupan del cultivo del espíritu.

No pocas revelaciones nos ha dado la Empresa Zig-Zag con sus ediciones. Citemos el caso de *Vuelo de Noche* de Saint-Exupery, el novelista aviador, que con elementos tan deshumanizados como el aire, la nieve y las sombras ha escrito una hermosa novela corta, donde hace vivir el paisaje andino en descripciones breves y evocadoras, exentas de esos detalles minuciosos, topográficos, a que son tan inclinados nuestros escritores. Y recién aparece en una excelente edición e impecablemente traducida, la última obra de Paul Morand (1), en la que este buceador de sensaciones exóticas y pintor de cielos internacionales, cuenta las impresiones que su

(1) Editorial Zig-Zag. Santiago.

pupila inquieta de viandante literario, recogió en su viaje por Indo-América.

Traspuesto el pórtico de un prólogo laudatorio de Luis E. Délano—traductor de la obra,—iniciamos su lectura no sin desconfianza porque sabemos, que fué tan rápido el viaje de Morand por estas tierras, que toda impresión que de ellas dé, tendría que resentirse de superficial y arbitraria. No obstante, pronto desvanecemos tal juicio anticipado, pues Morand se manifiesta discreto en sus apreciaciones objetivas y sólo divaga latamente cuando la naturaleza o el arte autóctono le han herido su retina de artista. Así, apenas si alude a nuestro país, donde estuvo poco más de 48 horas, y sólo dice concretamente que el Club Hípico de Santiago es el mejor del mundo. En cambio a la Argentina le dedica la mayor parte de su relato, ya que fué en ese país donde estuvo más tiempo. Buenos Aires, desde el barrio trashumante de la Boca, donde nació el tango, hasta el aristocrático paseo de Palermo, vibra coloreado bajo su animada descripción. Pero es la pampa infinita la que adquiere con sus palabras todo el vigor de su grandeza y desolación.

«Marea sin profundidad, mar sin mareas. Tristeza de esos pocos árboles de follaje colgante, glicinas, sauces, y de esos curiosos e innumerables arbustos que semejan a la presilla, a la felpilla de los muebles.»

Su estada en Lima le da motivos para exhibir su pasión por lo exótico y arcaico, y allí donde ve una piedra labrada o un techo artesonado, exhuma leyendas incaicas o

pasiones virreales. Así vemos cruzar fugaz, a través de su evocación, la figura galante de la Perricholi, aquella por quien don Manuel de Amat, el gran virrey, andaba a gatas.

Morand no se limita a crear imágenes aladas, dar impresiones cinematográficas del paisaje y decir que este es el Continente del aire, cruzado por millares de especies de aves pintarrajeadas de colores inverosímiles, sino que logra penetrar en nuestra psicología de pueblo primitivo, y mal que nos desagrada, mide con exactitud nuestra poquedad imaginativa de eternos derrocadores de gobiernos y de soñadores incorregibles con un París erótico y bohemio.

«Desde los «tristes» (los «blues» de la América hispana) hasta los «saudades» del Brasil, en materia de música, el continente llora y añora. Los indios lloran al Inca con sus flautas que son tibias humanas perforadas; los negros de Brasil lloran al Africa (a pesar de que han salido ganando en el cambio); los elegantes de Palermo (digamos nosotros de la calle Huérfanos) lloran, a Picadilly, los intelectuales lloran a Moscú, las mujercitas lindas a París...» Para testimoniar esta impresión de Morand, citemos el caso de aquel mulato venezolano que jamás había salido de su terruño y que escribió un soneto titulado *Nostalgias del Trianón*.

En verdad, Morand penetra en nuestra psicología de indios tristes; y no oculta su admiración por el blanco (vale decir en este caso el yanqui). Al cruzar la Zona del Canal pudo distinguir claramente las dife-

rencias que hay entre los pueblos de origen español y los de origen sajón. Una calle separa a Colón de Cristóbal, como quien dice dos civilizaciones.

Morand no sólo se limita a constatar las diferencias que hay entre ambos Continentes, sino que supone al nuestro colonizado por los nórdicos, presentándolo como modelo de organización y progreso; y termina su construcción imaginativa con esta frase: «Todos los estados de América del Sur pagan sus deudas». Los franceses, tan gentiles y afables, que planean al parecer en regiones de arte y de poesía, nunca dejan de perder la visión de las realidades, sobre todo cuando se refieren a sus deudores... Pero ello no ha impedido que Paul Morand escribiera un hermoso libro sobre Indo-América.— *Milton Rossel*.

NOVELA

ANTE UN NUEVO QUIJOTE.

La traducción al francés y su edición por las escogidas prensas de la N. R. F., del libro de Jaroslav Hasek, «El bravo soldado Chveik» ponen a la vista del más exacto occidente europeo una obra que hasta hoy estuvo limitada por el conocimiento idiomático, a la Europa Central. (1)

Hasek, muerto joven hace unos años, era un bohemio en el doble sentido del vocablo: Bohemio de la Bohemia geográfica, comprendida

(1) Jaroslav Hasek. «*Le Brave Soldat Chveik*». Traduit par Henry Hobejsi. Nouvelle Revue Française. París.

hoy en Checoeslovaquia, y de la otra bohemia, con minúscula, que dejó como residuo el Romanticismo, donde los artistas y escritores cifraban su independencia vital: descuido, despreocupación, desprecio. Todo negativo. El prefijo lo abona.

Su obra tuvo el éxito burgués, a pesar de su intención, que cabe a todas las obras de caricatura. Luego, más tarde, es cuando entrañándose por ellas, se descubre el sentido esotérico y se interpretan, por la minoría, a su antojo.

La acción de «El bravo soldado Chveik» data de la gran guerra. De cuando la Checoeslovaquia no era más que una parte —con ansias de separación— del gran imperio Austrohúngaro. En todos los nacionalismos más o menos oprimidos hay siempre un elemento centralista, que contrasta con el ímpetu autónomo del país y que se basa en un idealismo de grandeza y unión fuera de lo racial, pero lleno de realidades. Este aspecto fué lo que pretendió criticar, duramente, el checo Jaroslav Hasek. Su héroe, soldado del Imperio, sueña con las grandezas. Vive para servir a la familia imperial, desde las trincheras. A él—vendedor de perros *camouflés*, como un gitano andaluz de burros retocados— se le aparece un ideal aprehensible desde el momento en que a pesar de su antigua inutilidad, es llamado a filas por falta de hombres mejores. Pero ese ideal se estrella contra las realidades que le rodean: Primero, que lo pongan al servicio de oficiales, transformándolo en camarero. Segundo: que le nieguen en las reta-

guardias la ocasión de distinguirse. Por último, que los castigos abrumen su expansión y la tronchen.

El libro se anuncia como un nuevo Quijote, como el Don Quijote checoeslovaco. Nada más peligroso para un país naciente, que la resulta de la extensión en lectura del libro quijotesco.

El gran Quijote, don Alonso Quijano el Bueno, que literariamente llena un ciclo, no es tan satisfactorio en sus consecuencias sociales. La genialidad cervantina, como ahora la de Jaroslav Hasek, provienen del fastidio y el fracaso de ideales más altos. Si Cervantes hubiera seguido siendo el soldado de Lepanto y no hubiera vivido rodeado de incomodidad, privación y olvido, no hubiera escrito el Quijote de la manera que lo escribió. Nadie puede penetrar en ese derrotero de lo que pudo haber sido y no fué, pero las consecuencias quijotescas que llenaron a España, más que buenas, fueron perjudiciales. Las llaves que Costa quería echar al sepulcro del Cid, habría que echarlas hoy (en esta nueva España que se fragua) al Quijote. Nada más que literatura. Como libro de observación, extraordinario. Más como libro de enseñanza, perjudicial. Ya lo notó Lope de Vega. Y en 1905, Maeztu, mucho antes de ser sospechoso de su transición actual, consideró el Quijote como un libro impropio para los niños de las escuelas españolas.

En cualquier otro país—como Checoeslovaquia— el Quijotismo podría traer las mismas secuelas desilusionantes. Hay que darse

cuenta que el quijotismo (y el donjuanismo) también, no son más que experimentos inimitables. La sed donjuanista de nuestros abuelos, ha decaído hasta que el nuevo Don Juan sueña con ser peliculero, estrella. La secuela del Quijote, trae aparejada una desilusión emprendedora que mata.

Por eso, ante la obra de Hasek, (cuyo protagonista, para mí tiene mucho de Sancho Panza) el peligro de estrellarse contra molinos de viento, tomándolos por gigantes, recrudece la idea sonámbula del falso caballero andante.

Bien está transportada, hoy día, a la Europa Central, la psicología empañada del Caballero de la Triste Figura. Allá ellos y su experiencia. Pero en la España de hoy, el Quijote sobra como enseñanza. Hay que resucitar otra cosa: Quizás el sentido calderoniano de la vida. O tal vez el sentido primitivo, puro y radical, incontaminado, de tradición, casi aborigen, que Azaña, con su fino sentido de gobierno, quiere resucitar.

Y lo que se dice para España se dice para países de tradición hispánica. La herencia de Colón, desde el momento que fué una reali-

dad, dejó de ser quijotesca. Recientemente ha salido la edición española del «Cristóbal Colón, Quijote del Océano», de Jakob Wassermann, el autor de «El caso Maurizius»—Colón pudo ser quijotesco hasta que se metió en la carabela. Desde aquel momento, al no tomar por islas las nubes, dejó de serlo. Por eso la obra de Wassermann debía reducirse en los últimos capítulos. Desde que el Almirante desembarca, y pisa, con talón recio, tierra firme. Hasta ahí el Quijote.

Lo que dejó este navegante de herencia de realidades, se llenó después, entre otras cosas de Quijotismo. Pero mucho después, como España.

Ahora los tiempos son otros. Ni aun en Checoeslovaquia debe cuajar más que como probeta de experimentación, el sentido vital del soldado Chveik.

El único Quijote actual, simpático y triste, admirable, es Carlos Chaplín en sus producciones. No creo que de estos films se vaya a sacar un sistema social. Solamente pudiera salir de ellos—porque son magníficos—una idea de arte. De arte desligado, sencillo. Nunca otra cosa.—*José María Souviron.*

GLOSARIO

A don Enrique Molina le ha correspondido, en América la medalla Goethe, concedida por el Presidente alemán a los que más se distinguieron en el mundo en la conmemoración del centenario del gran poeta. Demasiado vinculado a esta Revista que él anima desde hace años con el fervor y la generosidad de un noble espíritu, no podemos dejar pasar esta oportunidad sin el comentario correspondiente. La Universidad de Concepción dedicó una semana a la conmemoración de Goethe, desarrollando una labor interesantísima de divulgación y de análisis de la obra del creador de Fausto. En una de las esas sesiones leyó el señor Molina el enjundioso ensayo que nuestra Revista publicó en su número anterior y que constituye uno de los mejores aportes para el conocimiento de la personalidad de Goethe. Por su parte, ATENEA, consagró el número correspondiente a Marzo de este año a conmemorar el centenario, publicando trabajos originales de conocidos escritores chilenos. Asimismo, en números posteriores ha continuado insertando estudios relacionados con la obra múltiple del gran poeta.

La prensa de Santiago refiriéndose a la condecoración del gobierno alemán ha elogiado la personalidad del señor Molina. Reproducimos a continuación un artículo de «El Mercurio», de fecha 29 de Agosto: intitulado:

Medalla Goethe.—El reciente centenario de la muerte de Goethe, ha sido objeto de festividades en el mundo entero. Las más diversas latitudes fueron testigos del reconocimiento con que los hombres de hoy acogen el nombre de quien ha encantado a varias generaciones con los seres nacidos de su fantasía y con el ritmo de sus poemas. En Chile la perdurable actualidad de Goethe encontró un resonador oportuno y precioso en la Universidad de Concepción. Esta institución de cultura auspició una semana goethiana en la cual se leyeron conferencias sobre el poeta de Weimar y se verificaron actos públicos en homenaje a su memoria.

Esta labor de divulgación de la obra inmarcesible de Goethe no ha pasado inadvertida en Alemania. El Presidente del Reich ha galardonado con la medalla Goethe a un grupo selecto de escritores y gobernantes del mundo entero que han prestado atención al centenario goethiano, y entre ellos figura don Enrique Molina. El señor Molina, presidente de la Universidad de Concepción, tomó participación muy directa en la conmemoración oficial que ésta hizo de Goethe, tanto al acoger en la institución que preside un programa de

festejos como al redactar él mismo uno de los más importantes trabajos leídos en las sesiones públicas.

Conocido por todo el país por su cultura, su elevación filosófica, su amor a la enseñanza y sus obras literarias y educacionales, el señor Molina no necesita elogios; la distinción que le ha otorgado el Gobierno del Reich es merecida de sobra, y todos los chilenos estarán contestes en afirmarlo.



LOS escritores franceses de vanguardia, que se agrupan en la revista *Plans* la mayor y más firme contribución del pensamiento joven en la lucha de las ideas, consideran que la crítica en Francia, está en decadencia: crítica literaria o crítica de ideas. Georges Dupeyron expresa más o menos lo siguiente, en un documento demoledor, de altivo acento polémico, que intitula *Bassesse de la critique*. Antes de la guerra, cuando la literatura era considerada como un juego gratuito, como una manera elegante y distinguida de ocupar los ocios que permitía una existencia sabiamente ordenada y que de acuerdo con las posibilidades económicas—vacaciones, rentas sólidas—dejaba tiempo para cultivar el «yo», podía decirse que existía aún la crítica.

Después de la guerra, escribe Dupeyron, los críticos en su inmensa mayoría han abdicado de su personalidad: se han puesto al servicio de una casa editora, a sueldo de un clan o de una capilla literaria. Si esta abdicación de su razón de ser o de escribir, estuviera dirigida por un razonamiento exclusivamente partidista, mejor que mejor. El «parti pris» es necesario sobre todo en crítica doctrinal y son unos mentirosos oportunistas los que pretenden juzgar bien o mal, sin tomar francamente una posición. Pero en la actitud empalagosa, vacilante y a veces agresiva de los críticos de post-guerra hay, fuera de una insuficiencia evidente, un oculto interés. (Si no estuviéramos comentando a un escritor francés sobre cosas francesas diríamos que era un escritor hispanoamericano, sincero, el que estampa tales declaraciones, observadas en ambientes americanos). El uno trata de ganarse a los autores que sería peligroso vapulear, sobre todo si pretende ganar algún sillón académico; el otro perdería su sitio si denunciara la mediocridad de escritores que levanta cierta publicidad interesada o las intrigas o cábalas de los salones y rincones literarios de que está lleno el ambiente. En seguida la farsa de los Premios Literarios, con la secuela de la especulación sórdida, termina por disolver los restos de «conciencia profesional» de los modernos Aristarcos.

Pero esta vez el público—agrega Dupeyron—que ya no es

el asno al que se dirigía M. Vautel, toma el camino que le corresponde: desdeña a esos consejeros ridiculizados, deshonrados que tan mal le orientaban y busca simplemente los avisos pagados de los grandes cotidianos. Esto es lo regular y lo leal. Por lo menos saben a qué atenerse. Compre Ud. Mauriac o Delteil. Valen tanto... Tanto por la intriga, tanto por el estilo...

Y todo eso en cinco líneas. Como si se tratara del *Amer Picon* o de la *Vache qui Rit*.

¿Tal vez Dupeyron es excesivo? Posiblemente. Pero es un escritor sincero, que es más importante. Añade luego estos conceptos llenos de verdad: Los críticos de moda, queremos decir, los críticos que están al servicio de las casas editoras, de las revistas o de otros cenáculos—la literatura en Francia se halla dirigida por la extrema derecha o por la izquierda cartesiana, lo que en la práctica resulta una misma cosa—o bien no entienden absolutamente nada del movimiento de las ideas en el mundo en efervescencia o en creación de hoy o bien hacen como si nada comprendieran, puesto que en una época en la que la civilización burguesa y capitalista se encuentra seriamente amenazada, ellos dependen mucho menos de las Academias y de las capillas literarias, que de los poderes establecidos. Nada ven de la época que viven. En nombre del buen sentido y de la verdad, luchan por la mentira y por la sin razón. Todo el mundo sabe que los únicos libros que hoy se anhelan son los libros de crítica y de investigación de la realidad. Crítica de una civilización que por sus concepciones ideológicas, es la responsable de la guerra y de la catástrofe que ha desencadenado sobre occidente.

Es decir, la crítica se ha mercantilizado y se ha puesto al servicio de ideologías caducas, cerrándole el paso a las obras que analizan con espíritu generoso y comprensivo, la dura realidad presente.—*M.*



A NUESTROS LECTORES Y SUSCRIPTORES

Advertimos a nuestros lectores y suscriptores que en lo que resta del año, se publicarán sólo dos números de ATENEA. Uno correspondiente a los meses de Septiembre y Octubre, que aparecerá a fines de este último mes y otro correspondiente a los meses de Noviembre y Diciembre que aparecerá en la segunda quincena de Diciembre.



La oficina de ATENEA, en Santiago, ha sido trasladada, en el mismo edificio *La Mutual de la Armada*, al piso 4.º oficina 22.

INDICE

**Tomo XX de «Atenea» correspondiente a Abril, Mayo
y Junio de 1932**

	Págs.
EUGENIO GONZÁLEZ.—Recuerdos de Montalvo.....	1
DOMINGO AMUNÁTEGUI SOLAR.—Un apóstol de Carne y Hueso.....	8
ALFREDO GANDARILLAS D.—Poemas.	26
JANUARIO ESPINOSA.—Apuntes de Semántica.....	29
RENÉ BRIKLES VELASCO.—La Esfinge.....	35
K. O. HENKEL.—Los Trabajos de Goethe sobre morfología animal y las investigaciones modernas.....	57
JEAN MAURIENNE.—La Algofilia entre los escritores.....	66
MANUEL ROJAS.—La tragedia de Alberto Edwards.....	73
EUGENIO LABARCA.—Briand, a grandes y pequeños rasgos.....	77
ELIE FAURE.—Agonía de la Pintura.....	84
ALFRED COESTER.—Rubén Darío; Casticismo y Americanismo.....	95
NOTAS Y DOCUMENTOS.—Memoria del Director del Instituto de Fi- siología de la Universidad de Concepción por el año 1931.....	101
LOS LIBROS (Crítica).—L' Amant de Lady Chaterley, por D. H. Law- rence: MARIANO LATORRE.—Ronquera de Viento, por R. Ulises Peláez: M. R.—La Luciérnaga, por Mariano Azuela: MARIANO PICÓN S.—En las prisiones políticas de Chile, por Carlos Vicuña: CARLOS PRÉNDEZ S.—El Infierno, por Henry Barbusse: ALBERTO GUILLEN.—Jeune Homme, por Francois Mauriac: O. VERA.— Zola, por H. Barbusse: C. PRÉNDEZ S.—La Filosofía de la Historia del Arte en la Actualidad, por Walter Passarge: M. PICÓN SA- LAS.—Saggi sull'Idealismo Magico, por Just Evola: MARIO AN- TONIOLETTI.—Mirando hacia la U. R. S. S. (Código Civil Sovié- tico: ARTURO TRONCOSO.—Juana la Loca, por Luis Pfandl: MA- RIANO LATORRE.—Bibliografía de don José Toribio Medina, por Guillermo Feliú Cruz: MANUEL ROJAS.—Cómo está Rusia, por Liam O'Flaherty: M. ROJAS.....	108
GLOSARIO.—Por M.....	137
ENRIQUE MOLINA.—En La Serena.....	143
MAGDALENA PETIT.—Fidelidad.....	155
RODOLFO OROZ.—El Uso Metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno.....	159
PABLO NERUDA.—El Fantasma del Buque de carga.....	185
EDUARDO SOLAR CORREA.—La Sugestión Literaria.....	188
JUAN MARÍN.—Morfina.....	203
MANUEL ROJAS.—Lanchas en la Bahía (I).....	213
ALFONSO BULNES.—Presentación de Neruda.....	233
OSCAR VERA L.—David Herbert Lawrence, novelista de tesis.....	237
JOSEPH HERGESHEIMER.—El Lamentable oficio de las letras.....	246
CARLOS PEREYRA.—Los Caminos de Magnolia.....	256

	Págs.
LOS LIBROS. (Crítica).—I 'Uomo come potenza, por Just Evola: MARIO ANTONIOLETTI.—La Biblioteca Hallesint: M. ANTONIOLETTI.—El Hombre y la Técnica, por Oswald Spengler: MARIANO LATORRE.—Días de Canciones, por González Carbalho: A. TRONCOSO.—Gajo de Crepúsculos, por Vicente Moreno y En la Torre de Marfil, por Manuel Moreno; y Breviario de Vanguardia, por José Ribera: C. PRÉNDEZ S.—Isabel y Essex, por Lytton Strachey: T. LAGO.—Vida de Manuel Rodríguez, el Guerrillero, por R. Latcham: OSCAR VERA L.—César Borgia, por Paul Rival: MILTON ROSSEL.—Isabel II, por Pedro de Répide: ABEL VALDÉS A.—El Cáncer Americano: D. MELFI.—Leyendas de Guatemala, por Miguel A. Asturias: MARIANO LATORRE.—Una réplica: RAÚL SILVA CASTRO.....	261
CRÓNICA DE BELLAS ARTES, por Tomás Lago.....	287
GLOSARIO.....	291
ROMAIN ROLLAND.—Muere y Vuelve a Ser!.....	295
GOETHE.—Dos Baladas (trad. de Félix A. Núñez).....	303
ALEJANDRO LIPSCHUTS.—La Enseñanza Universitaria y los problemas Modernos de Educación.....	306
PABLO DE ROKHA.—Esquema del Poderío.....	312
GAMALIEL CHURATA.—La Ciudad y los Ayllus.....	317
CARLOS SEURA SALVO.—La Declinación en Castellano.....	330
MANUEL ROJAS.—Lanchas en la Bahía (II).....	336
ALFREDO LAGARRIGUE.—Reflexiones del Momento.....	363
PAUL WIEGLER.—Cosima Wagner.....	365
MANUEL UGARTE.—Barres, Zola, Barbusse.....	375
ALBERTO ROJAS J.—Elementos del Teatro.....	378
ARTURO TRONCOSO.—Un joven escritor chileno, Juan Mansoulet.....	380
LOS LIBROS. (Crítica).—La Quintrala, por Magdalena Petit: CARLOS VATTIER.—Los que se van, cuentos del cholo y del montuvio, Gallegos, Gil Gilbert y D. Aguilera y Río Arriba, por Alfredo Pareja y Diez-Canseco: C. PRÉNDEZ S.—Reconocimientos, crítica por Ramón Doll: A. TRONCOSO.—Historia de la Medicina, por J. Marín: D. M.—Las Mejores Poesías líricas de los mejores poetas, por por Juan Guzmán C. y Desde aquí, versos de ayer, por N. García Berisso: C. PRÉNDEZ S.—Vida de Manuel Rodríguez, por Ricardo A. Latcham: DOMINGO MELFI.—El Sentido de la Cultura Española, por Federico Onis: ARTURO TORRES RIOSECO.—Darío en las manos de Rioseco: ANTONIO ACEVEDO ESCOBEDO.—La Separazione dell'Economia dallo Stato, por Agostino María Trucco: MARIO ANTONIOLETTI.—Campesinos, cuentos, por Luis Durand: GUILLERMO KOENENKAMPF.—El Medina de Amunátegui, carta: EMILIO RODRÍGUEZ MENDOZA.....	384
GLOSARIO.....	407
ENCUESTA.....	411

Se ruega a los escritores nacionales
e iberoamericanos enviar sus obras
a esta Revista, en cuyas páginas da-
remos cuenta en notas bibliográfi-
cas y críticas

Dirección para estos envíos:

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA
Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

SANTIAGO DE CHILE



DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**
Barcelona-Santiago